

Azul Celeste

ZULEMA HOLGUÍN SÁNCHEZ





Luisa Schick, 1904

Azul Celeste

ZULEMA HOLGUÍN SÁNCHEZ





María Angélica Granados Trespalacios

Presidenta Municipal

Rebeca Alejandra Enríquez Gutiérrez

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Flor de María Navarro Pastrana

Gustavo Macedo Pérez

José Iván Cruz Estrada

Arturo Loera Acosta

Victoria María Montemayor Galicia

Luis Fernando Rangel

Víctor Velo

Vocales editoriales

Ramón Alejandro Carrillo Mercado

Programa Editorial

f / CreaturaEstudio

Diseño y maquetación

Tzeitel Velo

Corrección de estilo

Luisa Edith Cepeda González

Arte de portada

D.R. Instituto de Cultura del Municipio
Coordinación de Fomento a la Lectura y
Programa Editorial Municipal
Av. Teófilo Borunda Norte # 1617
Chihuahua, Chih. C.P. 31000

e

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2020-2021



La promoción de la lectura es un reto para el funcionariado público de todos los niveles, por eso, cuando logramos establecer estrategias para eliminar poco a poco las barreras entre el público y los materiales de lectura, lo consideramos motivo de celebración.

Durante esta administración municipal concretamos un proyecto sin antecedentes en el estado: la digitalización de todos los libros publicados bajo el Programa Editorial Chihuahua, en sus ediciones de 2018, 2019 y la del 2020, que estamos poniendo a disposición de la ciudadanía en general. Nuestro objetivo es ampliar el alcance de nuestras colecciones y distribuir los libros físicos en las áreas y con las personas que así lo requieran, a la par que se pueden descargar en la página web del Programa Editorial.

El democratizar el acceso a las publicaciones editadas por las instituciones debe ser una prioridad, no sólo por la promoción misma de la lectura, sino porque cada uno de los libros que se encuentran en nuestras tres colecciones (Soltar las Amarras, Con Trayecto e Historias de mi Ciudad) son un testimonio de la creación literaria que se está generando en el municipio, donde se vislumbran voces originales, críticas, con gran capacidad de análisis y de ser universales expresándose desde un contexto local.

Nos enorgullecemos de ser un espacio de difusión del trabajo creativo de escritoras y escritores tan talentosos. Enhorabuena por ello y sigamos celebrando la vida del libro.

PRÓLOGO

La claridad de Azul Celeste

La joven escritora Zulema Holguín, en esta maravillosa novela *Azul Celeste*, hace gala de una sorprendente prosa poética, reflexiva y filosófica, que nos llevará a un inesperado viaje a través de las emociones, los sentimientos, el amor no correspondido, el machismo, la diferencia entre clases sociales y los valores; a la vez nos deleitará con los paisajes de la naturaleza y la vida del campo.

En esta historia el personaje principal es Azul Celeste, una mujer fuerte, de singular belleza, trabajadora, bondadosa, huérfana, cuya vida está regida por los vuelcos indescifrables de la rueda de la fortuna. A través de la mirada clara y límpida de Azul Celeste, percibiremos la vida del orfanato, la amistad incondicional con Mariana, la voluntad y la enfermedad. Azul Celeste no dejará de maravillarnos, la veremos crecer, sufrir, amar, pero siempre con dignidad en su manera de actuar: «Sé quién soy realmente, es lo único que debe importarme». El trabajo de Azul Celeste la lleva a conocer a una abuela cariñosa como Amelia, trabajadora, a cargo de un rancho y la custodia de un nieto guapo y egoísta, Rigo, a quien Amelia decide, mediante una treta, tratar de cambiar de costumbres y valores, hacerlo reflexionar sobre la vida, la beneficencia, el trabajo, el valor y el costo de una existencia lujosa.

En *Azul Celeste* observaremos el amor y el desamor, los malentendidos entre pareja, un cuarteto amoroso que pareciera estar en guerra con sus sentimientos y posición social. Una de las maravillas de la escritura de Zulema Holguín es su prosa poética que provee al lector de distintos oasis luminosos en los que destellan diversos pensamientos

filosóficos. El tema de la orfandad es tratado de una manera tan sensible que pone al lector a pensar y a reflexionar en este asunto tan delicado: «Ha naufragado sola a lo largo de su corta existencia, buscando la rectitud sin una guía exacta, perdida en el mapa de la realidad exterior, y aún más difícil, consumida en su propia realidad subjetiva».

A lo largo de la historia de *Azul Celeste* el lector experimentará diversas emociones, estará de frente a la leucemia, la depresión, el feminicidio, así como los diversos motivos que puede tener la orfandad, lo que sin duda lo llevará a reflexionar sobre la existencia, el amor y el trabajo; a cuestionarse sobre los diversos momentos de felicidad que pueblan esta efímera vida, y los motivos para vivirla.

Azul Celeste ofrece también una galería de cuadros costumbristas: el rancho, la vida del campo, los atardeceres, el ganado, la siembra, la cosecha. Imágenes de la naturaleza y la vida vaquera se cruzan majestuosamente, lo que habla de una asombrosa y atenta contemplación por parte de la autora Zulema Holguín: «Las lechuzas volaban atraídas por un conejo pequeño que estaba alejado de la manada, los lobos aullaban y a lo lejos emitían un sonido vibrante que se escurría entre la noche a través del eco, una mariposa desgarrada revoloteaba cerca de ella».

La historia de *Azul Celeste* nos revela la compleja vida de la orfandad, sus sinsabores, los problemas a afrontar, las dificultades propias del ser, el amor y desamor, el erotismo, la depresión, la escritura como liberación, las emociones, la frustración, la tristeza son algunos de los temas que usted, lector, encontrará en esta maravillosa obra que tiene en sus manos.

Victoria Montemayor Galicia

Junio 2021

ÍNDICE

CAPÍTULO I AZUL CELESTE	13
CAPÍTULO II ¿QUIÉN ERA AZUL CELESTE?	15
CAPÍTULO III ¿DÓNDE ESTABA AZUL CELESTE?	22
CAPÍTULO IV ¿CÓMO LLEGÓ AL RANCHO SAN PEDRO?	31
CAPÍTULO V REFLEXIONANDO SOBRE ALGO IMPORTANTE	38
CAPÍTULO VI AZUL CELESTE, ¿ENAMORADA?	41
CAPÍTULO VII LOS VALVERDE Y AZUL CELESTE	43
CAPÍTULO VIII AZUL CELESTE Y LA BODA	55
CAPÍTULO IX RIGO, AZUL CELESTE Y EL VIAJE	64
CAPÍTULO X DE REGRESO A SAN PEDRO	69
CAPÍTULO XI RIGO, AZUL CELESTE Y EL INCIDENTE	73
CAPÍTULO XII SAMUEL Y AZUL CELESTE	77
CAPÍTULO XIII AZUL CELESTE Y LA FIESTA	80
CAPÍTULO XIV AZUL CELESTE Y LA NOCHE	84
CAPÍTULO XV RIGO, SAMUEL, JULIA Y AZUL CELESTE	88
CAPÍTULO XVI RIGO Y AZUL CELESTE	96
CAPÍTULO XVII AZUL CELESTE Y LOS RECUERDOS DEL PASADO	98
CAPÍTULO XVIII AZUL CELESTE Y LA DIFÍCIL NOTICIA	102
CAPÍTULO XIX ELLA Y SU AMOR ENLODADO	106
CAPÍTULO XX AZUL CELESTE, LA GRAN NOTICIA Y LOS QUINCE AÑOS	111
CAPÍTULO XXI AZUL CELESTE Y SU AMOR EN PELIGRO	116
CAPÍTULO XXII AZUL CELESTE CON SU PRIMERA Y ÚNICA VEZ	119
CAPÍTULO XXIII AZUL CELESTE Y LA CARTA	124
CAPÍTULO XXIV AZUL CELESTE EN LOS RECUERDOS DE MARIANA	131

Capítulo I
AZUL CELESTE

Era una noche fría de diciembre, la más helada de ese melancólico y difícil año. Desde inicios de enero se notaba mi intranquilidad por ciertos aspectos que me alertaban. No sería un año normal, sería incluso mucho peor que los anteriores. La muerte me vigilaba, me acechaba, pero al final se la llevó a ella. Quien estaba ahí con los ojos cerrados y ligeramente pintados de una tonalidad beige. Su piel tan blanca permitía ver la diferencia entre el maquillaje claro y su tono. Su cuerpo esbelto tenía un vestido de algodón blanco, realzado con flores azules. Su cabello era ondulado, negro, largo hasta los hombros. Sus brazos semicruzados hacían una especie de hendidura en su estómago, sujetaban una pequeña libreta color lila. Su cuerpo yacía recluido, alejado del exterior tras un enorme cristal frente a ella, parecía estar tranquila, pasiva. Al momento de acercarme y mirarla me provocaba una fuerte angustia. ¿Cómo podía una criatura tan perfecta provocar tal sentimiento? Era la primera vez que la veía tan apagada, tan fría, estaba inerte, como si por primera vez hubiera alcanzado el descanso que tanto anhelaba en aquellos tiempos de arduo trabajo. Ya no era la misma, solo un cadáver postrado en un cajón, de esos que provocan temor por el significado que transmiten. Me causaba tanto dolor verla ahí, con todo ese potencial esfumado y borrado de su cuerpo.

Era una chica alegre, un apoyo incondicional, un pecho cálido, desinteresado y capaz de darlo todo sin pedir nada a cambio.

Nunca más volvería a ver el resplandecer de aquella joven, mejor caracterizada por sus nobles acciones, de base firme en sus principios éticos y morales.

¿Por qué era tan injusta la vida? Me preguntaba mientras mis anchas e incesantes lágrimas rozaban el cristal que me detenía. Mi boca no dejaba de sollozar su nombre mientras mis brazos y manos se aferraban a ella. Así pasé un largo rato, abatida por el dolor que me impedía alejarme de ahí, era algo que me superaba.

Al día siguiente permanecí sentada en una banca café, enfrente del ataúd, con los ojos rojos e hinchados, cuando de pronto llegó una señora que parecía indigente; lucía cadavérica, descuidada, desidiosa en su aspecto, con la ropa rasgada y mugrosa. Le pasé un trapo para que se limpiara las lágrimas. Supuse que, atraída o acogida por mi pena (no me conocía ni yo a ella), se apiadaba de verme de esa forma tan desgraciada. Después de un breve momento se levantó y se dirigió al baño. Me quedé ansiosa esperando a que volviera. Cuando regresó la abordé de inmediato con los ojos, sin moverme ni parpadear le dije que necesitaba contarle la vida de aquella joven muerta. Lo sentí como una necesidad inminente, sabía que no podría seguir con mi vida si no le contaba a alguien mi pesar.

La señora miraba como si estuviera ida, drogada o curada de espantos, y creí que era la persona indicada debido a que pensé que probablemente después de ese día no volvería a verla. Además, la culpa me doblegaba, me abolía las ganas de ser feliz, me atormentaba y asfixiaba, me consumía lentamente. Estaba siendo arrastrada hacia un abismo sin retorno, pero si lo hablaba podría despejarme un poco de esa desesperación atroz. Así que comencé a contarle.

Capítulo II

¿QUIÉN ERA AZUL CELESTE?

Un día de abril, en las afueras de la ciudad, nació Azul Celeste. Su madre había sido una campesina que no tenía cómo mantenerla, al menos esa era la versión que manejaban las maestras del orfanato en el que vivíamos. No se sabía la fecha exacta de su nacimiento, solo que llegó a los dos meses de edad, en junio, en medio de una tormenta intensa con el día oscurecido por las nubes. Solo dos veces sonó el portón, pero nadie abrió. Unos llantos sordos y silenciosos evidenciaron el ahogamiento del bebé. Fue ahí que el milagro surgió. La maestra Tina, que salía del orfanato con un paraguas que la cubría de las gotas gordas de agua, vio a la criatura tirada en el suelo. La posó en su regazo y la metió. Otra maestra llamó al médico, quien admirado dijo que era un milagro que estuviera viva. Fue ahí que decidieron ponerle Milagros, pero ese nombre nunca le gustó, y dado que no fue bautizada, ella misma se autonombra Azul Celeste. Siempre, en cualquier ocasión en la que debía decir su nombre mencionaba el que le gustaba. Cuando me enojaba con ella le decía Milagros, pero ella se excusaba diciendo:

—No soy Milagros, soy Azul Celeste. ¿Acaso no te has dado cuenta aún? Ese nombre representa para mí la vida larga, digna y tenaz. Me hace ver que el inmenso cielo azul es testigo de todo lo que pasa en la tierra. Es tan enorme y profundo como mis ganas de salir adelante. Además, no pierdo la esperanza de que un golpe de suerte me traiga fortuna. ¿No te gustaría que nos dieran un empujón? A veces solo

necesitas eso. Si en el futuro tengo la oportunidad de ayudar a los demás, lo haré con gusto, es lo mismo que anhelo en estos momentos —manifestaba con la vista aún en el cielo.

Una de las cosas que más tristeza me daba era cuando la mandaban a trabajar a casas ajenas, para llevar algo de dinero y solventar los gastos que se avecinaban cuando otras niñas llegaban. Ella nunca rechazaba la consigna, se resignaba porque creía que de esa forma mantendría a salvo a las otras chicas. No me gustaba que fuera sola, me parecía demasiado injusto, así que en ocasiones me iba con ella. La conocí cuando llegué, a los cinco años de edad; ella tenía ocho, pero la diferencia de edad cuando eres un niño parece abismal, mientras cuando llegas a la adolescencia o a la adultez tres escasos años son casi imperceptibles. Solíamos salir en las tardes a vender empanadas o a cantar en los camiones. Le hacíamos a lo que fuera, siempre y cuando se tratara de un trabajo digno y honrado, pero lo que más nos gustaba era hacerla de payasito porque creíamos que de esa forma le alegraríamos por lo menos un rato la vida a las personas. Así pasamos de todo, sin embargo, me causaba molestia, no por el trabajo sino por el hecho de que a ella le cargaban más las cosas, las responsabilidades. Era la huérfana mayor. Eso de cierta forma la predisponía a tales circunstancias.

Aún tengo presente el recuerdo nítido de cuando ella tenía quince y yo doce. Caminábamos como de costumbre con las cestas de empanadas por la calle, cuando vimos correr a cuatro señoritas que iban muy contentas. Traían puestos hermosos vestidos de moda de aquella época. Celeste fijó la mirada en ellas mientras retorció su vestido de uniforme viejo y gris con la mano izquierda. Le pregunté si se sentía bien y dijo que todo estaba bien. Redirigió el andar y continuamos con lo nuestro, pero más adelante se detuvo para admirar los impresionantes vestidos: de todas las formas y colores.

Noté la mirada fija e hipnotizada que tenía mientras se acercaba al ventanal. Puso la mano en el vidrio y le cambió el semblante. Estaba triste.

Uno de los recuerdos más marcados que conservo de ella era cuando permanecía sumergida en sus pensamientos, sentada de esa forma peculiar que la hacía parecer contorsionista, o con las piernas sujetadas por sus escuálidos brazos. Postrada en una ventana abandonada, descolorida, con aspecto antiguo, pero que tenía la capacidad de dirigirte la mirada hacia los árboles verdes y rojos de manzanas que permanecían en el jardín. Le gustaba cuando los pájaros cantaban revoloteando entre ellos. Cuando llovía parecía que danzaban los colibríes, dichosos de sucumbir a la lluvia. Ahí estaba ella observando las miles e infinitas posibilidades que el universo le había otorgado al mundo, como si entendiera la fragilidad de la vida enlazada en estas, y que gracias a esos ingredientes es que la vida sucede. Parecía que viajaba a un lugar donde algunos creían que sus posibilidades eran obvias, aburridas, fantásticas o hermosas (eso depende de los ojos que lo ven), mientras que trataba de descifrar la paradoja extraña de la vida: te da y te quita. Cuando seleccionas una de sus opciones dejas atrás otra, como si despreciaras a la que no elegiste, pero ¿cómo tener la habilidad de escoger la correcta? ¿Debía dejarse guiar por el destino o tratar de cambiar lo que le había otorgado?

Ella no se dejaba guiar por el azar del destino, eso parecía. Deseaba alterar sus posibilidades primarias o las que parecían leales a su estilo y circunstancias de vida; anhelaba trascender de una forma positiva, la cual cubriera a todos y no a unos cuantos. Era algo que constantemente creía que hacía: desafiar sus condiciones para cambiar su triste fortuna, pero a veces el miedo la hacía tonta y torpe, y tambaleaba cuando se decidía a hacer algo importante, como si

se amarrara fuertemente a su estado de ánimo, como un extraño acompañante o un parásito que le succionaba las fuerzas. ¿Cómo podría deshacerse del miedo para engrandecer el horizonte de sus posibilidades? ¿Por qué le tocó vivir en ese tiempo, en ese espacio y en esas circunstancias? ¿Quién se atrevió a elegir por ella? ¿Por qué no haber nacido con aquello que conlleva a una buena vida o con eso que la facilita?

Antes de continuar con la historia, la indigente interrumpió con un fuerte quejido; era la artritis que padecía lo que le provocaba dolores tan fuertes. Mientras se sobaba los dedos chuecos y protuberantes dijo renegando:

—Es lo mismo que me pregunto, pero mi caso fue diferente; me tocó vivir muchos años una dicha casi mágica, acomodada, sin pesares ni sufrimientos. Tan bello era aquello que ni siquiera pude sospechar que mi vida cambiaría en un instante. Estaba tan acostumbrada a que todo marchara de la misma forma que ignoré las alertas sutiles que divisaba a lo lejos. Eso que se conoce como el sexto sentido, lo omití por completo. O quizá fueron mis decisiones las que me acercaron a ello, pero aún no entiendo qué fue lo que pasó realmente. Siempre hice lo que se considera correcto o bueno. Digamos que mi mal fue un castigo sin sentido. Esos que a veces llegan a las personas sin previo aviso y sin lógica —concluía la indigente mientras me veía con sus ojos saltones. Sus arrugas dominantes recaían en el pliegue de su rostro a consecuencia de su vejez y de su delgadez extrema.

Azul Celeste se negaba a aceptar que todo pudiera ser obra de Dios. Se supone que todos nacen puros e inocentes. ¿Cómo era posible que un ser supremo justo, omnipotente y leal tuviera que ver en ello? ¿Qué bases éticas y morales utilizaba para decidir a quién bendecía y a quién excluía? Ella se fijaba mucho en las incongruencias de la vida.

Era un día de verano, Celeste ya tenía dieciséis años. Ahí estaba ella

con una sonrisa triste y extraña, mirando hacia el infinito horizonte del atardecer mientras no dejaba de pensar. De pronto, una pequeña brisa le rozó el férvido cuerpo mientras abrazaba sus rodillas, las cuales tocaban su pecho y su barbilla. Empezó a llover, cada vez más fuerte, y permaneció inmóvil disfrutando de aquella plácida lluvia que la envolvía. Su cara cambió a un sentimiento más auténtico. Sus pestañas parecían dos grandes velos negros que le cubrían los enormes ojos azules.

Era bella, sin duda lo era. Me atrevo a decir que mucho más hermosa que aquellas jóvenes de su edad que salían en la televisión, no era una novedad para nadie que la conociera o para todo aquel que la veía. Su bello aspecto le habría permitido encontrar trabajos más ligeros por mejores ingresos económicos, pero ella se negaba. En una ocasión tuvo una mala experiencia y dejó de intentar con esos trabajos: fue a un llamado que era para promover un catálogo de ropa; lo hizo bien, dentro de lo que cabe, y la inmensurable belleza que poseía capturó al instante la atención del dueño de la agencia, quien la contrató de inmediato. Así la pasó unos días, modelando y llevando suficiente dinero para comer relativamente bien. Llevaba lo básico: tortillas, frijoles, leche y un bocadillo de azúcar para cada una. Hasta que un día regresó llorando, muy enojada con la miserable vida que nos había tocado y con el dueño del lugar en el que trabajaba. Había tratado de besarla sin su consentimiento. Una patada que le dio la salvó de la cobardía de aquel miserable hombre. Desde entonces no quiso saber más de esos trabajos, a pesar de que sabía que no todos los hombres eran iguales. Se veía en la obligación de salvaguardar a toda costa su integridad, pues ante todo lo padecido a su corta edad sentía que la única bendición que poseía era sin duda su esencia.

A veces se enfrascaba tanto en sus pensamientos que no la dejaban dormir. No entendía muchas cosas que quería comprender en su

totalidad. ¿Cómo se manejaba lo misterioso de la vida, del mundo, del universo? Creía que el descifrarlo implicaría la posibilidad de cambiar el infortunio de millones de personas que son afectadas por esa mala suerte. Además, entendía que, lamentablemente, al igual que ella, muchos son víctimas de las circunstancias en las que se llega o en las que se nace, pero también sabía que la vida está cargada de oportunidades para todo aquel que lucha por encontrarlas y obtenerlas.

Le encantaba asomarse y contemplar por la ventana más alta del orfanato. Era su lugar favorito. Podía observar un perímetro más amplio de la ciudad y reconfortar su alma. Miraba a las personas, los paisajes, el cielo, aquellos destellos que le dejaban huella. Disfrutaba tanto de esos sublimes momentos que los anclaba fuerte, para que jamás se fueran. Deseaba poder repetirlos una y otra vez a través del tiempo. A veces gritaba de alegría porque decía que tenía la dicha de disfrutar de esas maravillas que permanecen abiertas a todo ser, sin importar nacionalidad, sexo, estatus social o raza. Estaban hechas para deleitar y entender que hay momentos en donde te quedas disfrutando de situaciones tan complejas que no tienen explicación. Asimismo, cuando escuchaba música o una melodía que le gustaba, cerraba los ojos y se dejaba guiar a través del sonido, del ritmo y de la letra. La trasladaban a un estado tan excelso que se podía incluso plasmar un arcoíris en lo más oscuro de su espíritu.

Seguí contándole la historia a la indigente, ponía cada vez más atención, pero me detuve un instante para tomar aire e ir al baño a lavarme la cara; estaba demacrada, pegajosa y las grandes ojeras pronunciaban aún más la hinchazón en mis ojos. Al regresar, intranquila, la busqué. Ya no estaba donde se había quedado. Miré a todos lados hasta que la localicé en el fondo comiendo desesperadamente galletas y bocadillos que estaban en una mesa del

lugar. Me acerqué y le pregunté si estaban ricas las galletas, a lo que ella me contestó:

—Sí. Hace días que no como. Me meto seguido a lugares como este con la intención de volarme uno que otro bocadillo y mitigar un poco el intenso frío. La historia de esa chica es interesante, pero necesito comer para concentrarme, si no calmo el hambre no puedo poner atención. —Al terminar la oración comenzó a reír como loca.

—¿Qué le pasa? ¿Está todo bien? —pregunté confundida.

—Sí, niña. No te preocupes. Son mis años de carencias y desdichas los que me han perpetuado esta afección y otras. Sígueme contando —musitó al cabo de tragar un pedazo de pan y proseguí.

Capítulo III

¿DÓNDE ESTABA AZUL CELESTE?

Ya era primavera y Azul Celeste una señorita de dieciocho años. Solía descansar más a menudo en la ventana de siempre. Después de llegar de las largas jornadas de trabajo, se colocaba entre la ventana abrazando una pequeña libreta que guardaba meticulosamente en el bolsillo de su atuendo. Era una manía que tenía desde que la conocí. Le pregunté qué era lo que contenía para que la cuidara con tanto amor y esmero, pero solo sonreía sigilosamente y nunca respondió. Eso me daba a entender que no importaría cuántas veces se lo preguntara, estaba decidida a mantenerlo en secreto. ¿Qué podría contener? Me provocaba una inquietud tremenda saberlo, ¿acaso era un tesoro o una información sagrada sobre el paradero de su madre o sobre su origen? Si estuviera en lo correcto la entendería. Nunca tuvo la dicha de conocer a sus padres o a alguien que estuviera dispuesto a criarla. La suerte con la que corrí yo fue diferente, podríamos decir que un poco más dichosa en ese aspecto. Mis padres me amaron a su manera, pero las circunstancias y las malas decisiones de ellos truncaron mi vida, me condenaron a padecer tan niña los infortunios de la pobreza, de la desesperanza, me enfrentaron a la penosa decisión de renunciar a mi infancia. Es algo que no le deseo a nadie. Azul Celeste se acomplejaba más por ese hecho, todas habían conocido a uno de sus progenitores antes de llegar, ella no había tenido esa dicha.

Cuando regresaba del trabajo me daba cuenta, éramos demasiado unidas, me hablaba o me gritaba cuando nos veíamos para luego

darme un abrazo y un beso en la mejilla. La cargaba de energía, me lo susurraba en el oído mientras me sostenía, pero hubo un día en especial en el que simplemente no apareció. El clima era sombrío, las nubes azul marino flotaban cerca del techo, los rayos en zigzag retumbaban tan fuerte que los objetos dentro brincaban como si tuvieran vida propia, las niñas escondidas bajo las camas con las linternas encendidas. Se fundió un fusible y permanecimos en la oscuridad tratando de elegir a la valiente que iría a cambiarlo. Todas gritaban «Celeste», una y otra vez la nombraban, sabían que ella se ocupaba de esos inconvenientes. La echaron de menos.

Las maestras no vivían con nosotras, venían y se iban después de dar clases. Solo tres pobres ancianas: Elizabeth, Rosaura y Carmela. La primera era de baja estatura, rellenita, de cabello blanco, corto y crespo, siempre traía puesto un mandil que le cubría la panza prominente, nos correteaba cuando entrábamos en la cocina a tomar una tortilla, nos decía que debíamos esperar en el comedor para que todas alcanzáramos. Rosaura era también de baja estatura, de cabello largo, pero parecía que tenía telarañas en la cabeza, se dedicaba a supervisar que entráramos a las clases, daba vueltas durante el día registrando el orfanato, ningún sitio se escapaba de los ojos de Rosaura. La tercera, Carmela, era un poco más alta y joven, de complexión delgada, pero era la que peor nos trataba, se encargaba de la disciplina, todas debíamos cumplir con sus reglas, a veces exageradas, le teníamos miedo porque nos pegaba con una cuarta cuando no obedecíamos. Celeste les ayudaba con las labores domésticas y con los imprevistos porque era más joven que ellas, pero por lo general salía a trabajar para llevar dinero para comer: almuerzo, comida y cena. ¡Que Dios no nos olvidara y que nunca nos faltara el pan en la mesa!

Permanecimos sin luz al día siguiente, la fuerte lluvia aún no cesaba y los truenos no brindaban tregua. Después de clases pasé un largo

rato parada en la entrada esperando que llegara Celeste, en eso escuché un grito que provenía del desván donde estaba la ventana que frecuentaba. Salí corriendo hacia las escaleras viejas de madera con la esperanza de encontrarla cuando mi vestido se atoró entre una larga astilla y sentí un jalón tan fuerte que hizo deshilar y rechinar el uniforme gastado. Una compañera pedía ayuda desde el piso de abajo, noté la preocupación que emergía de su voz. De pronto todo era un caos. No entendía qué sucedía, hasta que otra chica señaló asustada el costado de mi cintura; drenaba sangre a chorros, entonces no supe más de ese trágico día, al parecer me desmayé por la pérdida masiva del líquido vital.

Al despertar, lo primero que hice fue preguntar por Celeste. La maestra Tina dijo que no regresaría en un tiempo, la directora la había mandado a un rancho a trabajar. ¿Cómo podría ser cierto? Ella nunca se habría ido sin despedirse de mí, sin avisarme. Eso mortificó el resto de mi estancia en el hospital.

Ya habían pasado varios meses y aún no podía caminar con normalidad por el corte. Me acerqué a la ventana como todos los días con la esperanza de encontrarla y mis ojos apagados se iluminaron cuando la vi. Estaba con el cabello más largo, espeso, y su color azabache se veía rojizo entre los rayos del sol, su cuerpo estaba más delgado, como dando a entender que en aquella edad la figura y el carácter de un adolescente es más frágil, de la misma forma que lo son sus emociones, sus pensamientos aún decadentes de una plena identidad, pero al mismo tiempo compensados por la fuerza excepcional que poseen los sentimientos primerizos: cuando te enamoras por primera vez, cuando eres apasionado en las cosas que te gustan, los afectos y sueños florecen de una forma desmedida en aquellas épocas de juventud.

Ahí estaba ella con los ojos vacíos, sufridos y desplegando ante mi vista una escena de derrochante depresión, sensación gélida,

aberrante o apropiada del hundimiento perpetuado por un fumador de opio. No parecía real, imagen que me llegaba como si fuera un sueño turbado por espacios que brillaban por la ausencia de su veracidad. ¿Qué era lo que me intranquilizaba al verla? De pronto señaló con el dedo la lejanía que avecinaba el crepúsculo. Me armé de valor para no desfallecer ante la tétrica visión y no sucumbir; pero fue en vano, solo bastaron unos segundos para caerme al suelo. El cuerpo no me respondía, parecía que levitaba en el aire o nadaba en el mar. La herida se abrió y sangraba. Cuando tuve un poco de conciencia intenté levantarme, pero mi cuerpo parecía ajeno, impropio, cada vez más pesado, como si se me apilaran bloques rellenos de tierra negándome el movimiento. ¿Qué había sido aquello? ¿Acaso lo había alucinado?

Después de unas horas desperté de nuevo en el hospital. Mis labios blancos, partidos y sedientos impedían que pronunciara bien las palabras. La maestra Tina, una solterona de cuarenta años, alta, morena y de apariencia mona era la que nos tenía más aprecio, de modo que estaba al tanto de lo que acontecía dentro y fuera del orfanato. Estuvo conmigo lo que duré en el sanatorio. Cuando estábamos listas para marcharnos escuché que la enfermera le dijo que la cuenta del hospital ya estaba pagada. Tina ni siquiera preguntó, como si ya lo supiera. Me quedé insatisfecha y me dirigí a la oficina del médico a preguntar el nombre de la persona que cubrió mis gastos, y cuando me dijo «Azul Celeste», de inmediato salí del despacho cojeando, deteniéndome de las paredes blancas que brillaban por las luces tenues, opresoras, que limitaban mi paso por los largos pasillos que parecían no tener fin, jadeando con cada movimiento, adolorida y cansada, pero decidida a encontrarla. Me detuve en una esquina para inhalar grandes cantidades de aire, continué por dos pasillos más hasta que llegué a la salida. La vi saliendo y como último recurso intenté con un fuerte grito:

—¡Celeste! —Ella se detuvo afuera, apretó su mano izquierda, no volteo y siguió su paso. La maestra Tina me alcanzó, me sentó en un sillón de la sala mientras acariciaba mi cabello, mi rostro acomodado en sus hombros le mojaba la blusa, por mi llanto—. ¿Celeste ya no me quiere? —me preguntaba desolada abrazando a la maestra.

Los días sin ella eran aún más monótonos y aburridos, la única diferencia permanecía en las idas al hospital (la herida se rehusaba a sanar o a curarse, parecía que poseía una conciencia propia que la igualaba a mi alma). A pesar de ello, no perdí las esperanzas en volver a verla. Todos me consolaban diciendo que solo era trabajo, que vivía en un enorme rancho en las afueras de la ciudad, llamado San Pedro, que le iba bien, pero que tenía un jefe enojón y no le daba permisos especiales dado a que tenía poco tiempo en el lugar.

—¿Qué pasó con Azul Celeste? ¿De verdad estaba en ese lugar? —preguntó la indigente mientras se disponía a darle un sorbo al vaso con café que traía en la mano.

—Sí, ahí estaba ella. En ese sitio tan maravilloso y enorme, así era como se lo describía a Tina. Fue ahí que se enamoró por primera y única vez. Oiga, pero a todo esto, ¿cuál es su nombre? —le pregunté a la indigente inclinando un poco la cabeza.

—Me llamo Dolores, María o Soledad. Me ha de creer usted que no me acuerdo —respondió mientras se rascaba la cabeza casi calva.

—Está bien, le diré María —le dije dándole una palmadita en la espalda. Después me preguntó mi nombre, a lo que yo le contesté que era Mariana.

Estaba muy enojada con Azul Celeste, no podía aceptar que me había abandonado en mis peores momentos. Ya habían pasado varios meses, le escribía y le enviaba recados con la maestra Tina, ya que ella tenía toda la información relacionada con su paradero. Me afirmaba que hablaba seguido con ella y le pasaba mis recados, sin embargo,

nunca quedé satisfecha, me resultaba extraño ese hecho. En una de esas la seguí sin que se diera cuenta, estaba decidida a descubrir lo que sucedía, así que me llevé una sorpresa al descubrir que — efectivamente— no me ocultaban nada. Tina hablaba con Celeste del bendito trabajo que tenía en el rancho, pero eso me generaba una incomodidad tremenda; le estaba yendo bien mientras yo me desvivía por verla y abrazarla, no comprendía qué había sucedido con el cariño que ella juraba tenerme. No era que dudara de él, el afecto es una de las cosas más difíciles de esconder y eso era algo que ella no sabía hacer bien; además, me enseñó que las mentiras eran malas, por lo tanto, siempre nos conducíamos con la mayor franqueza posible.

Después de un tiempo, las niñas en el orfanato ya no preguntaban seguido por ella, el hecho de haber estado tanto tiempo trabajando la colocaba en una posición de desapego hacia ellas, distancia que no tuvo conmigo. Creo que hubo varias razones para ello: yo le seguía en edad, las otras eran más pequeñas, además, me gustaba ir a trabajar con ella, aunque solo lo hacía a veces porque me insistía bastante en que tomara las clases, que estudiara mucho para terminar una carrera, no tenía duda en que me iría bien y podría encontrar un buen trabajo que me permitiera vivir mejor. Se preocupaba mucho por eso. Ella no pudo concluir sus estudios en la primaria, apenas sabía leer y escribir, pero me asombraba lo madura e inteligente que era. ¿Qué hubiera pasado si hubiera tenido la oportunidad de estudiar? Sin duda alguna creo que habría trascendido de una forma positiva. Así pasaba mis días, no olvidaba el recuerdo donde me decía que diera lo mejor de mí, que fijara metas a corto y mediano plazo para lograr mis sueños, pero a veces me costaba mucho, no porque no me gustara aprender, sino que últimamente me sentía cansada. Las únicas salidas que tenía eran con el médico, cada vez más frecuentes.

En todas las ocasiones la maestra Tina me acompañó mientras me colocaban suero por la vena, estaba inundada de moretones oscuros y morados. ¿Qué tenía? No lo sabía y nadie se dignaba a informarme, ni siquiera a mí me importaba saberlo. En ese tiempo perdí mucho peso, nunca fui gordita ni llenita, era delgada, pero en ese momento estaba esquelética y con los ojos hundidos, parecía que en poco tiempo moriría. En una ocasión me salí del cuarto del hospital para ir al baño, me lavaba las manos cuando en ellas cayeron un par de mechones gruesos de cabello, me miré al espejo y empecé a gritar como desquiciada. La enfermera trataba de tranquilizarme, pero yo no podía creer lo que veía, mi cabello se estaba rindiendo junto con mis ganas de volver a verla. Me cubría una amargura tan brutal que empecé a culparla por todo lo malo que me pasaba, desde que se había ido todo me salía mal, mi estado de ánimo empeoró, nada tenía color ni sentido, me abandonó en mis peores momentos. ¿Quién hace eso sabiendo que el estado de salud de un ser amado no es el óptimo?

María tenía la vista clavada en el ataúd, luego estuvimos un rato en silencio hasta que le pregunté qué le había pasado a ella. A lo que respondió:

—Ay, niña, te mentiría si te digo que lo tengo claro, lo único que recuerdo es cuando tenía una vida acomodada y llena de lujos, después de eso no recuerdo mucho, pero veo seguido en mis sueños imágenes de un joven tirado en el suelo; desangrado, con los ojos volteados, yo me encuentro rodeándole el cuerpo con mis brazos, gritando desesperadamente. Es lo único que veo en aquel sueño recurrente. Si me preguntas quién es el chico o qué parentesco tengo con él no sabría qué responder. Me da miedo saberlo, no quiero descubrirlo. — Se frotaba nerviosa las rodillas mientras temblaba de frío—. ¿A ella qué fue lo que le pasó? ¿De qué murió Azul Celeste? —me preguntó cabeceando hacia su foto.

Me disponía a contestarle cuando de repente vimos entrar por la puerta varias personas que parecían de un nivel económico alto con enormes arreglos florales. Quedé impactada mirando cómo otras personas desconocidas lloraban tanto; no era que fuera imposible, pero si ella hubiera visto cuánto la querían, sin duda alguna su alma habría resucitado cuando aún estaba viva. En ese momento miré a la maestra Tina poner bocadillos, galletas y café cuando, inesperadamente, uno de los jóvenes (el moreno alto) tamborileó la mesa donde estaba la foto de Celeste con una amargura tan seca que se podía ver en sus expresiones estupefactas el dolor ardiendo a punto de explotar. En unos minutos de silencio agónico se desplomó en el frío suelo. Todos asustados presenciamos la escena. Despertó y lo sentaron en una silla que colocó pegada al ataúd. Ahí duró horas sin comer, sin ir al baño, sin moverse para nada, solo sostenía entre sus manos un pañuelo de satén con el que se limpiaba constantemente las lágrimas.

En el panteón cantaban las personas tristes con un sonoro agudo, dejando emerger el ser en las voces penosas de las acogidas y tristes almas. Todos tiraban rosas y puños de tierra, yo me disponía a arrojar una carta que escribí días antes, reprochándole su persistente ausencia, pero rápidamente una mano me detuvo. Era una señora de unos cincuenta años a quien minutos antes había visto acercándose a las personas, les susurraba algo en el oído y ellos negaban con la cabeza. Me detuvo la mano en la que sostenía la carta y me preguntó por mi nombre, al decirle que me llamaba Mariana me jaló discretamente hacia un lado, para luego, con la voz silenciosa, decirme:

—Lamento tanto esta pérdida tan grande, perder a alguien es el dolor más intenso que puede llegar a experimentar el ser humano. Sé que no es el momento apropiado, pero debo contarte qué fue lo que pasó realmente con la chica. ¿Podemos sentarnos en un lugar

discreto? —Se veía algo tensa, fijaba su mirada en la mía con temor mientras sus manos temblaban ligeramente; luego, desestimando su palabra le dije:

—Mi amiga murió porque resbaló y cayó al río, no sabía nadar. ¿Tiene algo más que decir sobre eso? —Moví un poco la mano para deshacerme de su agarre, pero aferrada colocó sus dos manos en la mía y algo agitada me dijo:

—No fue así, señorita, en verdad usted no sabe lo que pasó. Disculpe que llegue de sorpresa con esta precipitada noticia, pero en verdad debo contarle. —María, alertada por la situación, expresó:

—Está bien, no perdemos nada con escuchar lo que tiene para contar.

Aceptamos escucharla. Nos dirigimos a una lápida alejada, grande, con prominentes adornos de ángeles, con flores de muchos colores. El nombre era tan peculiar que no pudimos confirmar si se trataba de un hombre o de una mujer, por las fechas dedujimos que la persona bajo esa losa murió a los setenta años de edad. Inclizamos la cabeza en muestra de respeto y pidiéndole permiso para sentarnos unos minutos. Por lo general ese tipo de lugares provocan en mí emociones difíciles de explicar, más que nada porque siento una mezcla algo paradójica entre la felicidad y lo horrendo; me causa un alivio reconfortante saber que aquellas personas bajo las tumbas ya no sufren, quizás están en paz, pero al mismo tiempo me da un escalofrío el siquiera imaginar el sufrimiento por el cual tuvieron que pasar para llegar ahí, y más aún, por ignorar lo que fue de la misteriosa parte que continúa después de morir.

Ese día hacía aire, era tan frío que en reiteradas ocasiones nos frotamos las manos pegándolas a la boca para soplarles un poco de nuestro calor. La señora, intuyendo nuestra desesperación por escucharla, comenzó a platicarnos.

Capítulo IV

¿CÓMO LLEGÓ AL RANCHO SAN PEDRO?

Celeste ya tenía dieciocho años. Era un día soleado de primavera cuando salió del orfanato para dirigirse a hacer un mandado de la directora. Necesitaba llevar un paquete a una señora mayor llamada Amelia. Tenía puesto el uniforme gastado de siempre y una coleta sujetada con una liga negra. Abrió la puerta y fue sorprendida por un joven alto, de cabello negro, ojos oscuros y tez morena, se veía elegante, distinguido y limpio. Eso no fue lo que capturó su atención, sino el sentimiento que en ella brotó ante la impresión. Algo nunca antes experimentado. Se quedó perpleja por aquella mirada profunda, penetrante y dominante. Sus cejas eran pobladas, sus labios gruesos, sus facciones y su figura equilibrada desbordaban masculinidad. Azul Celeste permaneció admirada, con la boca entreabierta contemplando lo desconocido. Se vio forzada en el momento a recurrir a la inesperada e insatisfactoria conclusión de que existen situaciones que tienen el poder de afectarnos de forma inexplicable, donde la lógica y el análisis de tal poder están fuera de nuestro alcance. Pasaron solo unos segundos cuando el joven sintió la mirada evidente de Celeste, la miró intrigado por los ojos tan bellos y peculiares de la joven, de un azul profundo, más oscuro que claro.

Le preguntó si se le ofrecía algo, ella —un tanto apenada— dijo que no y se marchó a cumplir con el pedido. Mientras caminaba por la banqueta sonreía recordando lo que había sentido momentos atrás. Al llegar al sitio, doña Amelia abrió la puerta, la invitó a entrar a su

majestuosa casa e inmediatamente notó la sorpresa de la joven, quien miraba todo lo que su alcance visual le permitía. Nunca hubiera podido imaginar qué tan rica era aquella carismática anciana. Platicaron un largo rato, tomaron té. Doña Amelia pudo darse cuenta de la difícil vida que había llevado Azul Celeste hasta el momento. Se despidieron. Al abrir la puerta, nuevamente fue sorprendida por el misterioso joven.

—¿Qué hacía el chico en la casa de doña Amelia? —Azul Celeste se preguntaba mientras se alejaba de la mansión.

Al día siguiente, Azul Celeste recordaba al intrigante joven, no dejaba de sonreír, parecía que por primera vez se olvidaba de todas sus preocupaciones. Visualizaba esos precisos momentos y cantaba con una suave tonada, bailando con la escoba como si fuera su acompañante. Hacía las labores diarias de limpieza cuando se acercó Mariana y le hizo una ligera bulla, le preguntó el motivo de su alegría pues la vio más animada que nunca, a lo que Celeste la tomó del brazo, soltó la escoba, la atrajo hacia ella y empezaron a bailar. Se agarraban de las manos mientras daban vueltas felices, parecían dos lunáticas desenfrenadas, sus cabellos volaban dejando un fresco olor a rosas por el champú, las prendas viejas, pero limpias, se prestaban para darles la impresión de que eran dos bellas flores relucientes que estaban a la merced de los cambios de la naciente primavera.

Disfrutaban de ese armonioso baile cuando vieron salir a doña Amelia. La directora asomó la cabeza para pedirle a Celeste que entrara a su oficina. Se apresuró y entró. Cuando salió de nuevo tenía la mirada triste, pero esta vez no le dijo lo que pasaba a Mariana. Corrió afligida a su lugar favorito. Le pidió que la dejara sola, pero Mariana se asomaba tanto que en una de esas Celeste se aproximó, la abrazó, se aferró con fuerza a su espalda y no paró de llorar, luego le pidió perdón, según ella, por no ser lo suficientemente rica para evitar que vivieran de esa forma.

Celeste seguía igual de rara, más amorosa y consentidora que nunca, cualquier pretexto era prudente para abrazarla y decirle lo mucho que la quería. Mariana tenía miedo, sospechaba que esa actitud repentina avecinara una desgracia.

—¿Y fue así? —preguntó intrigada María a la señora mientras yo estaba impaciente por oír el resto.

—Pues nada más mire dónde está ella, si eso no representa una tragedia entonces no sé qué otra cosa podría serlo. Espéreme que todavía falta para llegar al momento en el que Azul Celeste muere, continuemos en donde íbamos. —La señora hacía movimientos con las manos tratando de calmarnos la inquietud.

Al día siguiente llovía a cántaros. Celeste, sentada en el pasillo, esperaba a doña Amelia. Pasaron unas horas. Al ver que no llegaba se desesperó. Hacía muecas producto de su impaciencia y nerviosismo. Caminaba de un lado hacia otro cuando la directora le gritó que la esperaban en la entrada. Al escuchar, empezó a correr con fuerza, cada vez más rápido, hasta que tropezó con su pie y cayó a un par de arbustos que estaban al lado del camino del patio.

—¡Auch! —se quejó mientras se levantaba y se sacudía la ropa; en eso visualizó la mano de alguien que se aproximaba a ayudar. Confiada, sin mirar quién era, aceptó la ayuda. Dijo «gracias», pero la palabra se extendió unos instantes cuando vio que era el mismo joven que unos días atrás había logrado que por primera vez su corazón latiera tan rápido como un tambor.

—¡Dense prisa! ¡No alcanzarán el camión si no corren! —gritó la maestra Tina. Celeste se quejó diciendo que no podía irse sin despedirse de Mariana, quien se encontraba en clases, pero Tina la convenció para que se marcharan. Se alejaron corriendo, cubriéndose con un paraguas mientras alzaba el brazo para decir adiós.

Cuando los jóvenes llegaron a la estación del camión, Celeste aún

no entendía gran cosa, solo aceptaba lo más tranquila posible la situación.

—¿Qué será este chico de doña Amelia? También lo vi la vez pasada entrar a la casa de la doña. ¿Será un empleado? No, su vestimenta es elegante, además sus manos no lucen maltratadas ni agrietadas como las mías —Azul Celeste suponía, mirándolo con un gesto de sospecha, mientras intentaba encajar las piezas de la caótica situación. En tanto, el joven, sentado al lado de ella, se preguntaba intrigado el afán de su abuela por contratar a alguien mucho más joven que las demás empleadas domésticas.

Al llegar al rancho, San Pedro le pareció un lugar mágico, quedó pasmada ante semejante panorama: estaba rodeado por un inmenso cerco de ladrillo intercalado con adoquines marrones, de dos metros de altura. La finca se mostraba al terminar el camino que descendía en las largas llanuras. Adentro de la casa, en medio de la sala de estar, había un jardín vasto en flores, bichos y plantas, ese magnífico ambiente relucía y revelaba constantes efluvios de flores y azahar. En el centro del jardín se encontraba una fuente redonda, de tres niveles, grande, llena de agua y perdida entre los espesos árboles. A un lado permanecía un balcón que daba al cuarto que había sido de doña Amelia y su marido. Los grandes ventanales eran largos, estrechos y ojivales; cubrían la mayor parte de la casa, permitiendo así que las constantes oleadas de sol impregnaran de luz los tres pisos contiguos.

Doña Amelia le dio órdenes a Celeste para que se cambiara el uniforme. Le compró cosas bonitas con la ayuda de sus empleadas.

—Apresúrate a cambiarte, en tu cuarto te dejé ropa, zapatos, cosas nuevas que les encantan a las chicas de tu edad. La maestra Tina me dijo que solo tienes dos cambios de ropa para la temporada.

Azul Celeste le agradeció y entró a la habitación que sería de ella durante la estancia. Dio un vistazo al espacio y se arrojó a la cama con

los brazos extendidos, estaba feliz, tenía una amplia ventana por la que podía mirar los vastos terrenos de sembradíos verdinegros tapizados de trigo, maíz y sorgo. Las vacas, los caballos, las ovejas, las gallinas, los puercos y los pavorrales convivían en una especie de armonía santificada. Era tan bueno, tan enriquecedor poder ver aquellas obras maestras tan extensas, tan llenas de vida, maravillosos paisajes hechos para ahondar con mayor fuerza en los recónditos espacios del alma. Estaba que no se la creía. Soltó algunas expresiones gesticulares recaídas en risas derivadas por el asombro de aquella dicha. Doña Amelia entró y le recordó que debía bajar para comenzar con las tareas domésticas.

Al día siguiente se levantó triste pensando en Mariana, pero se daba fortaleza recordando algo muy importante. Eran las ocho de la mañana cuando escuchaba música al mismo tiempo en que barría la extenuante sala de aquel desmedido patrimonio, en eso cesó el sonido, era el muchacho que había apagado el aparato.

—No está permitido que los empleados usen los aparatos de mi casa, menos cuando estoy aquí —le advirtió el joven, parado enfrente de ella, con los brazos cruzados y la barbilla ligeramente hacia arriba. Creía que sería divertido hacerla enojar, estaba acostumbrado a salirse con la suya la mayoría de las veces. Azul Celeste, tranquila en el exterior, pero disgustada en el interior, dijo:

—Mire, señor, no sé quién sea usted dado que no me dirigió la palabra durante el camino hacia aquí. No tengo siquiera idea de su relación con doña Amelia, le recuerdo que fui contratada por ella, entonces, solo recibo órdenes de la doñita.

Azul Celeste lo miraba con concentración y temor, sentía cosquillas en el estómago, pero ignorando el nerviosismo y la torpeza que comúnmente se desprendía de ese malestar, con voz clara continuó:

—¡Ah!, y, por último, somos personas que necesitamos trabajar

para comer. La música ayuda e inspira con ese quehacer, así que le pido su consideración.

El chico con expresión interrogativa, los brazos aún cruzados y algo pedante manifestó:

—Se ve que no tienes idea alguna de quién soy. Se nota que realmente no deseas conservar tu trabajo, además, no tengo por qué explicarle mis asuntos a una piltrafa.

Desconectó la grabadora y se marchó. Ella, enfadada, se limitó a cerrar el puño de la mano izquierda. ¿Quién demonios era ese tipo? Tan maleducado y sangrón, ni parecía que la ayudó en el patio del orfanato cuando cayó.

Mientras tanto, retorciendo el mandil se acordó del orfanato.

Era un orfanato improvisado, los legales estaban llenos, por lo que había una pobreza notoria en el sitio. Tenía las paredes cuarteadas, ninguna se salvaba de esa anomalía, las ventanas eran cuadradas y pequeñas, enfiladas en lo alto y a lo largo de la habitación, donde se alineaban todas las camas. Apenas era visible la luz del sol durante el día. Los pasillos eran largos y angostos. Casi todo el sitio era opaco y gótico, de allí que Azul Celeste amara el ático donde se encontraba la ventana que visitaba, a diferencia del resto y aunque tantas cosas viejas e inservibles se acomodaban y resguardaban ahí, la ventana amplia permitía que durante el día entraran grandes oleadas de sol, por lo que se miraba irresistible ante los ojos de la joven. Creía que existía una concentración de fuerzas anormales, que, en razón de una cierta curiosidad, la incitaban a venerar con devoción apasionada el espacio.

Celeste continuó con su trabajo. Intentaba seguir distrayendo la mente para no pensar en el enigmático joven, pues pudo distinguir cierta inconsistencia en la actitud del mismo. ¿Quién era? Era Rigoberto, nieto de la reconocida y famosa Amelia, señora destacada

por sus méritos benefactores y por poseer una gran fortuna. Era un muchacho de veintitrés años, frío, con aires de superioridad y arrogancia. No siempre había sido así: creció como un niño mimado, consentido y sin limitaciones económicas, sin embargo, tenía los pies bien puestos en la tierra, es decir, contaba con aquellas características consensuadas por la sociedad para definir si una persona es buena moralmente o digna de ese mérito. Su actitud cambió drásticamente desde que sus padres murieron en un terrible accidente, explicaron, pero la verdad que Rigoberto ignoraba totalmente era que su padre mató en un arranque de celos a su madre. Su padre nunca confirmó sus sospechas, no obstante, la idea lo sobrecogió de una forma tan atroz que pudo penetrar en su espíritu nublándole la razón, ningún estímulo real del exterior fue lo suficientemente fuerte para alejarlo de esa deplorable locura. Después del trágico suceso, su padre lloró como un niño abrazado al cadáver de su mujer, a la cual un día le juró cuidar y proteger con su vida. Tomó el revólver y al verse condenado por el horrible acto decidió acabar también con un disparo su vida.

Doña Amelia se limitó a engañar a su nieto, le avergonzaba que una situación tan absurda como aquella hubiera sido capaz de disolver en un segundo toda una vida. Se encargó de transformar aquel macabro suceso en un secreto insoluble que, como consecuencia, estruja eternamente su pecho.

Capítulo V

REFLEXIONANDO SOBRE ALGO IMPORTANTE

Celeste se mantuvo en un estado de autodefensa; franca, firme, sin intenciones de sobajarse a los deseos de humillación de ese infamante hombre (Rigoberto). Consciente de los errores de aquel, quizá corrompido por algo, por alguien. A lo mejor esa actitud provenía del desapego, de la carencia de afecto o, por el contrario, por haberlo tenido todo desde el principio. Le parecía absurdo que la falta de empatía, compasión, humildad y bondad para con los otros, especialmente con aquellos que consideraba inferiores a él, fuera precisamente por tenerlo todo. ¿Quién no estaría dispuesto a ayudar a los demás si tuviera una fortuna?, se preguntaba mientras veía por la ventana a sus compañeros en las tierras trabajando bajo el fuerte sol, con el paño amarrado a la cabeza y el sombrero encima. Sin duda alguna, el trabajo en el campo es uno de los más difíciles que hay. Después, Azul Celeste decía que solo los que han padecido el dolor de la pobreza tienen el don de entenderlo realmente; luego trataba de justificar las equivocaciones de Rigoberto. ¿Quién no ha cometido errores en su vida? No es algo que no se pueda cambiar. Ella sabía que todos en algún punto de la existencia deberán discrepar, diferir, pues de eso se trata la vida: de saber y no saber, de acertar y errar, de ignorar más, de ignorar menos. Así es la existencia, un ciclo dinámico que empieza con la vida y termina con la muerte, eso que todos tenemos seguro, ese tabú tan reprochable, prohibido, lo que la gente elude la mayor parte del tiempo. No sabía si por miedo o por incertidumbre. Creía que

era debido a una combinación de ambos, por no saber qué pasaba después de la muerte. ¿Qué habrá después de ello? ¿Reencarnamos en otras personas? ¿Existe el cielo y el infierno? ¿Qué pasa cuando el alma se desprende de la animación exterior? Azul Celeste creía en un Dios creador de todo lo existente en el universo, sin embargo, le resultaba algo extraño preguntarse siquiera eso, es decir, si Dios es un ser perfecto, ¿cómo podía irradiar imperfección a través de su creación? Y aun sabiendo eso, estar dispuesto a mandarnos al infierno, el más mínimo error implica una imperfección, era precisamente eso lo que le parecía descabellado, digno de reproche; no obstante, prefería aferrarse a la idea convencional del Dios que todos conocen para avanzar, pues sentía que la esperanza era lo más parecido a Dios, ya que esta también tiene un poder indescriptible, y al igual que el ser omnipresente y omnipotente, no necesita de un hecho que compruebe su existencia, simplemente está ahí, sintiéndose, aunque su forma física quede sumergida en el anonimato, pero su increíble poder es capaz de sostener las ganas de existir a través de las ilusiones, aunque la vida sea la más miserable, la más desdichada. Entonces, la idea de Dios le resultaba de cierta forma provechosa, le daba confianza y firmeza, «era como una guía hacia el sendero del amor y la verdad», capaz de sacar lo más bello que hay en el ser humano para acercarse a la perfección terrenal, de esa que tanto anhela la humanidad.

Ella trataba de definir la procedencia de cosas como esas, en donde a veces tenía la ventura de sacar sus propias conclusiones.

¿Qué era entonces la muerte? Le llamaba mucho la atención el poder sacar la conclusión a esa pregunta en especial. ¿Qué le pasaría cuando muriera? Se miraba al espejo acariciándose el cabello. Se quedó un largo rato tratando de obtener una respuesta mientras daba toques a su reflejo. Después de un rato más creía tener la respuesta.

—Se debe al miedo y a la incertidumbre que provoca la muerte. Es

precisamente porque no se le ve como algo que está tatuado en el ser desde el momento en que vivimos, no somos conscientes de ello en la medida en la que se necesita, esto provoca que vivamos de forma poco auténtica, desproporcionada, extravagante, donde nos vemos amarrados a las cosas, sujetados a lo banal, a lo mundano, viviendo como si creyéramos que somos eternos o infinitos como los decimales, como si el mundo fuera inmutable y el desvío nunca marcara el límite. La muerte provoca angustia, dolor, desesperación y miedo, por eso es algo comprensible hasta cierto punto, no se puede vivir siempre con miedo, pero indudablemente nos orilla a sobrevalorar las cosas, a cargar con lo material como si pudiera transportarse o canjearse en «la otra vida».

Celeste cavilaba en un intento de distraer la mente para no pensar más en Rigo; no era algo nuevo en ella, siempre divagaba cada vez que se disponía a reflexionar.

Capítulo VI

AZUL CELESTE, ¿ENAMORADA?

Celeste, interesada en el joven, investigó más sobre él, cosa que no le fue difícil: trabajando en ese lugar tenía acceso a información de primera mano.

—Así que se llama Rigoberto. Tiene un nombre bonito, lástima que su apariencia no encaje con su personalidad —expresó mientras ojeaba documentos personales en el despacho, pero rápidamente los colocó en el escritorio al ver que el joven entraba.

—¿Tardas tanto limpiando? —preguntó Rigo, pero al no recibir respuesta comentó—: Ahora resulta que hasta sorda estás. A ver si te sales y mandas a otra persona. No quiero que te vuelvas a encargar de mis cosas. ¡Eres ineficiente! —Celeste, enfadada, se limitó a ignorarlo y siguió limpiando, hasta que Rigoberto enfureció, no estaba acostumbrado a ser ignorado con tanta frecuencia, se acercó a ella y la sujetó del brazo y de un jalón la volteó. Sus miradas quedaron un rato fijas, clavadas en el otro hasta que ella habló:

—Soy Azul Celeste, y aunque le cueste, cada vez que se dirija a alguien, por respeto pronuncie su nombre.

Rigoberto quedó perplejo unos instantes, el enojo se disipó al quedar enganchado en aquellos enormes ojos azules.

—Ya veo por qué te llamas así —manifestó al mismo tiempo en que la soltó. Rigo hizo un gesto de felicidad, nunca antes lo habían enfrentado con tal determinación, eso le provocó una sensación de agrado entremezclado con malicia.

Ahí estaba ella, pensando en el incidente del día anterior. ¿Qué le pasaba con ese chico? Trataba de ser razonable descifrando de a poco sus sentimientos: el cosquilleo en el estómago o las famosas mariposas, el nerviosismo cuando lo veía, no dejaba de pensar en él, sumida en un estado de constante placer, aunque el trato fuera poco amable. ¿Sería que estaba enamorada? Investigó un poco con sus compañeras y no lo podía creer, sí estaba enamorada de él. Comparó lo que sentía y tumbada en la cama lo pensó:

—Es como cuando una pulga se aferra fuertemente a la sangre de su huésped, o como las plantas de clima húmedo que no pueden vivir sin agua, o como las estrellas que requieren de un poeta para plasmar su belleza, o como el día, un simple día que necesita de la mañana, la tarde y la noche para completar el ciclo y dejar nacer uno nuevo, así como también la vida exige a tantos procesos para cambiar, para surgir. De ese fenómeno dinámico del que nadie, ni siquiera Dios, se escapa —terminó mientras suspiraba y colocaba su cuadernillo a su lado. Desde la primera vez que lo vio sintió que las fibras más profundas de su corazón empezaban a vibrar, a bailar, a cantar, a tener un cierto contacto de amistad entre ellas, como si floreciera una cierta complicidad que se volvía cada vez más fuerte, afecto por el cual eran capaces de generar y esparcir una potente energía a todo su cuerpo. Restos de memorias de aquel amor, de esa seducción, de esa pasión que ya compartían aquellas fibras.

¿Qué sentía por su parte Rigoberto? Era una cuestión que constantemente le robaba el sueño. Hasta ese momento no había indicios de que él mostrara interés por ella; eso la preocupaba, pues en cuestiones de amor nunca tuvo temores, eran los jóvenes los que se acercaban para halagarla o cortejarla, nunca quiso aceptar a ninguno de ellos, sin embargo, en esta ocasión el asunto era diferente. Deseaba que Rigoberto se interesara en ella, gustarle tanto como le gustaba a ella.

Capítulo VII

LOS VALVERDE Y AZUL CELESTE

Por lo general empezaba con sus responsabilidades desde temprano, la motivación sin duda alguna era el pago, al mediodía del término de la quincena, los trabajadores del rancho recibían la remuneración. Azul Celeste contenta y agradecida escondía la mayor parte del dinero en uno de los zapatos desgastados que ya no utilizaba, tenía que juntar una gran cantidad para mandárselo a la maestra Tina; el resto lo dejaba en el bolsillo izquierdo donde cargaba su pequeña libreta lila. Salíó y se dirigió a donde se encontraban los más necesitados del lugar, siempre los ayudaba con el resto del sueldo, sabía que tenían hijos a los cuales proveer, asimismo, estaba dichosa de haber formado una buena relación con todas las familias del rancho. San Pedro era un lugar demasiado extenso, tan enorme que necesitaba de un constante mantenimiento, ayuda con los animales, los sembradíos y otras labores importantes, por lo que estaba lleno de familias humildes provenientes de los pueblos más cercanos.

Ese día en la noche llegaron dos chicos de piel blanca, ojos verdes, cabello rizado y rubio, altos, esbeltos, de destacable belleza; eran la señorita Julia Valverde, de diecinueve años, y su hermano mayor Samuel, de veintidós, hijos del presidente municipal del pueblo más grande de esos rumbos, el señor Hugo Valverde y su esposa Rosario Miramontes, matrimonio de familias acaudaladas, dueños de centrales de abasto de la ciudad de donde provenían Azul Celeste, Rigoberto y doña Amelia. Bajaron de una camioneta blanca, grande,

de reciente modelo. Entraron a la casa y preguntaron por el joven. Rigo no los hizo esperar. Se sentaron en la enorme sala con vista a los jardines inmensos llenos de rosas, margaritas, jazmines, girasoles, dalias y lirios, repletos de luciérnagas, insectos y grillos cantando con pasión ante aquel festín floral, que proporcionaba un magnífico espectáculo natural del que Azul Celeste nunca se hacía esperar, ahí estaba ella tirada en el suelo de aquel maravilloso patio pensando como siempre.

—¿Por qué a veces amamos a personas que no deberíamos? Nuestro organismo debería desarrollar una especie de defensa amorosa, protegernos de aquellos con gustos e intereses distintos a los nuestros, pero a veces son precisamente esas diferencias las que nos enriquecen, solo desearía que Rigo fuera sensato, le falta humildad; debería trabajar duro para saber y comprender lo que cuestan las cosas, un techo, una comida, un sueño. Él que lo tiene todo tan fácil. —Miraba las estrellas mientras tenía las manos cruzadas debajo de su nuca y su cuerpo posado en el suelo absorbiendo a través de sus poros el encanto cautivador de la atmósfera que se revelaba como el más alto mecanismo; con su olor, sus colores y formas dignas de un arte viviente capaz de impulsarla al sentimiento de lo sublime. Ahí recordó cuando una de sus compañeras de trabajo le dijo que el tacto era la puerta que se abría para confirmar una forma, esta de manera silenciosa nos conducía a un estado de placer pleno, en donde el éxtasis podía a veces entrar a través del acto amoroso.

A lo lejos escuchó un grito. Volteó y vio a su compañera parada en la puerta corrediza haciéndole señas para que se acercara. Se despidió, se levantó y se dirigió a la cocina, sacó unas copas y el vino tinto. En la sala escuchaba las risas de los jóvenes mientras les servía el vino.

—¿Quién es esta? —preguntó Julia algo celosa y curiosa por la presencia de Azul Celeste. Le pareció una chica bonita, joven, aunque

esa idea discrepaba con lo que aparentaba la mayor parte del tiempo.

—Es la nueva empleada —respondió Rigo y concluyó que ambas eran bellezas que representaban polos opuestos: por un lado, Julia era prepotente, egoísta y altanera, su belleza desbordaba sensualidad puramente femenina, sus gestos eran armoniosos y sutiles ante los ojos de cualquiera. Celeste, por el contrario, era humilde, sencilla, de sentimientos nobles, sus gestos eran inarmónicos y torpes. La primera provocaba una atracción incontrolable, capaz de despertar la virilidad de cualquier hombre. Años atrás, Rigoberto intentó conquistarla, pero Julia con sus aires de reina inalcanzable lo desestimó, creía que ningún hombre era digno de gustar de ella. La segunda, significaba inocencia, una belleza raras veces vista, no obstante, el joven la tenía catalogada en un rango menor a lo común y corriente, sin gracia ni talento.

Celeste se apuró en terminar. Estaba incómoda. Se fue a la cocina sin saber quiénes podrían ser los invitados cuando de pronto padeció de un sacudimiento brusco o un hormigueo punzante en el corazón que se extendía hacia el estómago y el cuello, como si le apretaran la parte donde Dios le negó la manzana de Adán; le provocaba una gran molestia y ansiedad. Esto era derivado de ver la belleza de esa joven, sentada ahí, tan cerca del hombre que amaba, con tantas cualidades: ese porte, esa elegancia, esos aires de poder y de grandeza que ella no tenía. ¿Qué le pasaba? Tomó una taza de café y empezó a beberlo desesperadamente, batallando para tragar; volvió a rellenar la taza, una tras otra, hasta que su compañera intrigada le preguntó si el café estaba caliente, a lo que Azul Celeste solo asintió mientras daba otro sorbo, sin importar que este le quemara la lengua y la boca.

Samuel, en la sala, algo curioso se preguntaba el origen de Celeste, le pareció una belleza peculiar e intrigante, obtuvo información con Rigo, le dijo lo esencial, y al escuchar que era huérfana sintió la necesidad de protegerla.

Al irse los Valverde, Azul Celeste se quedó recogiendo la mesa, las colillas de los cigarros dispersos en el suelo, una copa rota bañada en vino. Eran las dos de la mañana y estaba agotada observando las estrellas a través del cristal.

Cuando tenía ocho años, en una tarde soleada mientras curioseaba en un parque de diversiones entre la multitud, vio provechoso el perderse entre la gente para vender algunas empanadas.

—¡Empanadas, empanadas, de piña, fresa y cajeta! ¡Llévele, llévele! —vociferaba una y otra vez mientras cansada sostenía con fuerza las cestas para que no se le fueran a caer. Ese día no pudo vender mucho, los puestos a los lados acaparaban con rigor las ventas. Cansada y con las manos adoloridas decidió sentarse al lado de un pequeño puestito de muñecos. Al sentirse capaz de volver a intentarlo se levantó y se detuvo un momento para observar los osos y muñecos de todos los colores, formas y materiales posibles. Preguntó el precio de un pequeño osito café que traía un listón azul amarrado en el cuello en forma de moño.

—Disculpe, señor, ¿qué precio tiene este osito? —preguntó con voz cantarina al sujeto que masticaba granos de elote.

—Ese es de veinticinco pesos —respondió al mismo tiempo en que revolvió la crema y el chile que acababa de ponerle al vaso con elote. Azul Celeste triste solo se limitó a dar las gracias mientras guardaba en su bolsillo los veinte pesos que traía en la mano. Caminó de nuevo con la esperanza de vender algo, limpiando constantemente el sudor de su pequeño rostro oscurecido por las quemaduras del sol. Más adelante vio cómo los niños se divertían subiendo a los juegos mecánicos, comprando algodones de azúcar, dulces o juguetes, mientras que sus madres, padres o ambos permanecían cerca, al pendiente de sus hijos. Una niña rubia traía un enorme oso, se le agrandaron aún más los ojos a Celeste y la siguió con la mirada un largo tramo, hasta que

se perdió entre la multitud. Al voltearse, fue sorprendida por varios niños que corrían con fiereza en dirección a ella, no lograron frenar, ni ella avanzar, por lo que chocaron esparciendo la mercancía a todos lados como si se tratara de fuegos artificiales explotando. No pudo salvar lo que quedaba, las constantes pisadas arrasaron con todo. Tomó las cestas y se quedó un largo rato parada mirando el cielo, como culpándolo por semejante acontecimiento o exigiéndole que la disolviera en cenizas.

Después de unos minutos se disponía a marchar de la feria, pero una señora que iba apurada tiró al suelo una pequeña libreta color lila. Al ver el incidente, corrió atrás de ella con la intención de alcanzarla y entregarle el cuadernillo y, al no tener éxito, sujetó la libreta entre sus pequeños brazos y se la llevó. Ese fue un evento que nunca pudo olvidar, pues entendió que las cosas tienen un valor, este aumenta en medida en que se necesita. La libreta en sí no tendría un valor relevante para las personas que no carecen de mucho, no obstante, para Celeste fue una bendición poder poseer algo.

Capítulo VIII

EL PLAN DE DOÑA AMELIA

Doña Amelia ya había notado la actitud magnánima de la joven, de espíritu libre, soñador, trabajador y culto. Empezaba a comprender que Azul Celeste no era cualquier chica, había descubierto en ella un diamante en bruto.

Amelia estaba desesperada por la actitud mediocre de su nieto, días anteriores lo había mandado a hacer las cosas de forma diferente a la acostumbrada, es decir, si quería salir a dar un paseo tenía que arreglárselas para caminar o trabajar para ganarse la gasolina o lo que le fuera indispensable. Incluso lo había mandado en camión a recoger a Celeste para que valorara y entendiera en ese aspecto la vida de los demás, pero la posición que tomaba ante esos mandatos no era ni siquiera cercana a ser aceptable. Intentó con diversos métodos sin obtener ningún resultado esperado, así que, al ver la actitud firme de Celeste de no someterse o rebajarse a los insultos de su querido nieto, decidió crear un plan, una estrategia para hacer que la vida de ambos cambiara. Consciente de que ambos tenían carencias en ciertos aspectos, no podía dejar que la vida se les desperdiciara, necesitaba darles un empujón, por lo que llamó a su nieto y a Celeste para entablar una conversación y en presencia de su abogado les informó que tenía algunas condiciones para ellos; no les explicó más y les ordenó que no la interrumpieran hasta terminar. Doña Amelia empezó:

—Condición número uno: Celeste y Rigoberto deben de contraer

matrimonio y durar como esposos por lo menos un año. Número dos: tienen que comportarse como tal, marido y mujer, por lo tanto, ningún comportamiento sospechoso o inadecuado estará permitido. Número tres: Rigoberto tendrá estrictamente prohibido frecuentar o tener relación que no sea de amistad con otras mujeres, debe de centrarse en su mujer.

¿Quién se enamoraría si tiene a su disposición a tantas mujeres bellas? Pensaba doña Amelia. No era algo imposible, pero sí difícil, más cuando esa persona no es lo suficientemente madura para establecer una relación sólida para formar una familia. Eran cuestiones que doña Amelia había contemplado a raíz de su experiencia. En el pasado tuvo varios roces con su marido; la primera década del matrimonio fue algo glorioso y admirable, se amaban, se respetaban y se complementaban en todos los aspectos. Todo iba de maravilla, hasta que Amelia se enteró por algunas vecinas que su marido solía dar vueltas por la plaza con la intención de subir a una que otra jovencita, les daba un paseo, les compraba regalos costosos y les prometía dejar a su esposa. Era una prosa vacía y concurrente con la que engatusaba y engañaba a las ingenuas jovencitas. Amelia, no dando por sentadas las habladurías de las comadres, decidió investigar por su cuenta, y efectivamente, era traicionada por ese hombre que un día le juró en el altar lealtad hasta la muerte. Disgustada y con el corazón roto habló con él, pero la confianza ya no era la misma; se rompió como cuando cae una taza al suelo, en irreparables pedazos, y por más que se intentara dejar la taza como al principio, la triste verdad es otra.

Doña Amelia prosiguió con las condiciones.

—Número cuatro: Celeste se va a encargar de la beneficencia que tenemos y tomará al igual que mi nieto Rigoberto las decisiones correspondientes al manejo del hogar.

La noble anciana nunca se sometió a las órdenes de su marido, al contrario, como ya se mencionó, se complementaba con él, por lo que ambos formaban un equipo inquebrantable al momento de tomar las decisiones, ya fuesen importantes o no, eso les permitió trabajar juntos y forjar los cimientos de sus abundantes posesiones.

—Número cinco: Rigoberto empezará a trabajar en los cultivos, bajo el sol, al igual que los demás, también se hará cargo de lo administrativo.

Doña Amelia vivió una vida promedio en términos económicos, nunca careció de nada, pero tampoco tuvo de más, su padre fue un gran hombre, un excelente ganadero y agricultor, de ahí que le tomara el gusto a las siembras de maíz, sorgo y trigo. Desde niña se mantenía con él ayudándole en lo que podía, le gustaba demasiado el campo, amaba al igual que su padre las vacas, decía que incluso se podía llegar a comparar ese cariño con el que siente una persona por su mascota. Le fascinaba ver y aprender de esos animales robustos, algunos con cuernos grandes y otros sin ellos. Cuando les daban comida en unas llanuras inmensas que compartían varios hombres, le fascinaba ver cuando las vacas astutas seguían corriendo tras la camioneta de su padre para llegar hasta el riachuelo que se situaba en una orilla escarpada. Ahí, bajaban los bultos de pastura para vaciarlos en las llantas negras de automóviles convertidas en platos para el alimento de las vacas. Sus padres le enseñaron desde pequeña que debía trabajar duro para forjar su futuro.

Amelia concluyó:

—Ambos deben cumplir al pie de la letra los requisitos establecidos en el documento. Al final se les proporcionarán los beneficios, es decir, Azul Celeste recibirá una remuneración, asimismo, mi nieto Rigoberto tiene el deber de cumplir con lo antes mencionado para que pueda heredar la fortuna después de mi muerte.

Amelia cerró el documento viéndolos a ambos. Rigoberto, con una evidente agitación, dijo molesto:

—¡Abuela! ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loca? ¿Casarme con ella? ¿De verdad quieres un retroceso de esa magnitud en mi vida?

En el fondo sabía que Azul Celeste no implicaba un retroceso, sino por lo contrario, pero estaba muy enojado de que su abuela tratara de imponerle algo tan importante como lo era el matrimonio.

—¡Ni siquiera he pensado en casarme, y si lo hiciera la más indicada es Julia!

Doña Amelia con voz firme le dijo a su nieto:

—No me importan tus opiniones en este momento, soy tu abuela y me debes respeto, no puedes levantarme la voz de esa manera. Te he criado desde que tus padres murieron, no solo tú los perdiste, yo también perdí a mi hija y a mi yerno.

Amelia se detuvo un momento para pasar aire a sus pulmones, una gran cantidad, ya que el solo hecho de mencionar al hombre que mató a su hija le provocaba una especie de vértigo, acompañado de una amargura fétida que se le atoraba como burbujas en la garganta. Le repugnaba tanto que por el enojo por poco se va para adelante, en dirección al suelo, si no es por obra del bendito bastón que la paró en ese instante se hubiera ido de narices. Luego prosiguió:

—Siempre me he preocupado por tu bienestar, y en mi afán de cubrir tu dolor te lo he dado todo, sin darme cuenta de que en realidad te estaba haciendo un mal. Aún me queda una última esperanza, tengo que corregir lo que he hecho mal. No me queda mucho tiempo, no quiero morir sabiendo que formé un nieto insensible, materialista y apático. Tienes que cambiar, necesitas confiar en ti. No enorgulleciéndote por las cosas que tienes, sino por las que luchas para obtener, porque solo así podrás valorar el esfuerzo de los demás. Debes desarrollar tus capacidades para trabajar de la mejor

manera, entender el valor del trabajo. —Amelia dio ligeros toques al suelo con el bastón mientras los miraba, luego la mirada se centró de nueva cuenta en su nieto—. Tienes amor ahí adentro, estoy segura de eso, pero necesitas entenderlo. Enfatizar en las cosas realmente importantes. Nacemos solos, nos vamos solos, pero irónicamente nos aferramos a las cosas como si pudiéramos llevarlas al otro mundo. Solo quiero que te pongas en el lugar del otro. ¿Qué hubiera pasado si en lugar de estar aquí te hubiera tocado nacer en la pobreza? ¿Serías como eres? Sé que no eres malo, tu amor, tu compasión, tus ganas de ayudar están ahí, solo que necesitan despertar. No puedes seguir tan frío e insensible. Eras un niño bueno, amable y con principios morales fuertes. Ahora solo eres un desvergonzado e insolente. Si tan solo fueras como ella.

Amelia terminó la oración señalando a Celeste.

—¿Como quién? —preguntó Rigo enojado.

—Como Celeste —le confirmó Amelia nuevamente con sus palabras. Al escucharla, Rigoberto sintió un volcán arder y erupcionar desde las entrañas, tomó un jarrón de cerámica blanco con bordes dorados en forma de fuente y lo azotó con fuerza contra el suelo, esparciendo los trozos por todos lados. Algunos rozaron sus brazos.

—¡Lo que más me duele, abuela, es que me estés comparando con esa piltrafa! —gritó Rigo cegado por la situación y mirando con cierta aberración a la joven. Azul Celeste, atónita por esa última palabra, alegó:

—¡¿Piltrafa?! ¿Por qué no mejor adefesio, esperpento o espantajo? ¿No tienes más imaginación? Y si lo fuera, ¿a ti qué? Ni parece que tienes estudios superiores. —Hizo un ademán con la mano en señal de inconformidad—. Eres arrogante, superficial, un imbécil que tiene que lidiar con su mal carácter, no deberías involucrarnos también en eso, es estresante tratar con gente como tú. —Azul Celeste posó la

mano en la cabeza, bufó y llenó los pulmones de aire—. Mi conciencia está tranquila, no tengo la desdicha de ser tan ruin, tan apática como tú. Además, no sabes nada de mi vida. ¿Qué va a saber un niño rico y mimado de las carencias? De esas que muchos tenemos, no sabes nada, menos vas a saber de trabajo, de lo que se gana con esfuerzo, con el sudor de la frente. —Suspiró profundo, inhaló, exhaló, bajó las manos haciendo un movimiento lento en señal de tranquilidad, luego lo miró nuevamente enfadada. Esa mirada de arrogancia y frivolidad que se desplegaba ante ella le descarnaba el alma, si algo le molestaba tanto eran precisamente las actitudes carentes de empatía y valores. A punto de llorar, Celeste prosiguió:

—He tenido que soportar a gente como tú, con el ego inflado hasta los talones, creyendo que son mejores porque tienen más. ¿Qué culpa tenemos los que nacimos en la pobreza? Todo el tiempo me pregunto si mi vida hubiera sido mejor en otras circunstancias, haber nacido con las ventajas económicas, las que te facilitan todo, sin embargo, a pesar de ello, no creo que la pobreza sea un impedimento para lograr tus sueños, esos se logran trabajando, fijando metas. —Con los ojos derramando lágrimas, Celeste concluyó:

—Tenemos que salir adelante a pesar de las adversidades de la vida. No podemos rendirnos. Ni siquiera conocí a mis padres, nunca sabré lo que es recibir el amor incondicional de una madre. Quisiera comprender el motivo por el cual me abandonaron. ¿Por qué no me quisieron? ¿Qué hice mal para que no me amaran? ¿Por qué la vida se ensañó así conmigo? No lo sé, solo me queda refugiarme en la imaginación, creer que me querían, que me amaban, y que por motivos ajenos a mí tuvieron que abandonarme, pero a veces la imaginación también te falla. Eso depende de la actitud, del cansancio, de la disposición que tengas para imaginar algo lindo. — Al terminar de pronunciar las últimas palabras y frotándose los ojos

camino hacia el botiquín de primeros auxilios que estaba arriba de una vitrina de porcelana. Se acercó al joven, quien se encontraba adolorido y sosteniéndose del costado derecho de su cadera, apoyado en la mesa; luego, Azul Celeste le curó las heridas.

Esa noche ella logró descansar mejor, algunos sentimientos reprimidos y guardados durante años habían salido como chispas que explotaban sin rumbo, eso le hizo desaparecer un pequeño peso de encima, no obstante, el alma neurasténica de la joven le había empezado a cobrar factura muchos años atrás.

Capítulo VIII

AZUL CELESTE Y LA BODA

Pasaron unos días para que se calmaran los ánimos, Azul Celeste ya tenía muchos amigos, le gustaba salir y platicar, le interesaba saber sobre la vida de los otros, su historia. Los mayores siempre platicaban cosas interesantes, eso era edificante y provechoso, sentía confianza en esos espacios. Su rutina se basaba en ello: trabajaba, salía de la casa, caminaba por los alrededores tratando de encontrar algo nuevo, observaba y reflexionaba. A veces le bastaba con reafirmar la admiración que tenía de aquel extraordinario sitio, el rancho San Pedro, aquel remoto y espectacular lugar caracterizado por las grandes llanuras bañadas de uniformes sembradíos verdinegros. A lo lejos se alcanzaban a visualizar las grandes montañas repletas de vacas, se percibían como puntos colocados en diferentes direcciones, de distintos colores: negro, rojo, pinto, blanco y amarillo. Además, al lado de los corrales había un pozo grande, de una profundidad de cincuenta metros aproximadamente y de un diámetro de cuatro, estaba construido con adoquines marrones intercalados con bloques, tenía un techo de madera de donde se sostenía una tina con una soga, amarrada de un poste horizontal sujetado de la techumbre. Las lluvias frecuentes habían originado un refrescante y deslumbrante ecosistema.

Ahí estaba Azul Celeste platicando con sus camaradas mientras disfrutaba de aquel maravilloso paisaje. Doña Amelia pasaba en su camioneta en compañía de su nieto, él conducía. Se aligeró la marcha

del auto, luego se detuvo enfrente de la joven y la noble anciana la llamó:

—Sube, Celeste, vamos al pueblo a recoger tu vestido de novia, lo mandaron de la ciudad, debemos traerlo porque mañana es la boda.

Azul Celeste estaba confundida, la noticia le cayó de sorpresa, no hablaron con ella durante la semana y ya todo estaba listo para la boda, ni siquiera estaba segura de que el vestido le fuera a quedar. ¿Será bonito? ¿Doña Amelia tendrá buen gusto? No lo sabía, ni siquiera estaba segura de los suyos, igual, sentía que no estaba en condiciones de exigir.

Cuando regresaron al rancho todo permaneció en calma, no se dijeron mucho, solo doña Amelia le dio el vestido a Celeste, le pidió que lo cuidara y le avisó que mañana debía levantarse dos horas antes.

En la intimidad de su cuarto, Azul Celeste se miraba al espejo con el vestido encima, danzaba imaginando que los acontecimientos de aquel momento tan esperado y significativo para la mayoría de las mujeres era increíble, tan perfecto que no logró encontrar las escenas y las palabras suficientes para representarlo. Se puso el vestido, se observó una vez más en el espejo, titubeó un par de veces al mismo tiempo en que acomodaba su cabello detrás de las orejas. En ese instante entraron algunas compañeras y le hicieron bulla al verla de esa forma, ella las calmó poniendo su dedo índice en la boca y haciendo el típico sonido que se hace para que alguien haga silencio. Hablaron de muchas cosas, las más experimentadas le dieron algunos consejos para que se viera sensual y ardiente en su noche de bodas. Azul Celeste fingió y solo afirmaba con la cabeza mientras estaba nerviosa pensando en cómo evitar el acto amoroso. En el trato de doña Amelia no se habían contemplado ese tipo de acciones, así que, evidentemente, al ver que solo duraba un año el matrimonio falso, debía cuidar su castidad, pero eso le provocaba un miedo terrible:

amaba al joven, debía aguantar y luchar contra sus sentimientos hasta el final.

No logró conciliar el sueño porque todo le parecía tan inverosímil, tan irreal. De pronto todo se tornó a un rosa con matices grises, esplendoroso y al mismo tiempo malicioso, algo sucedáneo. Salió del cuarto y afuera la esperaban personas con maletines y utensilios que no sabía para qué servían, se la llevaron a la habitación de doña Amelia, y esta, a diferencia del resto de la casa, le pareció extraña. Estaba inundada de fotos y estatuas religiosas a granel, impecablemente limpia y ordenada, era cinco veces más grande que la suya. La colcha era de animales, color mostaza, de una tela aterciopelada en donde resaltaba un león rugiendo. Azul Celeste se bañó, salió y se sentó en el sillón que estaba enfrente del tocador de madera burda. Las personas la maquillaron y la arreglaron, quedó diferente. Al mirarse al espejo se asustó, no podía reconocerse. Ese vestido espléndido de seda con piedras, perlas y bordados que adornaban parte del corsé, la cola catedral del mismo estaba esplendorosa. Su rostro radiante, labios rojo carmesí, pestañas postizas que remarcaban la profundidad e intensidad de su mirada, sus facciones finas resaltadas por el maquillaje. El cabello peinado con un moño alto adornado con un tocado de encaje, el cual sostenía el velo. Se asustó al verse de esa manera tan fina, tan elegante, tan distinta a ella, y en la impresión, le pareció que había usurpado el cuerpo de alguien más, así que tratando de deshacerse del miedo cerró los ojos y respiró profundo.

—Vamos, Azul Celeste, tú puedes —se dijo en medio del sentimiento extraño que la envolvió.

Todos esperaban a la novia. Al llegar, en la esquina del portón de la iglesia la esperaba Rigo con un traje clásico, negro, camisa blanca y corbata gris. Al ver a Celeste quedó impactado, no la reconoció del todo, a fin de cuentas, el arreglo personal ayudó a resaltar aún más sus cualidades.

Se sentía poderosa, no porque se fuera a casar con un hombre guapo y rico, sino porque nunca antes hubiera podido imaginar estar en esa situación. Creía que el golpe de suerte por fin tocaba su puerta. Estaba enfrente del hombre que amaba, con ese vestido bendito y a punto de dar el sí. Entraron al registro civil. Todo sucedió rápido, fue algo tenso, había ojos que miraban y lenguas que comentaban.

—Mira, con ella se casó. Era la empleada doméstica. Pobrecita. Es bella, pero pobre. La riqueza hace la clase.

Eran algunos comentarios que escuchaba y soportaba. Más tarde, incómoda y enajenada, intentó repeler por sus propios medios las indirectas. Doña Amelia la defendió. Se acercó a ella después de callar bocas y le hizo un poco más ameno el día. En la esquina del salón estaban Rigo y Samuel platicando con otros amigos: Sebastián y Pablo, hermanos y camaradas desde la infancia.

—No puedo creer que fueras el primero en casarte —dijo Sebastián con un tono burlón, moviendo el cuello ligeramente con la intención de tronar el hueso.

—Ni yo lo creo, aunque la muchacha se ve linda, debes estar feliz —expresó Pablo algo divertido mientras le daba golpecitos al novio con la palma de la mano, pero antes de que Rigoberto contestara Samuel interrumpió meneando la cabeza.

—¡Cállate! No digas tonterías, no bromees de esa forma. — Samuel observó inconforme a Pablo mientras hacía una expresión de resentimiento.

—¿Cómo que tonterías? Si se casó es porque está enamorado — afirmó Pablo mientras le daba una palmada en el hombro al novio.

Rigo un poco incómodo se acercó a Samuel y le recordó que nadie sabía del trato que se había pactado entre su abuela, Azul Celeste y él, así que le sugirió guardar la compostura y no despertar sospechas.

Las horas trascurrían y la gente, complacida con tremenda fiesta,

se dirigió al rancho para seguir la celebración. Rigoberto se fue en la camioneta de sus amigos, Azul Celeste en la de doña Amelia. Iba algo malhumorada porque el joven no la miraba, el trato se reducía a lo necesario, no la estaba pasando bien. Sus amigos no habían ido a la celebración porque tenían compromisos que cumplir en el rancho, solo doña Amelia en ratos había estado con ella, pero la noble anciana estaba más ocupada que nunca, atendiendo y saludando a los invitados, esa cordialidad que la caracterizaba la hacía estar tan distraída con la gente y las cosas de la fiesta.

Cuando llegaron al rancho, sus compañeros la esperaban con los brazos abiertos para felicitarla. Todo tenía más color, el rostro de Azul Celeste parecía más animado. Rigo platicaba en el estante con sus amigos, quienes llegaron antes que los demás; buscaban con la mirada a la joven cada vez que la conversación se trataba de ella, pero en una de esas no pudieron enfocarla y se preguntaron en dónde podría estar. Rigo preguntó por Julia, no la había visto en el evento, Samuel se limitó a decir que estaba indispuesta, pero la verdad era que estaba despechada, enojada y devastada ante semejante noticia, haciendo rabieta como si de un niño se tratara. Días antes sus padres le juraron hablar con doña Amelia, no estaban dispuestos a dejar que Julia perdiera contra una persona que consideraban inferior. Julia se arrepintió de haber rechazado a Rigo en el pasado. Por ahí dicen, nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde, y aunque nunca aceptó a Rigo, sin duda alguna ella no fue la excepción. Entendió que las oportunidades, si se quieren, se deben aprovechar antes de que se vayan.

El tiempo transcurría y los invitados gozaban de aquella ceremonia tan bella, parecía que los únicos enajenados a cualquier dicha eran los novios. Rigoberto no quería estar casado con aquella joven humilde, sus pensamientos los llenaba de cierta forma Julia, esa chica rubia de

la cual estaba enamorado desde la infancia; mientras tanto, Celeste se cuestionaba con disgusto si ese hecho había sido el golpe de suerte que tanto esperaba. No se sentía como lo que ella suponía debería sentirse, por el contrario, la situación empezaba a incomodarle. Se reprochó haber aceptado ser el títere insípido de doña Amelia, se encontraba más melancólica que nunca, aquel chico que tanto amaba no era capaz de voltear a verla, de dirigirle la palabra. Estaba más inconforme consigo misma, había vendido su dignidad por dinero, pero luego recordó el motivo de ello y se calmó. Además, en ese momento tenía la ilusión de que Rigoberto la llegara a amar como ella lo amaba, pero ante aquel panorama desalentador, no le quedaba más remedio que tranquilizarse imaginando lo que haría con el dinero, pero esas ideas se desvanecían cuando tenía presente aquel acto, pues no tenía la certeza de cómo saldría el plan; si ambos ganarían o perderían, si solo él o solo ella, no dejaba de ver su inmensa desventaja. Estaba segura de que, si algo salía mal, ella pagaría sin remedio las consecuencias, entonces ¿qué le quedaría? Su poca autoestima estaría destrozada en mil pedazos y dispersa por los suelos. No quería enfrascarse más en eso, así que se dirigió a la cocina, tomó una taza de café y se sentó. En eso Samuel entró al sitio, se acercó a ella y le dijo:

—Está bonita la fiesta, pero más bonita la novia. —Su tono de voz era varonil y atractivo. Azul Celeste sin voltear, e intuyendo que probablemente se trataba del amigo de su marido, se alejó. Nadie le aseguraba que lo único que él quería era irse a burlar, como los demás, como las chismosas que no dejaron las habladurías en el registro civil.

Se escabulló en el campo creyendo que nadie notaría su ausencia, se quitó los tacones y empezó a caminar descalza entre los surcos de las siembras, parecían miles de senderos como si de un laberinto eterno se tratara. Aleteaba con los pies la suave tierra, esparciéndola sobre

el vestido blanco, pero luego dejó de hacerlo, le apenó que aquella prenda tan costosa se manchara de esa forma tan inútil. Decidió salir de ahí, se le dificultaba caminar con el vestido amplio, entonces le avergonzó aún más ver cómo dejaba quebradas y pisoteadas las pobres ramitas de maíz. Al salir removi6 los restos alojados en el vestido. Sigui6 avanzando al lado de la siembra, disfrutando de ese dulce paseo nocturno, bajo la redonda, escarchada e inmensa luna plateada. Camin6 rodeada de la suave brisa, extendi6 los brazos para no perderse de ella, mir6 las l6cidas estrellas del cielo mientras las comparaba con las diminutas luces de la tierra representadas por los destellos luminosos que dejaban las luci6rnagas en movimiento. Aquel refrescante sitio le brindaba consuelo. Despu6s de un rato se sent6 para recargarse de tranquilidad. Cerr6 los ojos un instante, cuando aquel ameno momento fue interrumpido por una voz que le dijo:

—Tambi6n me agrada este paisaje tan tranquilo. —Celeste se volte6 y vio a Samuel sentado en cuclillas detras de ella—. S6 que esto calma el alma cuando est6 inquieta, es algo que me funciona, pero no es el momento, Azul Celeste; debe regresar al evento, algunas personas est6n preguntando por usted, sobre todo do6a Amelia.

Samuel era un joven de ego elevado al igual que su amigo Rigoberto, era ambicioso y presumido. En el pasado sol6 apostar con sus amigos sobre qui6n saldr6 primero con alguna chica, a quien seleccionaban con base en algunos criterios que ellos impon6an. No era que realmente fuera una mala persona, si bien todos actuamos con respeto a ciertos criterios, Samuel lo hac6 d6ndole prioridad a sus deseos y a sus sentimientos, los cuales hablaban la mayor parte del tiempo a trav6s de sus actos torpes e inoportunos. Azul Celeste despertaba en 6l una cierta curiosidad, una no reconocida, le resultaba emocionante el poder revelar y descubrir lo que en ese sentimiento era imposible

de desmenuzar a simple vista. Estaba decidido a conquistar el pudor de la joven.

Samuel se sentía atraído por el origen de Celeste, tan distinto al suyo, lo estimulaba constantemente. Era como la emoción que le nacía cuando conocía otro país y que este fuera sumamente diferente al acostumbrado: la incertidumbre que le producía era tan grande que podía ser capaz de garantizar y promover la inquietud para que la disposición de aprender fuera una constante. De ahí el afán de Samuel por tener a Celeste.

Después de un breve momento y sin decirle nada, Azul Celeste se dirigió a la finca. No era que fuera arrogante, frívola o indiferente con Samuel, solo creía que lo mejor sería mantenerse a raya, sobre todo con aquellas personas que no le parecían confiables. Samuel la siguió, y no perdió oportunidad en halagarla. Ella se conmovió por la actitud de él y le provocó una rara especie de empatía, luego le soltó una sonrisa bella e inocente y le dijo:

—Usted es el amigo de mi marido, debería tener cuidado de sus palabras. —A lo que el joven con mirada picarona musitó:

—No se preocupe, sé el secreto. Esta boda es más falsa que una cortina de humo, entre usted y mi amigo no hay nada. No le diré a nadie, así que pierda cuidado. —Disgustada continuó su camino. Se suponía que nadie debería de saberlo, excepto ellos tres y el abogado, ¿por qué Rigoberto se lo había dicho? Samuel intentaba llevar a cabo esa noche su cometido, sabiendo que entre su amigo y Azul Celeste no existía relación verdadera alguna, creía que podía tener la oportunidad de besarla, tocarla y quizás acostarse con ella, sin embargo, cada vez que la veía no era capaz de reaccionar a través de sus actos inoportunos, era como si ella domara su esencia, lo paralizara y lo impulsara a actuar mejor.

Llegaron las dos de la mañana y doña Amelia les daba las gracias a los invitados.

—Que tengan una linda madrugada. La fiesta ha terminado. Los novios deben alistar sus cosas antes de ir a su luna de miel, de antemano gracias a todos por asistir.

Los novios, ajenos a ello, encontraron con incredulidad sus miradas, no sabían de qué luna de miel hablaba.

Capítulo IX

RIGO, AZUL CELESTE Y EL VIAJE

Después de que se fueron los invitados, doña Amelia subió al cuarto de Rigoberto. Lo encontró acostado, durmiendo plácidamente.

—¿Dónde está Celeste? —preguntó doña Amelia moviéndolo con el brazo.

—No sé, ha de estar en su cuarto, déjame dormir, abuela. —Amelia le dio un coscorrón en la cabeza y le dijo molesta:

—No entendiste las reglas del juego. Tienen que dormir en el mismo cuarto, tener tus cosas y las de ella en la habitación que fue de tu abuelo y mía, deben actuar como marido y mujer, una sola carne, cubrir las apariencias dentro y fuera, una sola duda, un solo rumor por el rancho o por el pueblo y se acaba el trato, ¿me oíste?! — Amelia estaba a punto de darle otro coscorrón a su nieto, pero Rigo le dijo que no con la cabeza—. Antes de que se me olvide. Tengo que irme un tiempo, estoy enferma y debo viajar para empezar un tratamiento. —Rigoberto asustado rápidamente enderezó el dorso y preguntó:

—¿Qué tratamiento, abuela? ¿De qué hablas? ¿Está todo bien? — Amelia, con la mirada baja y con voz dramática, le manifestó:

—No es nada de cuidado. Debo viajar unos meses para tomar un tratamiento y curarme, por eso te pido que hagas bien las cosas, trata a Celeste como lo que es, tu mujer, trabaja duro para que todo marche como debe y dale la libertad que necesite para hacer las cosas a su manera. Es extraordinariamente inteligente, tiene virtudes que tú aún

no descubres por estar enfocado en cosas inútiles. Es hora de cambiar en muchos aspectos. Cuídense, no peleen, ante todo la honestidad y la cordura. —Pero el joven, haciendo un gesto de desagrado, preguntó:

—¿De qué honestidad hablas, abuela? Entre nosotros no puede haber eso, no la conozco ni ella a mí, y la verdad no me importa. — Amelia subió la ceja derecha y viéndolo le dijo:

—En la mesa están los boletos para el tren. Van a ir de luna de miel a un lugar cercano, no me vayas a condenar por esa decisión, sé que amas viajar fuera del país, en esta ocasión no será así, debes conocer las maravillas que tiene nuestro hermoso estado, nuestro país, antes de concentrarte en admirar las que están fuera. —Suspiró, se levantó y dando pasos hacia el ventanal continuó—: Me resulta chistoso que las personas a veces hacen sus primeros viajes fuera de su territorio. —Se detuvo enfrente de la ventana y contempló el paisaje—. ¿Por qué no conocer primero el país que nos vio crecer? Le debemos nuestra admiración y respeto, así como se lo debemos a la mujer que nos dio la vida. —Retornó el camino hacia la cama—. Si entendemos y conocemos mejor nuestro origen nos daríamos cuenta de muchas cosas que tienen que ver con nuestra noción de identidad, del valor que tiene nuestra tierra y de cómo la hemos descuidado y violentado. —Doña Amelia le dio una palmadita en la pierna y dijo unas últimas palabras antes de marcharse—: Azul Celeste anhela conocer las maravillas de por estos lugares, esa chica ama la naturaleza, tiene tantas virtudes, deberías de aprender de ella. —Se dirigió a la puerta, la cerró y se fue a la habitación de Celeste. Tocó la puerta y al no recibir respuesta entró. La vio perdida en el clóset, estaba sacando la mochila para preparar las cosas del viaje. Amelia se aproximó y con la mano en la puerta del clóset le dijo:

—Azul Celeste, deja eso. Aquí tengo tu maleta lista, te compré ropa la última vez que fui a la ciudad, me ayudaron las chicas que atendían la tienda, creo te escogieron cosas modernas y lindas.

Ella dio las gracias, abrió la maleta, escogió un vestido que era de cintura alta, sin mangas y rosa. Se lo puso, le quedaba un poco corto; cinco dedos por encima de la rodilla, pero fuera de eso era de su medida, estaba perfecta. Se pintó la boca con un labial color durazno, se puso rímel y se peinó con una media cola sujetada con una liga que tenía un moño del mismo color de la ropa. Se miró al espejo y sonrió, se sentía bonita y femenina. Nunca había usado un vestido tan bonito para el verano como ese. Ambas salieron de la habitación y caminaron en dirección a Rigo. Las esperaba en la entrada del portón de la casa, miraba hacia la ventana que estaba a su derecha, luego, volteó la vista al frente y quedó enfocado en Azul Celeste, por lo radiante que estaba; su rostro y sus hombros finos, delicados y dadores de ese brillo de radiante juventud. Estuvo encandilado unos segundos, nunca se había fijado en ella con tanto interés, fue algo repentino. El origen provenía de la idea de saber que la joven ya no era una empleada más, sino su esposa.

Ambos se despidieron de Amelia y se dirigieron a la estación donde tomaron el tren. En el viaje iba un poco nerviosa, sentada al lado de su amor, quien llevaba una camisa a cuadros color azul con gris, pantalón de mezclilla y botas cafés. Tenía la mano cerca de él, quería tomarla, lo pensaba una y otra vez.

—¿Tomaré la mano de Rigo? Total, estamos casados, supongo está bien. —Recuperaba la cordura meneando la cabeza hacia ambas direcciones y poniendo sus manos en el pecho, como queriendo esconder algo, tenía miedo de que el joven fuera a notar su nerviosismo. Su corazón acelerado no se calmaba con nada. Necesitaba inhalar más aire, respirar profundo para calmar su inquietud, así que fue por café. Al pasar cerca del joven le rozó una mano con sus piernas descubiertas, lo que provocó que volteara a verla. Una cierta sensación lo tomó por sorpresa, lo hizo mirarla con cierta irritación porque le

molestó tener ese tipo de contacto con ella, su ego sobrevalorado le advertía que, si no ponía un límite, sería difícil no enredarse entre las sábanas con ella.

Celeste iba emocionada y se le notaba, a Rigo le gustó ver esa imagen en ella. Pasaron unas horas y llegaron a su destino, ella no podía esconder más su felicidad, tomó sus cosas y sin esperarlo bajó corriendo del camión.

—Mira, Rigo, esto es increíble —decía con una sonrisa genuina mientras no paraba de dar vueltas, sin importar que el vestido volara al compás de su silueta. Esa imagen tocó unas frías fibras en el corazón de él, aquel acto era digno de permanecer un largo tiempo en su memoria. No era que nunca hubiera sentido una sensación como aquella, si bien estaba enamorado de Julia, esas fibras eran dirigidas exclusivamente a Celeste.

Se acercó y la tomó por la cintura, al sentir las manos de él quedó consternada, luego entusiasmada con la piel erizada y ahogada en una impetuosa agitación. Inmediatamente el joven, con los labios próximos a su boca, inhalando su dulce aliento y sosteniéndola con vigor le explicó que lo hizo porque las vueltas hacían que su vestido evidenciara su cuerpo.

Dejaron las cosas en el hotel y se incorporaron con los demás para recorrer los lugares; al caer la noche, regresaron. El paseo fue lindo, aunque solo intercambiaron palabras necesarias. Rigoberto se metió a la ducha y al salir ella sintió cómo una carga eléctrica erizaba su piel. El joven estaba desnudo, cubierto con una toalla amarrada a la cintura.

—¿No es suficiente lo que ves? ¿Quieres mirar más? —preguntó el joven con gestos entusiastas al verla impresionada. Rápidamente Celeste movió la cabeza en ambas direcciones y avergonzada se fue al baño a poner el pijama, un camisón corto de seda. ¿En qué estaba

pensando doña Amelia cuando se lo compró? Buscó y rebuscó en la maleta con la intención de encontrar algo más discreto; tal vez una blusa con un pantalón, pero no encontró nada de eso. Rigo se acostó en la cama, desparramado a lo largo y a lo ancho, como si quisiera que la joven entendiera que no la quería ahí, o, por el contrario, la estaba incitando a dormir con él. Azul Celeste podría esperar cualquier cosa de él, así que solo frunció el ceño, cogió una almohada y se recostó en el sofá que estaba al lado.

En medio de la noche Rigoberto se levantó para ir al baño, de regreso le entró curiosidad y se acercó al sofá. Ahí estaba ella dormida, en posición decúbito con el camisón que dejaba ver sus piernas largas y tersas. Aproximó su mano, lo suficiente para rozarle la fina tez que envolvía su cuerpo dócil, y, de repente, una calurosa viveza se apoderó de él. Azul Celeste se movió para acomodar su mano que estaba colgando en el sillón. El joven temeroso se regresó y recostó en la cama, pero con la vista clavada en ella, tratando de ahuyentar los pensamientos más primitivos e instintivos que tiene el ser humano.

Pasaron los días en el viaje, Rigoberto la veía de reojo; cuando sonreía, cuando se emocionaba, desayunaban, caminaban, paseaban o cuando estaba recostada en el sillón. Cada día se sumaban más fibras destinadas a Celeste, en tanto que las de Julia descendían lentamente.

Capítulo X

DE REGRESO A SAN PEDRO

Cuando regresaron a San Pedro todo marchaba bien, las cosas en la casa estaban en orden, doña Amelia un día antes se había ido al extranjero a «tomar el tratamiento que necesitaba para mejorar su salud». No era que estuviera precisamente enferma, solo fue la excusa perfecta que encontró para dejar al matrimonio solo. Ambos seguían durmiendo juntos en la habitación que había sido de doña Amelia y su esposo, pero de la misma manera que en la luna de miel: él en la cama y ella en el sofá. Esto le generaba un resentimiento a Celeste, no por el hecho de pasar las noches en el sillón, eso era lo de menos, era lo suficientemente grande y cómodo para dormir bien; el rencor provenía de la actitud aún distante del chico, se desesperaba tanto que incluso deseaba botarlo todo e irse de ese lugar para empezar una nueva vida, en otro sitio, con otro trabajo, pero el panorama no era alentador: sus ahorros aún no eran lo suficientemente buenos para irse, además, tenía que mandarle a Tina la mayor cantidad posible. Por su parte, Rigoberto también tenía una molestia que lo incomodaba constantemente, el hecho de que Celeste proviniera de un mundo tan diferente al suyo le perturbaba el sueño, los prejuicios sociales habían marcado una línea invisible entre ricos y pobres. Tenía miedo de él, de ella, un deseo irreprimible se apoderaba lentamente de su conciencia, sabía que si no pensaba en algo rápido no podría salir de aquel trato, entonces, irremediablemente lo dominaría.

Un día de esos llegaron los Valverde a visitar a Rigo. Julia no le

quitaba la mirada a Celeste, no disimuló siquiera un poco el rencor que sentía.

—Nunca hubiera imaginado que un hombre como tú se casaría con una mujer así, hubiera jurado que sería yo tu mujer. Sí que la vida está llena de sorpresas —le dijo Julia a Rigo con un tono burlón mientras veía a Celeste con arrogancia, cruzando los brazos con elegancia.

—Así es, la vida está llena de sorpresas, señorita, a veces nos toca en la cima de la rueda de la fortuna y a veces abajo. Disculpe que ni siquiera me he tomado la molestia de aprenderme su nombre, creo que es porque no me resulta importante. Ni yo misma hubiera podido imaginar que me casaría con un hombre como él, pero ya lo ve, aquí estamos alterando las posibilidades de algunas personas irracionales —dijo Azul Celeste sentada al lado de Rigo, con un tono de voz tranquilo, mientras por dentro estaba ligeramente encolerizada. Julia, sentada y fumándose un cigarrillo, respondió con un sentimiento de animadversión.

—Sí, así es, hasta el agua más sucia puede llegar a purificarse, pero nunca dejará de traer algo de suciedad. —Celeste se levantó, la miró con los ojos más abiertos y disgustada le contestó:

—Al igual que el agua purificada puede volverse turbia, sucia, y lo peor de todo es cuando se corrompe por la envidia, la frustración, la rabia y el enojo. No es que sea algo malo, todos en algún punto de la vida pasamos por eso, lo feo surge cuando las personas traspasan ese sentimiento y lo vuelven real, tangible y lastiman a los demás, es ahí que se puede reconocer realmente la esencia del agua turbia. Ahora, si me permite, tengo cosas más importantes que hacer que estar siguiéndole la corriente a una insensata como usted —finalizó y se dirigió a la cocina mientras Samuel trataba de calmar a su hermana.

—Julia, ¿por qué haces esto? No tienes por qué ofender a los demás.

Si viniste solo para esto es mejor que nos vallamos. —Sin decir nada, Julia tomó su bolso y salió de la casa. Rigoberto los encaminó mientras Celeste estaba sentada en la mesa del patio tomando café, roja de coraje. Tomó una taza tras otra, al mismo tiempo en que por sus ojos se filtraban lágrimas incontrolables. Miraba el anochecer que se hacía presente. ¿Qué pasaba con ella? ¿Qué tenía ella? De nuevo el café parecía ser su mejor aliado en momentos como esos. Recogió sus piernas contra su pecho y las abrazó fuertemente, mientras Rigoberto a través de las enormes ventanas ojivales hacía una especie de movimiento como tratando de consolarla desde allá. En eso, Azul Celeste se levantó de la silla, el joven nervioso dio media vuelta y se fue antes de que lo viera. Esa noche la joven durmió hasta tarde.

—¿Será verdad que mi pasado mancha mi presente? No, no digas eso, tonta —se consoló mientras se tallaba la cara con el codo.

Al día siguiente recibió una llamada de doña Amelia. Llamó para cerciorarse de que todo marchara bien, pero percibió que Azul Celeste estaba un poco tensa, e intuyendo que se debía a la actitud de su adorado nieto, decidió inventar algo para que la joven se quedara tranquila. Le dijo que Rigoberto había hablado con ella antes de irse a su tratamiento, y ahí le confesó que estaba enamorándose de ella, pero era demasiado frío y le daba pena mostrar su amor, además no sabía cómo ser romántico, pues nunca antes lo había sido. La mirada de Azul Celeste se iluminó, sus labios se extendieron circularmente y sintiendo una felicidad tremenda se motivó.

—Necesito que pongas de tu parte —le sugirió doña Amelia.

—¿A qué se refiere? —preguntó ella con el teléfono en su oído derecho.

—No me malinterpretes, no te vayas a sentir incómoda, lo único que quiero decir es que necesitas hacer pequeñas cosas para que mi nieto se dé cuenta de lo que sientes —dijo doña Amelia tratando de persuadirla.

—No sé qué podría hacer para que se dé cuenta.

La noble anciana le explicó que eso debía decírselo el corazón, pero que allá en sus tiempos se solían enviar cartas de amor, poemas, llevar serenata e incluso acercarse de forma discreta, mirarse a los ojos durante un largo tiempo mientras una que otra sonrisa se escapa, tomarse de la mano de una forma suave y delicada, sin importar si las palabras salían. Eran señales sencillas para que se supiera que se correspondía el afecto. Azul Celeste, con mirada picarona y sin alcanzar a creer lo que había escuchado, se pellizcó con solidez para asegurarse de que fuera real. Le dolió, no era un sueño, doña Amelia efectivamente había pronunciado las palabras mágicas que tanto anhelaba. Dejó el teléfono, salió del cuarto y empezó a correr alrededor de la casa, como si estuviera poseída, no le importaban las miradas de sus compañeros viéndola de forma extraña, seguía corriendo, brincando y girando mientras su corazón se agitaba mucho más potente que un tambor.

Capítulo XI

RIGO, AZUL CELESTE Y EL INCIDENTE

Celeste ya había intentado con diversos detalles mandarle señales a Rigoberto sobre su amor por él, por supuesto. Un día de esos entró a su despacho, husmeaba en los rincones y observaba los innumerables libros que poseía, trató de bajar uno que se encontraba en la parte alta del librero. Rigo trabajaba concentrado en su ordenador, debía mandar unos documentos a un comprador de alfalfa, cuando de pronto una ola de libros se vino abajo, Celeste quedó sepultada entre ellos y el joven molesto, en lugar de ayudarla, casi la saca a patadas, no obstante, antes la puso a ordenar el desastre. En otra ocasión, Rigoberto cosechaba en el campo, ella, intuyendo que tendría sed, le acercó una jarra con jugo de limón. El joven fastidiado por el sol y sin reparar en su presencia alzó el brazo y, sin querer, tiró el jugo al suelo. Azul Celeste concluyó con varias cositas que consideraba prudentes y románticas, pero al ver que no funcionaban investigó de nuevo con sus amigas. Le sugirieron que lo mirara largamente de una forma coqueta, si eso no funcionaba, entonces debía jugarse la última carta: sorprenderlo con lencería sexy y provocativa. Intentó con la primera opción, hasta ensayó toda una noche antes en el espejo del baño.

Al día siguiente en el almuerzo lo miró fijamente, alargó los ojos, sonrió ligeramente, con sus manos sosteniendo su barbilla. Rigo estaba enojado, unas horas atrás había cancelado un pedido de sorgo y maíz, por lo que no estaba de buenas. Azul Celeste siguió viéndolo, sin quitarle la mirada de encima, en eso, e inesperadamente, Rigo azotó el periódico en la mesa.

—¿Tanto te gusto? O ¿por qué me ves así? —le preguntó fastidiado.

Azul Celeste en el cuarto examinó con cautela la última alternativa, no quería verse como una mujer desesperada, si le salía lo más natural posible, podría gozar su victoria. Ingenuamente creyó las palabras vacías de doña Amelia, por lo tanto, eso la animó a jugarse la última carta.

En la noche se puso loción, una bata corta y transparente, debajo de esta, el sostén y las bragas diminutas de encaje. Estaba nerviosa, observando ansiosa el reloj, podía escuchar el tic tac de las manecillas y esto le aceleró el corazón. Deseosa lo esperó, pero ese día no llegó a dormir, al parecer pasó la noche con los Valverde. Le informó Julia por teléfono.

—Hola. Para informarte que Rigo se encuentra ebrio entre mis brazos, no lo esperes. —Colgó al mismo tiempo en que Samuel le gritó que se fuera a dormir, que él y su amigo tenían una noche larga que continuar. Mientras tanto, Azul Celeste preocupada caminaba a lo largo del cuarto, en un mudo vaivén, comiéndose las uñas, pensando compulsivamente.

—¿Qué hace Rigo con Julia? ¿Qué no se supone que me quiere a mí? ¡Espera un momento! Doña Amelia dijo que Rigo se estaba enamorando, eso implica un proceso no finalizado, por lo tanto, todavía no me ama. Eso quiere decir que, si en su vida aparece otra mujer, será más difícil que se consuma esa etapa. ¡No! ¿Qué puedo hacer? ¿Qué? —se preguntó mientras continuaba su andar y la masticada de uñas.

Su ansiedad era tan intensa que decidió ir por la cafetera y una taza, por lo general y por muy irreal que esto pareciera, el café lo tomaba cuando estaba en situaciones como esa: estresada, ansiosa o preocupada por algo, situación que aumentó cuando puso en la balanza sus cualidades y las de Julia. Sin duda alguna se dio de topes

en la cabeza, al creer que no era competencia para la otra joven. Después de tres tazas de café se acercó al espejo y se enojó con ella misma. Apretó con fuerza la mano donde traía el tazón, y al ver que no se rompía lo estrelló contra el suelo. Después, llorando, recogió los trozos y con unas tijeras destrozó la lencería; luego, un aturdimiento fugaz la hizo tambalear y chocar contra la esquina de la cama. Su cuerpo estaba tan alterado que tuvo que brincar unos minutos para burlar la cafeína que modificaba su ritmo cardíaco. Al pasar las horas y darse cuenta de que esas vagas ilusiones habían sido estropeadas, no por Julia, sino por ella misma al creer las palabras vacías de Amelia, sintió un rencor indescriptible hacia sí misma. Su sed desmedida de amor le inhibió la razón, quería desesperadamente estremecer su ingenuo corazón, por lo que mirándose de nuevo al espejo revolvió su cabello con furia, luego gritó con rabia:

—¡Despierta, torpe! —Se golpeó el pecho con fuerza, justo ahí donde tenemos el órgano que bombea la sangre.

Pasaron unos días, Azul Celeste se encontraba ayudando a las familias del rancho, haciendo las labores caritativas mientras Rigoberto trabajaba arduamente en la cosecha de maíz, bajo el fuerte sol, poniendo todo el vigor.

Habían pasado varias semanas y Celeste ya no deseaba agradar a Rigo, al menos no lo siguió intentando. El joven duró un tiempo trabajando igual que sus empleados, ya entendía mejor el valor de ganarse la vida, el pan, por lo que ya le era reconfortante trabajar con sus nuevos colegas. Entre enojos, fracasos, desilusiones —pues al principio fue difícil, frustrante e insoportable—, sin embargo, logró sobreponerse formando un lazo sólido con sus nuevos camaradas.

Un día de esos se presentó un problema, uno de los hijos de las familias que trabajaban en el rancho se enfermó: tenía fiebre alta, escalofríos, vómitos y un fuerte dolor en el abdomen. Ante la

gravedad del asunto, Azul Celeste corrió a donde se encontraba Rigo para avisarle. En la camioneta trasladaron a los padres y al niño al hospital más cercano, sin embargo, el médico les sugirió llevarlo a la ciudad para que fuera atendido de emergencia. Sospechaba que era el apéndice, en cualquier momento podría perforarse, así que no podían perder tiempo. Celeste, apurada, tomó las cosas mientras subían al niño. La camioneta se puso en marcha, pero ella subió en la parte trasera para no retrasarse. Viajaron unas horas, se hizo tarde, luego de noche, hasta que llegaron a la ciudad en donde atendieron al pequeño. Todos estaban agitados, preocupados por el estado de salud del menor, y en un acto instintivo Azul Celeste abrazó a Rigo, quien igualmente le devolvió el abrazo. Estaban más preocupados que conscientes. Los padres en urgencias esperaron noticias de su hijo. Después de unas horas angustiantes les dieron las buenas noticias: lograron extirparle a tiempo el apéndice. Los cuatro contentos le agradecieron al doctor.

Capítulo XII

SAMUEL Y AZUL CELESTE

En el rancho todos se dedicaban a los deberes como de costumbre, Rigoberto trabajaba arduamente en el campo, Celeste en la beneficencia que estaba en el pueblo más cercano, trabajaba con apasionada disposición, leía todo lo que podía, anhelaba recuperar el tiempo perdido. Ese día entregaba los apoyos, los víveres y ropa, se sentía dichosa de poder ayudar a los demás, aunque fuera solo a través de la oportunidad que le había concebido Amelia. En eso llegó Samuel a tratar de entablar una conversación.

—Hola, Celeste, ¿cómo te trata el día? —Sin duda no tenía malas intenciones, pero Celeste algo suspicaz se marchó—. ¿Qué tiene esta muchacha? ¿Tan duro la ha tratado la vida? —masculló Samuel al no entender el motivo de su indiferencia. Luego, respaldó la actitud de la chica con la idea de que era porque tenía que cubrir las apariencias ante la sociedad, pero algo apenado creyó tener el deber de explicarle que no quería que se malinterpretaran las cosas entre ellos, que solo la trataba por educación y porque era la esposa de su mejor amigo. Se disculpó por los inconvenientes que le pudiera haber traído su actitud y se marchó.

Azul Celeste, sintiéndose culpable, decidió ir tras él para aclarar el malentendido, no obstante, al salir ya no lo vio. Dio media vuelta y se quedó en la banqueta agachada recogiendo una moneda de a peso. En eso sintió una opresión en la cabeza. Era Samuel, se disculpó con él, pero él no aceptó las disculpas, le dijo que entendía la situación,

así que la invitó a darle la vuelta a la página. Celeste confió en sus sinceras palabras, luego platicaron un largo rato y pudo darse cuenta de que era un buen tipo; de nobles y sensibles sentimientos cubiertos bajo ese porte presuntuoso y vanidoso. No perdió la oportunidad de preguntar por Rigo. Samuel le afirmó que era un buen tipo, incluso más sensible que él, solo que era como los de antes: que no mostraba mucho sus sentimientos por vergüenza, aparte de que creía que eso le restaba puntos ante los demás con respecto al poder. Además, perdió a sus padres de adolescente, desde entonces no volvió a ser el mismo de siempre. Quedó destrozado, de un día para otro cambió radicalmente.

Al escuchar todo eso Celeste dio un suspiro de compasión, de piedad, de misericordia. Si bien se había quejado de la ingrata vida que le había tocado, nunca había perdido a un ser amado, no sabía si sentirse afortunada o, por el contrario, más desgraciada. Rigo conoció el amor de sus padres, puede hablar de un pasado con ellos, ella nunca podrá hacerlo. Así quedó un rato hundida en los recuerdos del ayer, de los que no logra desprenderse por más que lo intenta; jamás lo conseguirá, eso ya es parte de su ser. Es lo que es porque las circunstancias han interferido y contribuido, definiendo su personalidad, conducta y esencia. Solo le quedaba superar lo que la mortificaba. Ha naufragado sola a lo largo de su corta existencia, buscando la rectitud sin una guía exacta, perdida en el mapa de la realidad exterior, y aún más difícil, consumida en su propia realidad subjetiva; le parece una eternidad, pero al mismo tiempo un instante fugaz que la deja pidiendo más. A fin de cuentas, es un ser aislado en alguna parte del universo, oculto en el silencio y en el océano del espacio, olvidada por la creación celestial y consumida por su propio agujero negro.

La vida implica un ejercicio complejo desde una visualización interna, pero a la vez es una tarea común desde un enfoque general,

es decir, Azul Celeste es un sujeto, una persona, y, por ende, la mayor parte del tiempo percibe la realidad objetiva en relación a su asimilación interna con respecto a lo exterior, de ahí el surgimiento de sus problemas, de los malos entendidos, de su tristeza. Está sujeta a no transmitir una verdad completamente objetiva, sin embargo, es precisamente esa realidad la que le permite compartir ideas generales, pero son esas verdades las que a ella no le cuadran por una sencilla razón: está limitada por los sentidos, al igual que los animales, solo aprende lo que estos le permiten. De ahí el motivo de por qué le gusta que la nombren Azul Celeste. ¿El cielo es azul? Es una pregunta que se hace siempre. Los escépticos le dirían que no y los empiristas probablemente que sí. Una cosa es clara: a ella le encanta el color azul, en ese sentido probablemente estaría a favor de los empiristas, no obstante, es más escéptica que nada, entonces, el nombre Azul Celeste le recuerda el cielo y este le simboliza todo aquello que está aún fuera de su alcance. Le parece asombroso todo lo que queda aún por descubrir y descifrar, además, cree que el cielo es el testigo de sus actos, su eterno acompañante, la manta de los que no tienen abrigo, el techo de los que no tienen casa, el hogar de aquellos que abandonaron su cuerpo. El cielo es la fina línea entre la posibilidad y probabilidad de lo que Celeste conoce más y de lo que conoce menos.

Cayó la noche y los jóvenes se despedían; ella debía marcharse, el rancho les quedaba a minutos de distancia. Samuel se ofreció a llevarla, pero no aceptó, así que la convenció cuando le dijo que iría a llevarle una invitación a Rigo, era para su cumpleaños número veintitrés. Cuando llegaron saludó con un fuerte apretón de manos a Rigo, le dio la invitación y les sugirió no faltar.

Capítulo XIII

AZUL CELESTE Y LA FIESTA

Era la noche del día siguiente, Rigo ya estaba listo para ir a la fiesta de su amigo. Tomó un par de botellas y salió de la casa. Celeste lo vio desde la habitación, estaba terminando de arreglarse cuando salió corriendo para alcanzarlo, pero el joven ya no estaba, se había marchado. Se quedó triste enfrente de las ventanas, una de sus compañeras tocó la puerta, le sugirió no quedarse.

Al llegar a casa de los Valverde, vio un cerco enorme de ladrillos rodeando la mansión, era tan colosal como la del rancho San Pedro, pero a diferencia de esta, tenía al frente una enorme piscina iluminada con luces de colores, mesas redondas de madera clara, los nogales enfilados en las orillas inundaban el resto del terreno. Las personas estaban concentradas en la piscina, en la parte delantera de la casa; platicaban, bromeaban y se divertían. Ella buscó con la mirada a Rigo, pero no lo localizó, entonces decidió entrar. Traía un vestido ajustado, negro, con lentejuelas brillantes y de colores y unos tacones negros. El cabello suelto, sus labios lucían un tono carmesí intenso, su piel sobresalía por su blancura y la oscuridad de la noche. Entró, vio a los Valverde y a Rigo platicando adentro. Voltearon a verla con cierto asombro, no pudieron disimular, tenían la mirada clavada en ella: el motivo de Samuel era que le gustó desde que la vio; el de Rigoberto que la amaba, aunque se empeñara en negar el sentimiento que entre más reprimía, más fuerte se volvía; el de Julia era que no soportaba que una chica humilde le hubiera quitado al hombre que amaba. Pasaron

unos instantes y Samuel no se hizo esperar, salió a platicar con Celeste mientras Julia y Rigoberto salieron —juntos, por supuesto— a tomar también el fresco.

—Qué bueno que viniste, sabía que no me ibas a defraudar. ¿Quieres algo de tomar? —le preguntó Samuel estirando la mano.

—No, gracias, estoy bien. Espero cumplas muchos años más. No me agradezcas por venir a tu cumpleaños, para ser sincera no tenía pensado venir —dijo Celeste sonriendo levemente.

—Pero, entonces, ¿qué te hizo venir? ¿Acaso me extrañaste? —preguntó Samuel coqueteando.

—No, la verdad es que nunca tuve la oportunidad de festejar mi cumpleaños —dijo mientras se acordaba de que ni siquiera sabía en qué día había nacido.

—¿No me digas que hoy también es tu cumpleaños? —preguntó Samuel preparándose para darle un sorbo al tequila.

—Así es. No tenía caso quedarme en la casa encerrada llorándole a la nada; a veces funciona, pero me temo que el día de hoy iba a fallarme —contestó estirando un poco el cuello para observar más allá de la silueta de Samuel, tratando de localizar a Rigo.

Azul Celeste y Samuel siguieron platicando, entre risas y bromas el tiempo se les fue volando. Rigoberto y Julia hacían lo mismo, pero algo pasó con Rigo. Las fibras que Azul Celeste había logrado mover en su corazón se estremecieron como si fueran estrujadas, estiradas o comprimidas. ¿Qué le pasaba? Se inventó dos o tres excusas vagas para ignorar aquel padecer: enojo, quizá, por el hecho de que estuviera quedando mal parado, se supone que su mujer debería de estar con su marido, cerca de él y no al lado de otro hombre. Menos ahí, riendo, mirándose a los ojos con cierta complicidad, como si nada importara a su alrededor, disfrutando de aquel encuentro, o sería el hecho de que no soportaba ver cómo su amigo de un estatus social alto se involucraba con una chica pobre. Sin embargo, ninguna de esas excusas absurdas

servió para que dejara de sentir esa incomodidad. Azul Celeste buscó de nuevo a Rigo, hacía un rato estaba al alcance de su vista y ahora no estaba más. Le preocupaba que pudiera estar en otro sitio con Julia. Samuel pudo notar aquella incomodidad, mientras tanto, Sebastián y Pablo pasaron a saludar y le ofrecieron un trago a Celeste. No aceptó y preguntó por café. Los jóvenes platicaban con ella, hasta que Pablo le preguntó el paradero de Rigo y no supo qué contestar, hasta que Sebastián respondió que lo había visto en las escaleras interiores riendo con Julia. Azul Celeste se molestó y le arrebató el vaso verde fosforescente con tequila que traía Pablo. Le advirtieron que estaba fuerte, pero se lo empinó y tragó hasta no dejar una sola gota. Sacudió la cabeza, se zarandeó la lengua con las manos. Aquello era demasiado potente; le ardía la garganta, los oídos y la boca. Después de unos minutos mareada decidió sentarse a un lado de la piscina, sumergió los pies en el agua templada, tan cristalina que parecía que nadie entraba ni salía de ella, como sucede con el alma a veces, sin sospechar que las personas entran y salen sin permiso, dejando cosas buenas, cosas malas, marcando el rumbo o el curso de alguien, pero de todo se aprende un poco. Hundió cada vez más los pies, como obligándolos a encontrar algo escondido en la piscina, hasta que cayó al agua. Desde el fondo podía distinguir los cuerpos flotando, nadando, brincando, pero todos eran confusos; figuras distorsionadas que reflejaban partes del cuerpo, de recuerdos, de memorias, del presente y del pasado fundidos en los brazos, en las piernas y en los pies. Todos con historias diferentes, realidades o verdades subjetivas viviendo al ritmo del tiempo. Estaba debajo del agua, de aquellas vidas, envuelta en todas esas ilusiones que no la dejaban marchar, soltando su cuerpo rendido ante sus esfuerzos por salir. Entonces fue ahí que una quimera le acarició el rostro, y, como hipnotizada, ya no quería salir. Una pequeña ola sacudió la dirección de aquel cuerpo dócil, rodeando su cintura, su espalda sujetada por aquellos brazos

fuertes aferrados a ella, sacándola y acomodándola entre sus brazos para asegurarse de ponerla a salvo; era Samuel sacando a Celeste. Todos se acercaron atraídos por el suceso, llegó a oídos de Rigoberto y Julia, quienes veían cómo el joven la cubría con una toalla mientras la abrazaba para mitigar el susto. Rigoberto se agitó y percibió como su pecho subía y descendía con potencia. Furioso por lo que veían sus ojos se acercó rápidamente a la escena. Torpemente empujó a Samuel, tomó del brazo a Celeste y se marcharon. Caminaron rumbo a la camioneta, ella desconcertada inspeccionó de reojo la mirada del joven. Nunca antes le habían sostenido la mirada de esa forma, parecía que echaba fuego por los ojos.

—¿Estás celoso? —preguntó Celeste tratando de encontrar alguna explicación ante aquella reacción, y con la esperanza de confirmar sus sospechas.

—¡Estás loca! ¿Cómo es posible que me hayas dejado en ridículo? Si hubiera sabido que esto iba a pasar ni yo hubiera acudido. ¿No pudiste ser más prudente? —le dijo con un tono arisco. Azul Celeste detuvo el paso, inclinó un poco la cabeza hacia el suelo y con voz trémula preguntó:

—¿Eso es lo que te importa? ¿Cubrir las apariencias? —Sus manos rozaron una y otra vez su cara en señal de un acto impulsivo de ansiedad.

Rigo, seis metros adelante y algo molesto, le recordó:

—El trato de mi abuela, eso es lo importante. —Celeste levantó el rostro desfigurado por el rímel desecho, y mientras trataba de limpiar el maquillaje difuminado por el agua, le dijo:

—Sí, tienes razón. Me emocioné, eso me hizo actuar de esa forma tan torpe.

—Espero que no se vuelva a repetir —le sugirió Rigo mientras subía a la camioneta.

Ella decidió ir a pie con la intención de tranquilizarse un poco.

Capítulo XIV

AZUL CELESTE Y LA NOCHE

Azul Celeste caminaba bajo la inmensa luna llena que emitía un resplandor rojo sangre que descendía y brillaba a través de las fisuras que reflejaban las sombras de los árboles espigados. Las lechuzas volaban atraídas por un conejo pequeño que estaba alejado de la manada, los lobos aullaban y a lo lejos emitían un sonido vibrante que se escurría entre la noche a través del eco, una mariposa desgarbada revoloteaba cerca de ella, que acababa de sentarse en una roca grande recargada en un tronco seco.

—Amiguita voladora, ¿estás feliz de qué te haga compañía? —preguntó suspirando mientras observaba cómo se alejaba—. Supongo que no —musitó desolada mientras se frotaba con fuerza el rostro. De su bolso sacó un espejo y con las manos temblorosas, los ojos negruzcos y las palabras quebradas por los quejidos se dijo:

—¡Así es como soy realmente, un monstruo podrido, corrompido por las carencias del alma! —Tenía una amargura tan intensa que mientras pisoteaba el espejo quebrado, se daba golpes en el pecho, hasta que las escasas fuerzas se lo fueron impidiendo.

Después de unas horas y atraída por un chillido extraño se acercó a unas ramas espesas que escondían al causante del ruido: era una ardilla atorada en una piedra que le aplastaba parte de la cola. Cuando la sacó, salió disparada a perderse en tanto que Azul Celeste corría sin rumbo. Sus pisadas eran cada vez más precipitadas. Un caballo desbocado corría atrás de ella. Una atmósfera particular que

no conservaba ninguna afinidad con aquel lugar, sino que se desataba de la presencia del animal desenfrenado y negro. A lo lejos, una voz sobrecogedora la llamó:

—Azul Celeste. —Mientras ella con un sentimiento de compasión y espanto se paró. El nombre se escuchaba en intervalos. Fatigada vigilaba el panorama, de pronto unos ojos voraces la acorralaron y unas risas de mujer se hicieron presentes.

—Qué miedosa eres, este pobre caballo es inofensivo. ¡Te ves patética! —Era Julia con su amiga sujetando la correa del animal.

—¿Qué pasó? ¿La encontraste? —preguntó Samuel detrás de un terraplén.

—No, no está. Vámonos —dijo Julia con la linterna apuntando a Celeste.

—Vamos a buscar en otra dirección —gritó Rigo a lo lejos arriba de un caballo alazán. Celeste agitada solo gimió despacio, las palabras atoradas en su garganta la contuvieron.

Ya eran las tres de la mañana y caminó descalza por unos minutos hasta que encontró un refugio que estaba situado dentro de una cueva pequeña. Empezó a llover. El sonido era tan fuerte que el llanto de la joven se ocultaba entre el aguacero. Estaba empapada, con frío y se sentía más sola que nunca, no obstante, una centella cromática en su corazón la estremeció cuando vio a Rigo con una gabardina oscura bajando del caballo para dirigirse a ella, esa imagen bella y apolínea le resucitó la sonrisa.

—¿Qué haces aquí, a esta hora? ¿No supiste cómo volver? —preguntó el joven mientras le colocaba el impermeable. Ella fijó un rato la mirada en los ojos negros del chico. Le sujetó el brazo con fuerza, él quedó inmóvil hasta que Celeste lo abrazó.

—Tenía tanto miedo, no sabía qué hacer —dijo mientras lo apretaba con solidez. Rigo intentó zafarse, pero la fuerza era tan grande que se le dificultó.

—Ya estás a salvo, ya puedes soltarme para que podamos irnos — le dijo Rigo mientras trataba de persuadirla. Ella, con la mirada hacia arriba en dirección al joven, sonreía aliviada.

—¿Me quieres? —le preguntó sin dejar de mirarlo.

—Deja de preguntar tonterías. Vámonos, ya es de madrugada —le respondió mientras lograba soltarse.

Se subieron al animal, llegaron en unos minutos al rancho y mientras se secaban platicaban:

—No estaba tan lejos, pudiste haber caminado hasta acá, no sé cómo fue posible que te perdieras.

—Creí que podía llegar sola, pero se me olvidó que traía tacones. Fue un capricho del destino que esto pasara. —Rigo se quitó la camisa mientras le preguntó de qué capricho hablaba, y la respuesta fue que el destino sabía que él la encontraría, por eso estaba a salvo gracias a él, a lo que Rigo algo cansado y frotándose el cabello con la toalla respondió:

—Vamos a dormir, estoy cansado, tus decisiones inconscientes no dejan de dar sorpresas. —Ella, un poco divertida, sonrió y le dijo:

—Pude haber sido devorada por algún animal salvaje, o raptada por alguien, por un loco, un demente, o un marciano. —Rigo, confundido y levantando las sábanas para disponerse a dormir le comentó:

—Si hubiera sido así, créeme que no lo hubiera dejado ir. —Azul Celeste feliz le preguntó si era verdad lo que acababa de escuchar.

—Claro, tendría que darle las gracias y una buena recompensa para que no se retractara de su decisión.

Celeste soltó el aire cálido de sus pulmones, luego, le manifestó:

—Bueno, supongo me iría mejor con ellos, ¿no? —Se tumbó en la cama cansada, los pies adoloridos le incomodaban; algunas piedritas y espinas se incrustaron en ellos mientras corría sin rumbo.

Las constantes vueltas del abanico del techo la incitaban a perderse entre los sueños, pero un tremendo ruido cercano la levantó asustada y vio a Rigoberto haciéndole un gesto de interrogación mientras le señalaba el sofá.

RIGO, SAMUEL, JULIA Y AZUL CELESTE

Rigoberto tenía una reunión importante con algunos compradores de pacas de alfalfa, eran las ocho de la mañana, el joven tenía un aspecto decaído y cansado derivado de la desvelada, pero el traje elegante que cubría su cuerpo ese día lo disimulaba un poco. Se encontraba en su despacho, afinando y discutiendo los puntos esenciales de la compra venta de la mercancía. Los ventanales ojivales por lo general permanecían cerrados y cubiertos por las largas cortinas blancas, cubriendo la vista exterior, brindando claridad y una sensación de tranquilidad, no obstante, ese día estaban abiertos. El estado de agotamiento no lo alertó de dicho percance. La junta se desarrollaba en tanto que se escuchaban risas de mujer a lo lejos, los señores voltearon y vieron a Celeste correr por el campo con algunos perros pintos que eran de raza labrador y pastor alemán, corrían atrás y delante de ella, agasajándola constantemente. Era una secuencia inesperada que se percibía como linda y tierna, hasta que fue interrumpida cuando Samuel apareció trotando desde lo lejos.

—¡Espérame, Celeste, eres muy ágil, no puedo alcanzarte! — vociferaba sofocado tratando de alcanzarla.

—¡Qué muchacha tan linda! —dijo uno de los compradores con aspecto senil mientras que los demás empezaban una vigorosa bulla al ver que Samuel la alcanzaba tirándola al suelo. Rigo de inmediato cerró las cortinas.

—¡No, joven! No las cierre, déjenos ver cómo termina ese dulce paseo de amor —abucheaba el mismo anciano mientras lanzaba una expresión de disgusto con el brazo.

—¡Señores, finalicemos el acuerdo! —Rigo manifestó algo molesto.

—Han de ser empleados que andan aprovechando sus ratos libres. ¡Ay, amores de juventud! ¿Quién no extraña eso? —manifestó el mismo señor de edad avanzada mientras sonreía sarcásticamente.

Al finalizar la reunión, Rigoberto le preguntó a uno de sus trabajadores el paradero de la joven.

—No sé, patrón, ahorita la vi hablando con su amigo Samuel, creo se dirigían al corral del ganado —dijo el empleado mientras se quitaba el sudor de la frente con un paño. En eso, una empleada encargada de las labores de la cocina preguntó también por ella.

—¡¿Pues en dónde fregados está?! —exclamó Rigo al mismo tiempo en que se disponía a buscarla.

Llegó al corral de ganado, ahí estaba Azul Celeste platicando con su amigo, analizaban una cuestión que tenía que ver con una vaca que estaba tumbada pariendo: ella decía que sería necesario hablarle a un veterinario para que la ayudara con el alumbramiento; Samuel, por el contrario, estaba aferrado a que la vaca se las arreglaría sola. Rigo, ajeno a aquella conversación, explotó y aventó con fuerza el portón.

—¡¿Interrumpo algo?! —preguntó Rigoberto.

—¡Ay, cabrón! Me asustaste —gritó Samuel mientras pegaba un brinco—. Sí, interrumpes algo importante, avisa para la próxima —dijo regañando y saludando a su amigo, sin imaginar siquiera el poder de esas palabras, que perturbaron el pensamiento de Rigo. Le llegaron al corazón como flechas acertando en su objetivo, insertándose como imágenes impetuosas, nada alentadoras. Azul Celeste permaneció sentada en la paja en silencio.

—Vámonos pues, tengo ganas de ir a ver a Julia —expresó Rigo mientras le lanzaba una mirada de reproche a la joven, con los ojos derrochando una cantidad considerable e invisible de veneno alrededor de su cuerpo. Y Celeste, como por arte de magia, absorbió el veneno, traduciéndolo en ridículas imágenes donde Rigo besaba locamente a la rubia, cosa que la dejó preocupada.

Se dirigieron los muchachos al rancho de los Valverde, ella se quedó esperando a que la vaca no tuviera complicaciones en el parto. En el camino platicaban los amigos al mismo tiempo en que escuchaban música con volumen alto.

—¿Qué estaban haciendo ahí? —preguntó Rigo un poco intranquilo y con el propósito de sacar algo de información.

—Ya te lo dije. Algo interesante, igual no creo que quieras saberlo —musitó Samuel algo despectivo y creyendo que no le importaba a su amigo. Rigo, al ver la actitud poco accesible de Samuel, decidió preguntar por Julia. El joven miraba el campo por la ventana, con su codo acomodado hacia el exterior y moviendo la cabeza para ver los árboles y los llanos alejarse.

—Se encuentra más amargada que nunca. Ya sabes, no es fácil perder a alguien que amas. —Rigo permaneció en silencio unos segundos sin saber qué decir, hasta que Samuel tornando la vista de nuevo en el campo le preguntó:

—¿Te gusta Celeste o te gusta mi hermana? —Rigo sorprendido por la pregunta repentina se limitó a decir que no le parecía una cuestión relevante, pero en su interior se reprimió lo tonto que había sido decir eso, dado a que Julia era la hermana de su amigo y Azul Celeste no parecía serle indiferente, entonces, se vio en la necesidad de desviar la conversación. Luego Samuel volteó de nuevo a verlo, masticaba un mesquite que logró pescar al pasar cerca, luego le dijo:

—Para mí lo es. Julia es mi adorada hermana, nada me haría más dichoso que verla feliz con mi mejor amigo. Eres casi como

mi hermano. —Samuel inspeccionó la actitud de su amigo con el objetivo de saber si aún estaba enamorado de Julia.

Rigo intencionalmente subió el volumen del estéreo. Vio a su amigo maldecirlo, sin escuchar lo que salía de sus majaderos labios. Maniobraba el volante para dar vuelta en una curva peligrosa, en tanto que reía preparándose con la mano en el volante y la otra en la palanca de cambios para subir la velocidad al tomar el camino recto. Samuel alzó los brazos afuera mientras le gritaba con la adrenalina a tope que acelerara.

Entre risas, bromas y sermones llegaron al rancho de los Valverde. Julia estaba en la entrada, a un lado de la piscina recostada en una silla de metal, enfrente de una mesa redonda blanca con el traje de baño puesto, lentes de sol y fumándose un cigarrillo mientras tomaba un poco de tequila.

—Es temprano para que estés tomando —le manifestó Rigo a Julia con una mueca de complicidad.

—¡Vaya! Hasta que te dignas a visitarme, desde que te casaste con Azul Celeste me tienes abandonada, no olvides que siempre estaré esperándote —le expresó lanzándole una mirada ardiente.

—Espero no interrumpirlos, pero si ya empezaron, vamos a terminarnos la botella —sugirió Samuel mientras se servía un trago.

Los jóvenes terminaron una botella de tequila, acomodados al final en la parte trasera del rancho, donde decidieron trasladarse para pasear un rato en las cuatrimotos. La noche se hacía presente, descendía reflejándose en los cerros vecinos, ensombreciendo y oscureciendo el lugar. En las orillas algunos animales domésticos se marchaban a refugiarse en su lugar de reposo; las gallinas y los pavorreales se acomodaban en las hojarascas que arropaban el gallinero, los becerros se echaban al lado de sus madres mientras que uno de ellos bramaba desesperado buscándola, las ovejas corrían en círculos dentro del corral alteradas por el ruido. Julia, agotada, descansaba borracha en

los brazos de Rigo, al mismo tiempo en que él reía como loco por los efectos del alcohol y el espectáculo en los corrales que presenciaban sus ojos desde hacía rato. Al cabo de unos minutos Samuel se dispuso a trasladar a Julia a su cuarto. Ella se aferraba a Rigo buscando su rostro para besarlo, él repelía los intentos fallidos hasta que se distrajo viendo a Celeste en la puerta y logró plantarle un beso en la boca. Azul Celeste, al ver la escena, se arrinconó a un lado de la entrada, apretó el puño izquierdo sin alejarlo de su pecho.

—Amiga, qué bueno que viniste, ayúdame con el ebrio de tu marido para poderme llevar a Julia a su aposento. Está muy necia —le imploró Samuel al verla en la esquina tratando de ocultarse, al mismo tiempo en que luchaba por mantener de pie a Julia. Manuel, un empleado robusto, con bigote pronunciado y rasgos faciales toscos le ayudó a llevarla de vuelta al rancho.

Al llegar a San Pedro las cosas se salieron de control. El matrimonio discutía:

—¿Qué pasó? ¿Tanto me extrañaste que fuiste a buscarme? —Rigo la interrogó con molestia, si algo lo ofendía tanto era que lo siguieran o que trataran de controlarlo.

—No. Doña Amelia habló para preguntar cómo estaban las cosas, quería hablar contigo, pero al escuchar que estabas con los Valverde me pidió el favor de ir a buscarte —respondió Azul Celeste, disgustada, aún con el miedo latente de su traición. No era algo que se pudiera confirmar como tal, sin embargo, a ella le pegaba tan duro que parecía que le disparaban mil veces en el mismo lugar con la saña de agrandar su mal.

—Mira nada más, qué obediente resultó ser el títere de mi abuela, ¿es tanto el dinero que le vas a pedir cuando se termine el trato? —preguntó el joven levantando las cejas, tocándose la barbilla con los dedos y con la misma arrogancia de siempre. Celeste solo asintió con

la cabeza—. ¡Claro! Eres extremadamente pobre. La desesperación te hace hacer cualquier cosa por dinero —Rigo terminó la frase riéndose como demente. Celeste un tanto serena le dijo:

—No me importa lo que piense, tengo mis motivos.

Rigoberto, al ver que lo que él pronunció no repercutió en ningún sentido en la actitud de la joven, exclamó:

—¡El dinero es un grandísimo motivo! —Se acercó con rapidez y la encorraló en la sala cerca de una estatua grande de mármol—. ¡Y a todo esto, no creo que logres tu objetivo! ¡Estás como gata en celo detrás de Samuel, la gente se dará cuenta y todo se irá al carajo! —le gritó tamborileando con fuerza la mesita de enseguida.

—Pues si no lo logro usted menos, además, yo no fui quien besó a Julia, no tengo mucho que perder, en cambio usted lo perdería todo —masculló la joven encogiéndose de hombros y recordando que sí tendría mucho que perder.

—Pero tú ya perdiste algo muy importante: tu dignidad, a fin de cuentas, era lo único que tenías. La vendiste como una rata desesperada —le reprochó Rigo sosteniéndole la mirada, con las cejas pegadas al ceño.

Después de un rato prudente, Azul Celeste contestó obstinada, seria y con el alma hecha añicos, tratando de dominar el enorme caldero que empezaba a hervir en sus entrañas, y, luchando por no reventarlo, con voz tranquila y silenciosa le dijo:

—Supongo que a las personas como usted no les importa la dignidad de una persona pobre, no les provoca el más mínimo remordimiento moral pisotearla, entonces. ¿Para qué me sirve la dignidad si no hay nadie inteligente que la aprecie? ¿De qué sirven los valores si nadie los ejerce? ¿De qué sirve vivir en una sociedad que mira a los otros como un medio para obtener riquezas? ¿De qué sirve tenerlo todo si por dentro estás vacío? Los bienes materiales son medios para facilitar la

vida, no deberían usarse para fines ajenos a ello. Además, nada de eso tiene un valor real sin un sujeto conocedor, aquel que vive para servir, para ayudar, para trascender por sus buenas acciones, por su lealtad hacia el servicio de la vida humana, de los animales y del ecosistema. ¿Por qué no hacer la vida más amena para todos por igual? Me parece triste estar llevando las cosas a los extremos, por un lado, algunos gozando de sus exorbitantes riquezas sin saber qué hacer con ellas, dejándolas incluso en el olvido, mientras otros se parten la vida para obtener un poco de eso que fue olvidado. ¿Es tan fácil vivir ignorando la precariedad de los demás? Cuando se tiene todo supongo es fácil que pase desapercibido, cuando no tienes nada y ves a tus compañeros, las miles de personas que están en extrema pobreza igual que tú, es ahí que no puedes ignorarlo porque sientes lo que es el dolor de la pobreza: del hambre, de las enfermedades al no tener siquiera para ir al médico, si enfermas de gravedad debes esperar con resignación la muerte porque la muerte es la que espera ansiosa por nosotros, y no sé si es un acto de compasión, pero ella sabe que nosotros no tenemos opción, no podemos enfermar de algo grave porque no podemos costearnos los tratamientos. —Se armó de valor, se paró derecha y acercó su rostro al de Rigo—. Pero dime tú a mí, ¿qué tanto puedo llegar a hacer por ellos en mis condiciones? No mucho. Soy pobre, pero aun así me preocupa mucho su futuro, su sentir, por una simple razón: cuando nada tienes el mundo te cae encima, y es tan pesado que te toma tiempo levantarte, debes luchar con todo para quitarlo de tu espalda y poder seguir. Pero sin duda alguna las personas como tú pueden hacer más por los demás. —Ahora, era Celeste quien se acercaba al joven, al mismo tiempo en que él retrocedía—. Es una triste realidad, pero ustedes tienen mayores probabilidades de cambiar el rumbo de la historia de la humanidad a algo más justo, con mayores oportunidades para todos —le dijo Celeste con la voz

quebrándosele, con las manos temblorosas, los ojos vidriosos y el rostro con una expresión atormentada por la impotencia—. ¿Qué podrías hacer tú por los que han sido olvidados por el destino y por los vivos? O ¿también dejarás que se jodan? ¿Cerrarás los ojos para evadir el remordimiento producido por aquellos que mueren de hambre? ¿O simplemente no lo tienes? Mientras otros trabajan como esclavos horas extras para obtener una cabeza de alfiler que no sirve más que para seguir explotándote, enajenándote, vendiéndote una imagen miserable de bienestar inmediato, repleto de carencias, a veces sin tiempo para formar lazos saludables con la familia. No hay tiempo, ni siquiera yo lo tenía para convivir con Mariana. La familia necesita fortalecerse. Así que sí —dijo Celeste con su alma destrozada y más segura que nunca—, vendí mi dignidad por algo más valioso, algo que atesoro mucho más que mi propia vida. —Caminó hacia las escaleras, puso sus manos en el barandal para subir, pero antes expresó—: Esta miserable vida me ha enseñado que, si no le vendes algo, no te deja vivir. Pero estate tranquilo, Rigo, que es tan astuta que sabe a quién comprarle. —Empezó a subir las escaleras mientras que con un alivio mezclado con nostalgia masculó—: No me importa si usted cree que soy digna o no. Sé quién soy realmente, es lo único que debe importarme.

Rigoberto estaba estupefacto, observándola inmóvil mientras se perdía de su vista, sintiendo en su torrente sanguíneo aquellas profundas palabras que lo estremecían revolcándole las venas y el corazón con fuerza. ¿Cómo era posible que las palabras tuvieran un poder tan increíble? Hechas para edificar o destruir. Sorprendido y analizando el valor de la joven sonreía con una emoción notable. Azul Celeste, sin duda, con esas oraciones efectivas logró por fin enamorarlo por completo.

Capítulo XVI

RIGO Y AZUL CELESTE

Ya era la media noche y Rigo no lograba conciliar el sueño, recostado en el jardín contemplaba la luna plateada, los penetrantes efluvios de flores y azahar flotaban en el viento, vibrando en el aire fresco; le provocaban una somnolencia llena de recuerdos enfocados en Celeste, aquella criatura de encanto dignificante y virginal, mujer única entre todas las mujeres, de una marcada idiosincrasia en su temple.

—¿Cómo puede existir gente tan insensible? —Se escuchó a corta distancia a la joven que estaba en el balcón, acurrucada en una mecedora. Rigo se incorporó e inclinó la cabeza en dirección al cuarto.

—¿Esta loca qué? —masculló mientras distinguía las chanclas en los pies y las piernas descubiertas de la joven—. ¿Quién está perturbando mi tranquilidad? —preguntó Rigoberto con voz alta y con un chasquido derivado al rozar las hojas quebradizas de los árboles. Tenía la intención de capturar la atención de Celeste.

—¡Eso mismo me pregunto! —gritó Azul Celeste con un tono de voz potente volteándose de un brinco.

—¡Estás loca! Me asustaste —gritó Rigo estremeciéndose, cruzando los brazos y sobándose los. Ella se reclinó en el barandal, sostuvo su mejilla rojiza con la mano, lo miró un instante de forma coqueta, luego, le regaló una sonrisa forzada y se marchó. ¿Qué le pasaba? Estaba más eufórica que nunca. Pasaron treinta minutos, se escuchaban murmullos provenientes de la habitación. Rigoberto

decidió ir a ver lo que pasaba. Al abrir la puerta la encontró cantando arriba de la cama con un peine carísimo y viejo que había sido un regalo de su abuelo a su abuela.

—¡Bájate de ahí! —le ordenó el joven acercándose a ella. La tomó de los brazos con intención de quitarle el peine, forcejearon postergando unos segundos el contacto cercano entre ellos hasta que cayeron en la cama. Él arriba de ella, sujetándole los brazos extendidos con fuerza, mirándose fijamente y siendo testigos de una única voluntad: amarse sin tregua. Indomable y excitable deseo que los condenaba a permanecer de esa forma. Hasta que ella con actitud temerosa, la piel erizada y los labios desmesuradamente abiertos se movió. Rigo retrocedió unos metros, los suficientes para dejarla bajar de la cama, luego, al ver que se alejaba, sintió la necesidad de volver a recuperarla. La capturó sosteniéndola del codo, la acercó a su pecho exaltado, colocó sus labios cerca de su cuello y la finura en su olfato le sometió la razón unos segundos; al reponerse, le dijo:

—Hueles a alcohol, ¿de dónde lo tomaste? —le preguntó con expresión interrogativa mientras aprovechaba la situación para tenerla cerca. Celeste, perpleja, con el corazón a mil por hora y con las manos contraídas a su pecho se limitó a decir que lo había tomado de la cava que estaba en su despacho.

Esa noche fue especial. El joven ya no podía negar que sentía algo por Celeste. ¿Cómo logró enamorarlo? Estaba seguro de que era lo último que quería en el mundo, no obstante, la actitud de ella terminó enamorándolo por completo; el darse cuenta de la vitalidad que poseía para ayudar a los demás, tantas virtudes sembradas en una sola persona, sin importar lo difícil que hubiera sido su vida, ella era el ser más optimista que había conocido. Azul Celeste había logrado plantar su huella en su corazón, y no solo eso, la regaba con sus cualidades haciendo que creciera y floreciera.

Capítulo XVII

AZUL CELESTE Y LOS RECUERDOS DEL PASADO

Cada vez era más evidente que ambos estaban enamorados, pero la actitud fría y distante del chico confundía seriamente a la joven, quien a lo largo de su corta existencia había sido abandonada y privada de toda remota caricia. No comprendía por qué no lograba superarlo. Sentada en una banca larga afuera de la beneficencia de doña Amelia, recordaba enfadada su vida en el orfanato.

Su primer trabajo fue a los cuatro años de edad; ayudaba en las labores domésticas, poniendo todos los días a las cinco de la mañana un pequeño banquito en la estufa de leña para alcanzar y poder cocer las tortas de masa para hacer las tortillas. Con una pequeña varita de tabla las colocaba y las quitaba para que no se quemaran. Ahí duraba horas soportando el calor calcinante que le dejaba costras blanquecinas en el cuerpo. Oía a lo lejos las risas de los niños jugando en el parque que estaba al lado, y por una pequeña rendija en la cocina se asomaba para observarlos reír y jugar, mientras sus propias risas se escapaban simulando las conversaciones que podrían tener entre ellos; luego, imaginaba que corría, empujaba con cariño a sus amigos, la abrazaban, brincaban el lazo, subía al columpio y sus fuertes brazos y piernas le facilitaban el vuelo. Respiraba el aire cálido, al mismo tiempo en que su vista se ennegecía por el intenso y resplandeciente sol que la saludaba desde arriba. Todas estas imágenes se esfumaban entre las lágrimas de Celeste y los gritos de enojo de la directora por descuidar las tortillas.

Cuando tenía cinco años, aparte de dedicarse a esas labores, la mandaban a las calles a vender dulces, a pintarse la cara de payaso, ponerse en los semáforos y pedir unas monedas a cambio de un pequeño show montado en medio del pavimento. Le dolía el alma. Quería jugar, sentir el tierno amor de una madre, de un padre, saberse amada y llevar una vida normal. A eso adjudicaba sus desdichas desde temprana edad. Cuando pasó de los diez años no solo debía enfocarse en lo antes mencionado, también limpiaba casas ajenas. Sus ganas de salir adelante eran notorias, pero el trabajo constante evitó que pudiera concluir sus estudios en la primaria. Sabía que de cierta manera la explotaban, pero quería evitarle el pesar a otra pequeña.

En varias ocasiones intentó luchar por sus derechos, aunque no sabía qué eran, hasta que un niño más grande en la calle la invitó a dejar el orfanato e irse a trabajar con él; le dijo que la calle era difícil, muchas veces cruel e insoportable, pero las drogas los mantenían a flote, le aseguró que el poco dinero que obtenían era para ellos mismos. Ella lo pensó un momento, pero luego le dijo que no, era evidente que el no tener un techo, divagar en las calles y drogarse era lo que menos quería, además, dudó pues era consciente de que las chicas pueden ser presa fácil de un violador o un feminicida. El chico le informó que estaba siendo explotada, que hiciera valer sus derechos. Azul Celeste lo intentó, pero nunca se le dio la importancia que requería. Fue así que desde temprana edad logró reprimir, excluir y guardar sus pesares.

Inconforme ante una situación se limitaba a cerrar con fuerza el puño de la mano izquierda, cuando esto no funcionaba y como segunda opción aprendió a atesorar una pequeña libreta lila que le ayudaba a mitigar el dolor y la frustración a través de la escritura. Anotaba los sentimientos que la conducían al límite: cuando estaba enfadada, frustrada o a punto de explotar por el dolor escribía lo que

sentía, y cuando estaba feliz, también; deseaba dejar sus sentimientos plasmados en aquella maravillosa libreta lila. Eso ayudaba a atenuar sus pesares fulgurantes. Varias fechas estaban escritas y tachadas en la libreta; empezaban el día en que Azul Celeste la encontró en la feria y terminaban el día en que ella murió, solo esta última no estaba rayada. Había razones importantes que hacían que las tachara; una de estas fechas fue días antes de que llegara Mariana al orfanato.

Mariana era una tímida niña de cinco años que acababa de perder a sus padres. Los mataron en un intento de robo que salió mal, no era la primera vez que asaltaban una tienda, un supermercado o un banco. En la última ocasión todo terminó con fuertes disparos provenientes de ellos y los policías. Los vicios en el alcohol y las drogas les truncaron la vida, dejando en el abandono total a la pequeña Mariana; estaba delgada y con desnutrición, esa afección retrasaba su correcto crecimiento, por lo que era mucho más bajita que las niñas de su edad. Tenía el cabello lacio, negro, los ojos largos y pequeños, la piel apiñonada, la cara redondita con facciones finas y marcadas, era una pequeña de mirada inocente.

Los primeros días en el lugar se creía que no lo lograría, se rehusaba a comer, a jugar o a hablar, quería estar sola, aislada en un pequeño cuartito escondida debajo de las cobijas, pero sin duda Celeste se propuso sacarla de ahí. No estaba dispuesta a dejarla sola, no quería que otra niña tuviera que padecer lo mismo que ella, pues sabía que esa pequeña hasta ese momento lo había pasado peor que ella; lo deducía por las condiciones deplorables en las que se encontraba Mariana. Así fue que se conocieron y se hicieron amigas inseparables. Azul Celeste dejó arrinconada su tristura disfrazada bajo una máscara invisible para presentarse lo más feliz posible ante Mariana. No quería agobiarla con sus pesares, al contrario, debía hacerla fuerte, subirle la autoestima con amor, energía, empatía, enseñándole las cosas que son

realmente importantes y que se puede salir adelante a pesar de tantos inconvenientes. Sin embargo, era un disfraz, una fase que usaba para poder empoderarla, elevarle los ánimos con eficacia y distraerla de la vida amarga que llevaban. En el fondo, Azul Celeste solo era restos de cicatrices irremediables. Una depresión agónica e imperceptible por los demás la había criado desde hacía muchos años atrás.

Al cabo de unas horas trabajando en la beneficencia y recordando los momentos del pasado, recibió una llamada. Era la maestra Tina, que le hablaba para informarle que Mariana estaba internada. De inmediato dejó de hacer lo que hacía para dirigirse al rancho por algunas cosas antes de marcharse al hospital. Salió apresurada sin decir nada y al pasar el portón comenzó a trotar, su cabello se ondeaba atrás de ella mientras su respiración agitada se mantenía en sincronía con sus movimientos, en tanto que el aire le cacheteaba el rostro. Duró un rato de esa forma, hasta que se detuvo y flexionó las rodillas, bajó el torso, con las manos aferradas a las correas de la mochila, mientras expandía los cachetes junto con los pulmones para inhalar con rapidez y profundidad el aire. Al estabilizarse se reincorporó, visualizó un automóvil que se aproximaba a ella y se percató de que era Samuel. Aprovechó para pedirle un aventón a la estación del camión, pero él no estuvo dispuesto a dejarla sola y la llevó hasta la ciudad.

Capítulo XVIII

AZUL CELESTE Y LA DIFÍCIL NOTICIA

Pasaron unas horas hasta que llegó al hospital, preocupada pidió información a la recepcionista, la cual la guio hasta la habitación donde se encontraba Mariana. Se asomó un par de veces. La vio sentada en la cama con la ropa ya puesta, sus pies no alcanzaban a tocar el piso. La maestra Tina estaba distraída acomodando las cosas en una mochila. Mariana miraba triste hacia la ventana, tenía la mirada perdida o extraviada, pero parecía estar tranquila. Azul Celeste yacía al lado de la puerta, deseaba entrar a verla. Su pecho se agitó, sus manos temblorosas la hicieron tomar otro rumbo, no quería perturbar la tranquilidad de su amiga, sabía que si la llamaba probablemente ya no podría dejarla sola. Se alejó lo más rápido que pudo, y unos pasillos adelante se encontró con el especialista que llevaba el caso de su amiga; inmediatamente preguntó por el estado de salud de Mariana.

—Por el momento está bien, pero hay cosas más importantes de las que debemos hablar. ¿Usted es la persona que ha estado pagando los tratamientos de la joven? —preguntó el médico dirigiéndose al consultorio.

—Así es. ¿Qué más podemos hacer para salvarla? —Celeste a la par de él y de forma inconsciente sujetó el brazo del médico con preocupación.

—Claro, entremos al consultorio para hablar de la situación. —El doctor abrió la puerta y la invitó a pasar con los estudios de Mariana

en la mano—. Mire, la primera vez que llegó fue por una rasgadura en la cintura que no paraba de sangrar, incluso semanas posteriores la herida no sanaba correctamente, esto era derivado de la leucemia que ya venía padeciendo semanas antes de su primer ingreso. ¿Cómo fue que se dio cuenta de la enfermedad? —preguntó el médico ojeando los exámenes y viéndolos a través de sus lentes.

—Mariana nunca fue de buen apetito, pero hubo un momento en el que simplemente ya no quería comer, su aspecto cambió. De pronto le salían moretones sin motivo aparente, sus labios tenían un aspecto seco y aperlado, se mareaba con frecuencia y en repetidas ocasiones dejaba de hacer lo que hacía porque le faltaba el aire. —Azul Celeste hizo una pequeña pausa, puso sus manos en el vestido largo, frotó sus rodillas preocupada—. Su cansancio era notorio, incluso sin hacer el más mínimo esfuerzo. Fue ahí que decidí convencerla para llevarla a un laboratorio económico donde le realizaron las pruebas. Mariana, enfocada en sus estudios, no ponía interés en ello, un día fui a recogerlos acompañada de la maestra Tina. Ahí nos confirmaron que tenía leucemia. —Sus manos seguían frotando sus rodillas, mientras su cuerpo estaba ligeramente inclinado hacia abajo de la silla, sus ojos veían al doctor con temor.

—El asunto no es fácil, el tiempo es oro, Mariana ahora está estable, pero empeorará con el tiempo, necesitamos seguir el tratamiento —comentaba el médico mientras sacaba el recetario del cajón del escritorio—. Hay organizaciones que brindan ayuda a las personas de bajos recursos, pero no es suficiente para cubrir los gastos fuertes de quimioterapias y las operaciones a las que deberá de someterse en el futuro —manifestaba el médico escribiendo información sobre el papel, arrugaba la mirada que recaía bajo las cejas pobladas del mismo, mientras veía los garabatos que escribía.

—Sí, doctor, usted haga lo que tenga que hacer para salvar a mi

amiga —dijo la joven mientras tomaba la nota y dejaba en la mesa el dinero que cubriría los gastos de Mariana en el hospital.

Salió agobiada del sitio, y en el camino hacia la salida escuchó la voz de su amiga que le gritaba. Se detuvo unos segundos afuera, se armó de valor para no voltear, cerró el puño de la mano izquierda y se alejó.

Se quedó un largo rato en un parque cerca del hospital, se sentó en un columpio (que ya le quedaba chico) a llorar afligida, estaba recargada en la cadena del mismo, anonadada ante el estupor de la noticia, con la impotencia acogiéndole los huesos. En eso recordó cómo fue que doña Amelia decidió proponerle el trato para que se casara por un año con su nieto. La vio desesperada, llorando, pidiéndole más trabajo para trabajar en los corrales, alimentar a los animales y sembrar en las tierras para obtener más ingresos. Debía mandarle a Tina fuertes cantidades de dinero para cubrir las quimioterapias y los gastos médicos que se fueran presentando por la enfermedad de Mariana. Amelia, al ver el puro y noble corazón de la joven, le propuso pagar los tratamientos y operaciones hasta que se curara Mariana, a cambio de que aceptara casarse con su nieto y pasar el mayor tiempo posible con él, involucrarse en sus asuntos sin agobiarlo, pero siempre estando al tanto de todo, que interviniera cuando fuera necesario para corregirlo, y al terminar el año le daría además una fuerte cantidad de dinero para que pusiera un negocio y sacara ingresos por su cuenta. Ella abrazó a doña Amelia, sin quejarse y agradecida aceptó el trato. En tanto que la anciana decidió no darle oportunidad a Rigo imponiéndole su voluntad. Al regresar de ese recuerdo, se reincorporó y se dirigió a donde estaba la camioneta con Samuel esperándola para regresar al rancho.

—¿Qué pasó? ¿Todo está bien? —preguntó el joven intrigado sujetándole el brazo con delicadeza.

—Sí, por el momento todo está bien. Quiero pedirte el favor de que nadie se entere de esto —le dijo Azul Celeste mientras subían al auto. En el camino no dijo nada, solo miró los paisajes que tanto amaba, aquellos que normalmente tranquilizaban su alma, pero que en esos momentos la defraudaban. Mientras tanto Rigo se encontraba cruzando de un lado a otro la sala, preocupado y pensativo, sin saber el paradero de la joven. Investigó con los empleados, pero nadie sabía nada. En eso, Julia entró por la puerta preguntando por su hermano.

—Hola, Rigo, buenas noches, disculpa que venga de improvisto pero mis padres están preocupados y algo paranoicos por no saber el paradero de Samuel. De casualidad, ¿no está contigo? — le preguntó echando un vistazo al sitio.

—¿No me digas que desapareció desde temprano? —preguntó el joven acercándose con rapidez.

—Sí, de hecho, se fue desde temprano y ya no volvió, qué raro. ¿Dónde estará? —Julia se pasó los dedos por la barbilla en señal de preocupación.

Capítulo XIX

ELLA Y SU AMOR ENLODADO

Celeste y Samuel llegaron al rancho. Julia preguntó confusa de dónde venían, a lo que Samuel, unos pasos delante de Azul Celeste, respondió:

—Lo que pasa es que la acompañé a un lugar en el que debía de estar con urgencia. —Trataba de disipar el enojo evidente de su amigo.

—¿Cuál era esa urgencia? —preguntó Rigo haciendo un ademán de disgusto con el rostro y la mano. Samuel se disponía a contestar cuando Celeste interrumpió:

—Fuimos a dar un paseo por el campo.

Rigo rio sarcásticamente.

—¿Fue tan divertido que duraron todo el día en el campo? —Julia, disgustada, de inmediato se acercó a ella para tratar de manotearla, pero al no tener éxito y ser alejada por Samuel le gritó:

—¡Eres una cualquiera, últimamente pasas mucho tiempo con mi hermano, sabrá Dios haciendo qué cosas, eres tan descarada que a él también lo quieres engatusar! —Samuel desaprobó la actitud de su hermana y avergonzado le sujetó las manos para que no lastimara a Celeste.

—No estés malinterpretando las cosas, Julia. No es nada de lo que ustedes creen. Es mejor que nos vayamos. Por favor, hermano, no te enojas con Azul Celeste, en verdad solo estábamos dando un paseo. —Samuel tomó a Julia por la fuerza y se la llevó.

—¿Quién te va creer esa mentira? ¿Me crees estúpido? No soy un niño que te cree tus tonterías. —Rigoberto aventó un golpe al aire. Ella solo permaneció callada, escuchando, guardando aquella amargura seca, tratando de no decir nada para no enfurecerlo más—. ¡Te estoy hablando! ¿Creíste que el trato de la abuela era un juego? Sería yo el que perdería todo, eso me dijiste, pero te equivocaste. Amelia sería incapaz de dejarme en el abandono, ese trato estúpido solo fue un capricho de ella.

Rigoberto caminó al fondo sin mirarla y con la voz un poco más tranquila y burlona le dijo:

—La que perdió todo sin duda alguna fuiste tú.

Azul Celeste estaba en silencio, temblando y con la mano retorciendo el vestido. Rigo dio unos pasos hacia el frente, donde había algunas fotografías de su familia a lo largo y ancho de la pared, enmarcadas con materiales que acusaban un gusto exquisito por los adornos de una remota antigüedad. Eran fotografías de sus padres, de sus abuelos y de él con ellos, todos se veían felices. Luego, Rigoberto sonrió levemente y le dijo:

—¿Ves aquellas fotografías? Nos vemos felices, ¿no? ¿Crees que mi abuela sería capaz de destruir lo poco que queda de esta familia por un capricho tonto? Creo que eso es algo que tú nunca vas a comprender, el amor y la calidez de una familia. —Se volteó y miró a Celeste con rencor—. Quiero que te vayas de mi casa, el trato se termina aquí, no quiero volver a verte. —Rigoberto se alejó hasta que se perdió de la vista de ella, y en ese momento Celeste sintió la máxima expresión de aquella agónica depresión.

El caldero a punto de estallar sofocaba su interior con enormes oleadas, esparcía de a poco un veneno latente que le intoxicaba las venas, que a su vez vertían y proveían toxinas al resto del cuerpo, provocándole un sudor frío. Intentó dar unos pasos, pero las piernas

no le respondieron y cayó de rodillas, daba ligeros golpes a sus miembros inferiores mientras se preguntaba por qué nadie la quería. Lloraba en silencio, pero como nunca antes, empapando el vestido. Las lágrimas se filtraban como una manguera descuidada, perdiendo esperanza y secándole las entrañas sin que nadie fuera capaz de percatarse de aquello. Sin remordimientos ni preocupaciones, nadie estaba ahí para ella, como a veces nadie está alerta de lo que pasa a su alrededor. Cabeceaba y daba golpes con los puños cerrados a sus rodillas. Después de unos minutos, dejó de llorar. Su rostro cambió a uno sin expresión, luego se levantó y se dirigió al cuarto a recoger sus cosas, pero una de las empleadas no la dejó entrar; eran órdenes del patrón. Se dio la vuelta y caminó a la habitación en la que se había alojado tiempo antes de casarse. Entró, tomó el teléfono y le marcó a Tina.

—Hola, Tina, ¿cómo están? ¿Cómo se encuentra Mariana? —preguntó con la voz pausada y ronca.

—Está bien, Celeste, pero en un par de semanas la ingresan al hospital para operarla. ¿Estás enferma? Te escuchas extraña —preguntó intrigada la maestra.

—Estoy un poquito mal de la garganta, nada importante, por favor dile a Mariana que la amo. —Antes de esperar respuesta colgó el teléfono para que no se diera cuenta de que estaba mal.

Amaneció decaída, sin apetito, se encontraba en la cama, debajo de las cobijas y con la mirada perdida hasta que tocaron la puerta y salió a atender. Era Rigo pidiéndole que se fuera. Con la autoestima pisoteada salió con su mochila y con algunas cosas dentro. Caminaba por el pasillo cuando el joven la jaló por atrás, le arrebató la mochila y le dijo que se fuera sin nada; según él, no debía llevarse algo que era de otra persona. Azul Celeste, molesta por las ridículas acusaciones, lo encaró y le dijo:

—Me llevo lo que con trabajo yo misma me gané. Pierda cuidado que aquí, además de lo mío, no hay nada que yo quiera. —Tomó la mochila del suelo, la pasó por su brazo para luego colocarla en su espalda, se giró y caminó a paso firme.

Su cabello negro se ondeaba con cada pisada mientras su respiración era cada vez más precipitada. Pasó por el enorme portón de la finca, pero no hacia la salida del rancho, sino al lado contrario, luego corrió pegada al cerco. No debía irse, solo quería que se calmaran las cosas para regresar y poder cumplir con el trato, ya que estaba de por medio la salud de Mariana. Trotaba por un largo sendero, el pasto le llegaba a las rodillas, estaba lleno de insectos, ardillas y pájaros. Las aves revoloteaban y se tiraban sobre el pasto, como si fuera un refugio o un escondite que servía para evitar a los depredadores, o una bendición que los hacía descender, rozar sus plumas, volar en lo bajo tras una línea recta y consistente para luego retomar el vuelo en lo alto.

Más adelante, una profunda empinada se asomaba, y en el fondo una bella cascada que en temporada de lluvia permitía ver el arcoíris; se percibía como una semi circunferencia arriba de la cascada y los rayos solares entretejían y adornaban los destellos brillantes, los cuales nacían al contacto entre estos ingredientes presentes en la atmósfera. El canto de los gorriones trajo de regreso a Celeste, estaba estática, con los labios abiertos, reencontrándose con sus emociones, que viajaban como fotografías a través de sus pupilas. Parecía que el viento reía entre la sombra, y el aroma le traía bellos recuerdos. Las nubes pasaban bajas en el cielo mientras las aves volaban contrayendo y extendiendo sus alas. Azul Celeste veía el cielo con cierta excitación, una milagrosa poesía plasmada en aquel paisaje le dominaba el ser.

Después de unas horas regresó a la finca. El joven al verla ordenó a sus empleados que la echaran y cerraran las puertas, pero ella, sin

encontrar otra opción, rogó al joven con todas sus fuerzas para que no le dijera nada a Amelia y le permitiera quedarse unas semanas más. Rigoberto aceptó, pero a cambio le pidió no decirle nada a Amelia sobre las salidas que pretendía hacer con otras mujeres. Esas palabras enlodaron en un solo segundo todo el afecto, el cariño, el amor más puro y sincero que una mujer puede llegar a sentir por un hombre, pero con su alma destrozada aceptó.

Rigoberto salía de vez en cuando con una que otra mujer, sin embargo, no dejaba de pensar en Celeste, se había enamorado de ella y el hecho de creer que tenía algo que ver con su amigo Samuel le molestaba demasiado, aunque era evidente que en su interior seguía gobernando lo mundano y la soberbia, porque cuando se ama de verdad no se lastima, al contrario, se cuida y se valora.

El tiempo ya había transcurrido, la primavera, el verano y el otoño pasaron. Los días de la joven eran iguales, pero más intranquilos que nunca; la enfermedad de Mariana la preocupaba, las salidas de Rigoberto con otras mujeres le estrujaban el corazón constantemente. ¿Qué más podía hacer? Era una pregunta que se hacía todos los días, no estaba satisfecha con su vida, no se sentía parte de ella. Pero esa última cuestión no la alarmaba, desde niña siempre tuvo un cierto desapego y rechazo; siempre se sintió sola y el no tener el amor de una familia hizo que creciera con un cierto resentimiento hacia la vida. El problema ahora radicaba en que, precisamente, días atrás ese malestar había crecido considerablemente.

Capítulo XX

**AZUL CELESTE, LA GRAN NOTICIA Y LOS
QUINCE AÑOS**

Ya era el mes de diciembre y Celeste recibió una gran noticia: su amiga Mariana había salido bien de la operación, todo parecía indicar que el trasplante de médula ósea había sido un éxito, solo debían esperar unas semanas para confirmar la hipótesis.

Las cosas en el rancho seguían como de costumbre: cada uno dedicándose a las labores correspondientes, trabajando con todo el empeño.

Ese mismo día, los Salazar (amigos de la familia) mandaron una invitación al matrimonio para la fiesta de quince años de su hija menor, Valeria, a quien le dieron la opción de elegir entre: viajar por Europa, un carro del año o la fiesta tradicional de quince años. Valeria, sin titubeos, escogió la fiesta porque pretendía invitar al chico que le gustaba y a quien le pidió, con demasiada anticipación, que fuera su chambelán, sueño que tuvo desde primero de secundaria, cuando lo vio por primera vez.

El evento era típico de un pueblo unido, los habitantes alegres no veían llegar el día y la hora, con el pretexto de ir a cumplir, pero la verdad era que deseaban hacerse del banquete, chismear y criticar a medio mundo, con eso de que no había nada más interesante que hacer. Una fiesta de esas no caía nada mal al pueblo, sobre todo porque la mayoría asistía al evento con la ilusión de disfrutar un rato, sobre todo los jóvenes solteros, que no perdían oportunidad de ir a bailar la tanda y, de paso, con suerte, encontrar su media naranja.

El salón era pequeño y la muchedumbre atiborrada lo hacía ver aún más. Tenía arreglos brillantes y finos. Los músicos no paraban de tocar, y con toda la pasión del mundo cantaban mientras la gente se animaba a bailar.

Rigoberto se divertía a lo grande con sus amigos, mientras Azul Celeste estaba sola a un lado de la entrada, observando a las personas; en la esquina se encontraba una señora regañando a su marido porque la fiesta apenas empezaba y él ya estaba borracho, le daba golpecitos con su cartera dorada, mientras atormentada por el qué dirán de la gente, le sugería marcharse de la fiesta. Más al fondo, un adulto mayor convivía con sus pequeños nietos mientras le hacían monerías llenándolo de tiernos cariños, se veía sumamente dichoso. A un lado estaba la quinceañera, rodeada de sus amigos, espectacularmente bella, riendo y bromeando con ellos. Enseguida se veía un panorama nada alentador, Rigoberto mirando a las jóvenes bellezas en tanto que ellas le correspondían las miradas.

Azul Celeste se decía a diario en las mañanas que dejaría de quererlo, pero al parecer el sentimiento era mucho más fuerte que su razón. Se volteó al frente con intención de olvidar un rato la amarga escena, pero se metió un susto cuando vio a Samuel inclinado hacia ella.

—¿Qué haces? No parece que te la estés pasando bien —preguntó observándola detenidamente.

—Te equivocas, aquí hay tantas cosas divertidas —dijo Celeste, fingiendo que estaba bien—. En cada sitio puedes ver algo interesante, e incluso imaginar los diálogos de cada una de las personas aquí presentes, por ejemplo, si te fijas... —Señaló a un señor e imitó la posible voz que tendría, al mismo tiempo en que veían las expresiones y señas que hacía un adulto a su esposa, estirando la mano, como tratando de convencerla para salir a bailar.

—Tienes razón, Celeste. Siempre le ves el lado divertido a las

cosas, me encantaría ser como tú en ese aspecto, supongo que de esa forma nunca me aburriría —musitó Samuel, mientras le daba una palmadita en la cabeza, regalándole una sonrisa tierna.

—¿Qué estás haciendo aquí, Samuel? ¿No fui claro cuando te advertí que no te acercaras a ella? —interrumpió Rigo, celoso y con un semblante imponente mientras Celeste veía la escena disimuladamente, restándole importancia.

—Me disculpas, pero no tienes ningún derecho a hablarnos de esa manera, ¿no dijiste que el trato se iba a cancelar? —dijo Samuel. Se acercó demasiado a Rigo, poniendo su cara casi pegada a la de él—. Además, no voy a dejar que la dejes sola toda la noche, ella no tiene por qué padecer tus ideas irracionales, mejor síguete divirtiendo con aquellas señoritas con las que no has dejado de coquetear —le expresó cabeceando en dirección a las jóvenes bellezas.

Azul Celeste se marchó antes que Rigo. La pasó bien un rato, pero los celos la dominaron la mayor parte del tiempo y la hicieron volver al rancho.

Rigo llegó borracho al rancho, golpeó las plantas del jardín, tiró las cosas a su alcance y murmuró palabras que nadie alcanzó a entender. En la sala gritó el nombre de Celeste en repetidas ocasiones, en medio de su escándalo, rompió por error los preciados adornos de doña Amelia. Después de un rato, los empleados ya estaban despiertos e intentaron persuadirlo para que fuera a dormir, pero no se dejó convencer, hasta que salió Azul Celeste del cuarto. Ella asomó la cabeza por el pasillo y no le quedó de otra más que ayudarlo a llegar al cuarto. Le quitó las botas, lo acomodó en la cama y lo tapó con la sábana, con mucha dificultad, claro: a pesar de que era delgado, pesaba por dos. El joven estiró el brazo y le alcanzó la mano; luego, con fuerza la aventó a la cama, a un lado de él, e intentó, apresurado, subirse arriba de ella. Celeste intentó zafarse, pero no lo

logró, entonces, en la cama, Rigo intentó besarla. Pero ella reaccionó rápidamente y logró poner su brazo flexionado, haciéndole barrera a los labios, no obstante, se arrepintió, cayó en cuenta que los nervios le hicieron una mala jugada. Al final, tuvo que conformarse imaginando que sucedía —el beso, por supuesto.

Después de unas semanas más Celeste recibió una llamada de la maestra Tina, le dio una buena noticia: Mariana al fin derrotaba la enfermedad. Al terminar la conversación le marcó a doña Amelia para darle las gracias por todo el apoyo. Ahora sabía que debía marcharse y se disculpó por no cumplir con el trato. La noble anciana no insistió en que se quedara, no podía obligarla, y le devolvió el agradecimiento por el tiempo que estuvo al lado de su nieto. Después de un silencio conmovedor, le dijo que había comprado una tienda de ropa para ella.

—Te gustan mucho los vestidos, Celeste. Durante mucho tiempo utilizaste los mismos. Es tiempo de que tengas los que quieras. Una persona como tú, que ayuda sin mirar a quién, sin esperar nada a cambio, lo merece todo. Ruego a Dios que a mi nieto insensato se le haya pegado algo de ti —dijo Amelia mientras Celeste lloraba.

—No, doña Amelia, al contrario, gracias a usted por todo el apoyo, nunca fui tan feliz como lo fui aquí, sin usted no hubiera podido ayudar a Mariana. Aprendí cosas maravillosas de cada uno de ustedes, todos somos diferentes, conviviendo y enriqueciéndonos mutuamente; cada ser es un mundo, un mundo maravilloso y único que debe de respetarse y valorarse.

Después de un rato fue invadida por un vacío atroz. Tomó la fotografía donde estaban Rigo y ella en la boda, recordó los momentos maravillosos que le brindó aquel inesperado rancho y de pronto se sintió ridícula y parte de él. Tomó café con la esperanza de tranquilizar un poco su malestar, pero entre más café consumía, más fuerte era.

—De todos modos, este sueño perfecto algún día tenía que terminar —dijo sonriendo, con un dolor agudo en el estómago. Algunos sonidos transitorios en sus oídos le molestaban, tenía dolor de cabeza, el café a su lado le provocaba síntomas que la hacían comprender que era un absurdo seguir tomándolo para calmar su pesar. La alteraba, le repugnó lo que hacía y riendo se dijo:

—¿Qué más puedo hacer para calmar mi alma? Solo aquello que importa vale. Mariana, Rigo, Samuel, doña Amelia, ellos me importan tanto, sin embargo, no tengo a ninguno de ellos a mi lado, son una ilusión lírica que mantiene mi vitalidad y confianza. Mariana realmente no me necesita, tiene la compañía de las otras niñas del orfanato. Rigoberto nunca llegará a amarme —musitaba recostada en la cama, abrazada de su libreta lila. Después la abrió y sacó un pedazo de revista que encontró en la basura, cuando tenía nueve años. Había una mujer y un hombre que estaban juntos, se veían felices. Mientras la sostenía con los dedos enfrente de su rostro, dijo:

—Hola, papás. ¿Cómo va la vida sin mí? ¿Pudieron ser felices después de que me abandonaron? Tengo tantas cosas que quiero preguntarles: ¿por qué no se cuidaron si no estaban dispuestos a cargar conmigo? Sería injusto que después de botarme siguieran su vida como si nada y yo con la mía, cargando con todo el peso que les correspondía a ustedes. ¿Creen que exagero? —preguntó mientras veía la foto de esas personas desconocidas—. Imperdonable, es inaceptable traer al mundo niños para después abandonarlos y desecharlos como si fueran cosas. No somos objetos. —Al último rio como loca, ni siquiera sabía qué había sido de sus padres, no obstante, creyó que lo más lógico a creer era que no la quisieron.

Capítulo XXI

AZUL CELESTE Y SU AMOR EN PELIGRO

Celeste solo esperaba la llegada de doña Amelia para marcharse. Rigoberto estaba más interesado que nunca en la joven, pero ella ya ni lo notaba. ¿Qué había pasado con ella? Cada vez que el joven intentaba acercarse, Azul Celeste se alejaba, no se veía interesada en las cosas en las que normalmente prestaba atención, fue un cambio tan radical que nadie supo lo que estaba pasando, así que el joven decidió ir a preguntarle y aclarar las cosas entre ellos. Necesitaba decirle que la amaba y que no quería que se fuera, que ahora lo único que deseaba era que permanecieran casados para siempre, pero fue demasiado tarde. Las cosas deben decirse a tiempo, antes de que ya no se pueda y el remordimiento te condene para siempre.

Rigoberto buscó a Celeste, pero la visualizó a lo lejos sentada en un árbol acompañada de su amigo Samuel, quien llegó desde temprano con la intención de hablar con él sobre la repentina actitud de Celeste. Estaba preocupado, lucía diferente y algo alejada de la realidad. Rigoberto, al verlos, no quiso interrumpir, prefirió invertir la adrenalina del enojo en algo productivo, así que corrió al corral donde estaban las pacas de alfalfa que aún no se acomodaban. Comenzó a apilarlas cuando de pronto pisó algo grisáceo e inmediatamente sintió la mordedura en su pierna. Pegó un brinco hacia delante y al volverse pudo ver una serpiente perdiéndose entre la paja. Se miró asustado la pierna, tenía varios puntos sanguinolentos. Se subió el pantalón, limpió las gotas de sangre al mismo tiempo en que vio la

pierna hincharse, sintió un dolor tan brutal que podía experimentar cómo el veneno se vertía entre sus venas, provocándole fulgurantes dolores y vértigos que le complicaban el paso. El malestar aumentaba con cada segundo que pasaba. Se detuvo un momento y se quitó apresuradamente la camisa, la dobló, la amarró con fuerza a su pierna y se dirigió a la casa. Cada instante que pasaba el dolor aumentaba, era una sensación de abultamiento que como relámpago se radiaba desde la herida hasta la cintura. Se movió con evidente dificultad, luego, una sensación de jabón y medicamentos en su garganta y boca lo acompañaba, seguida de una energía sombría que le nublabla la vista. Para su buena suerte, antes de que se desplomara en el suelo, Azul Celeste y Samuel alcanzaron a verlo. Corrieron de inmediato y percatándose de lo que podría estar sucediendo lo subieron a la camioneta para trasladarlo a la clínica más cercana.

Cuando llegaron, le colocaron suero intravenoso por el cual le administraron el antídoto. Mientras tanto Celeste yacía más impaciente que nunca, asustada, con un nudo en la garganta que le impedía tragar correctamente. Samuel, impaciente, salió por café, los pedidos desesperados de la joven lo obligaron a traer uno tras otro.

—Se va a poner bien, lo bueno es que lo trajimos a tiempo — dijo Samuel observando la cara febril de su amigo—. Celeste, con constantes movimientos de impaciencia, manifestó:

—Sí, tiene que salir de esta. No sé qué voy a hacer si algo le llega a pasar.

En ese momento Rigoberto tuvo un violento escalofrío que los alertó a ambos. El médico entró y les pidió esperar para ver la evolución que tendría ante el antídoto. Celeste, asustada ante el semblante de vulnerabilidad que tenía Rigo, se fue a una capillita donde de rodillas se puso a rezar desesperadamente, pidiéndole al Dios inmaculado en la cruz que obrara y les hiciera el milagro.

Cuando pasaron unas horas, el médico salió para darles la buena noticia: Rigoberto estaba evolucionando de forma eficiente al medicamento. Después de dos días salió del hospital. Es triste, pero no fue sino al borde de la muerte que pudo entender que la vida no es un juego, que podemos morir repentinamente y dejar un vacío enorme en el corazón de los que te quieren, cosa lamentable que, desafortunadamente, Celeste no entendió. La vida es tan frágil como las emociones y en un instante se puede esfumar. Rigoberto reflexionó, y siendo más consciente decidió darle una mayor importancia a las cosas que en verdad la tienen. Se propuso cambiar definitivamente los aspectos que lo hacían ser una persona insensible, déspota o en los que tenía fallas como ser humano. Doña Amelia había regresado el día del incidente, esos dos días estuvo con su nieto y le pidió a Celeste que no los abandonara hasta que Rigo estuviera totalmente recuperado, ella decidió esperar.

Para cuando llegó Amelia, Celeste estaba aún más diferente: ya no era aquella chica que constantemente transmitía felicidad, amor y paz; se notaba tensa, preocupada y pensativa, como acogida por algo evidentemente más fuerte que ella. Sus ojos azules se veían opacos, ocultaban un espanto callado, redoblando el llanto al menor movimiento posible. Sus lamentos fueron retardándose hasta que quedó escondida bajo las cobijas, abrazando su cuadernillo, sin la menor intención de salir o moverse. Después de un breve tiempo, dejó de comer, de interesarse por las cosas que le gustaban y solo tenía la vista clavada en la ventana. Rigo y Samuel, preocupados, caminaban pensando a lo largo del pasillo sin intención de detener su mudo vaivén.

AZUL CELESTE CON SU PRIMERA Y ÚNICA VEZ

Era un día soleado, los pájaros volaban hacia el horizonte, las nubes escasas de aquel triste día se veían desde la parte trasera de las montañas, los perros no dejaban de aullar con un pesar pronunciado desde una noche antes.

Celeste seguía encerrada en la habitación, estaba como ida preguntando constantemente por Mariana, por las niñas del orfanato. Desde la madrugada había empezado a tomar café, como era su costumbre en momentos de intenso estrés; se tocaba insistentemente el pecho. «¿Qué tienes, Celeste?», le preguntaban seguido las personas atrás de la puerta, sin recibir respuesta. Estaba extraña; los halagos, las muestras de cariño y afecto que tanto anheló de Rigo ya no le parecían relevantes. Desde varios días atrás había estado distante, sin ganas de hacer nada, todo a su alrededor le parecía menos que interesante. Solo unos sollozos convulsivos la acompañaban en su solitaria habitación, que por el momento no le apetecía tener compañía, esa que tanto buscó por años, ahora ya no la quería. Su persistente deseo de atención y cariño la habían llevado a desarrollar un carácter triste; aunque la mayoría de las veces se mostraba alegre y fuerte con los demás, ahora, por fin, la depresión la derrumbaría por completo.

Todos estaban preocupados, intranquilos por no saber lo que tenía la joven, algunos murmuraban con base en una posible pelea entre ella y Rigo, pero solo Azul Celeste sabía la verdad. En

eso, inesperadamente salió y preguntó por Rigo. El joven entró de inmediato e intentó persuadirla para que comiera algo y saliera de la habitación a dar un paseo por las zonas que amaba. Ella no dijo nada, y su mirada frívola y extraviada lo asustó, ya no era ella, Azul Celeste estaba irreconocible, su espíritu no irradiaba aquella atmósfera que normalmente desencadenaba su presencia, ahora tenía un olor y una energía fúnebre. De un momento a otro su semblante demudó a una sonrisa tosca y forzada.

Se acercó discretamente a Rigo, quien estaba sentado en la parte final de la cama, con una especie de escalofrío que envolvía su cuerpo estático. Lo miró fijamente, como intentando entrar a su ser a través de sus ojos opacos y azules. Rigo se sonrojó y tragó un poco de saliva, luego Celeste le posó la mano en la cabeza, después a la mejilla, que acarició con minuciosidad. Le dijo con la voz dulce y angelical que lo amaba. Él la siguió con la mirada confusa, desconociendo la razón de esa actitud repentina. Celeste se levantó, se acercó a sus brazos y se sentó en sus muslos fuertes. Rigo, desconcertado y al mismo tiempo excitado, la sostuvo entre sus piernas y brazos mientras retiraba su cabello hacia su espalda.

Celeste lo miró tiernamente, aunque aún con la mirada extraña. Lo besó de forma repentina, entreabrió los labios dejando ver sus dientes parejos y la boca parcialmente húmeda. En él brotó una especie de lujuria incontrolable, un impulso hizo que la sujetara entre sus brazos y con fervor la acostara en posición supina. El inocente y virginal cuerpo quieto de Celeste añoraba con ansias conocer el amor en toda dimensión posible. En un largo silencio se observaron con una quemante pasión, que en el momento borró cualquier pormenor. Los dos recostados en la cama sin poder ocultar cualquier manifestación de su lujuria. Rigo acarició la grácil espalda de Celeste mientras que su pecho permanecía contra el de ella. Yacían impacientes por

desnudarse y fundirse, convertirse en uno solo. Empezaron a besarse y los besos eran cada vez más desenfrenados.

Rigo se detuvo asustado, sintió temor de estar cruzando la línea del respeto y la cordura carnal, tenía miedo de que Celeste se enojara. Entonces, agitado, le dijo que estaba dispuesto esperar el tiempo que fuera necesario. Ella sonrió discretamente y le pidió que la hiciera suya de una vez por todas. Se despojaron de la ropa lentamente, sus pechos ingravidos pegados al pecho de Rigo. Su primer beso, su primer amor y su primera vez plasmados en aquel hombre con el que estaba aprendiendo a amar de esa forma tan sublime. Con tal predilección, probaron de a poco el bálsamo único de cada esencia, se perdieron en el calor del otro, provocando una especie de bruma celestial que flotaba alrededor de ambos y que levitaba como una sagrada infusión de extremo goce.

A la mañana siguiente despertaron viendo el crepúsculo, con los sonidos de los gallos y los pavorreales alertando la gélida madrugada.

—Hoy es el día, Rigo —dijo Celeste mirando el horizonte del amanecer mientras tomaba su libreta lila y una pluma del buró.

—¿Qué día? —preguntó el joven tapándose la luz del sol con el codo.

Azul Celeste ignoró la pregunta, se dejó la bata puesta. Era blanca, larga y aterciopelada para cubrirla del frío. Los perros afuera llevaban dos días ladrando con persistencia. Por ahí dicen que estos animales son capaces de percibir la muerte cuando está cerca.

En la sala, Celeste utilizó el teléfono para preguntar por Mariana. Tina le manifestó que ya estaba sana, que tendría que ir a revisiones cada año por un tiempo. Ella dio las gracias y colgó el teléfono. Fue ahí que Celeste entendió que el golpe de suerte por fin tocaba su puerta; la salud y la vida de un ser amado siempre deben de estar por encima de cualquier cosa material.

Se dirigió al campo, vislumbrada por el aún naciente sol prosiguió por el sendero que la llevó hacia la cascada que descendía convirtiéndose

en un hondo río, en el mismo lugar donde salía un bello arcoíris en temporada de lluvia. Se acercó hacia la cima con miedo, pero antes de eso escribió y colocó con temor una carta dirigida a Mariana debajo de una piedra, cerca de un árbol. Se reclinó a la cuesta de la cascada. Recordó que días antes soñó en repetidas ocasiones con el dulce perfume de las flores, con las nubes bajas en el cielo y los pájaros pasando cerca de él; el sueño le brindaba una paz perpetua de la cual no podía huir hasta después de abrir los ojos por las mañanas.

Cerró los ojos un momento, se estremeció tan fuerte que su piel empalideció y, al abrirlos, el impactante y maravilloso paisaje se veía desde lo alto. Enseguida una helada vibración recorrió con furia su cuerpo, le oprimió el pecho sin compasión y con potencia hizo anidar en ella una insuperable angustia. Con los puños pegados a su pecho dio pasos cortos para acercarse, pero de pronto sintió que sus pies no respondían, parecía que habían echado raíces al suelo. Escuchó a lo lejos los aullidos desgarradores de los perros y se puso más nerviosa. Al responderle los pies intentó aventarse, pero se detuvo un instante, vaciló un momento. Tenía miedo, mucho miedo de haber sido inferior a un viento fugaz, de haber aportado menos que un respiro necesario, de dejar su temporal prisión, de no alcanzar a entender si realmente lo fue o si su alma era la que condenaba a su cuerpo, miedo de dejar sus posibilidades abandonadas en la nada, flotando en la complejidad de lo no visto, o simplemente miedo de ya no ser, de perder toda voluntad natural de la vida al desprenderse de la animación exterior. Pero estaba decidida a huir del mundo, de la influencia de la mortalidad, transformar su cuerpo (o lo que quedaba de él) en energía. La depresión había acabado con ella. Levantó lentamente la frente y con desesperación pudo apreciar una realidad nunca antes tan viva.

Perdió conciencia total de sus movimientos y mientras se acercaba temblorosa al vacío, con los ojos inexpresivos dijo:

—Me gustaría que pudiéramos ver con los ojos las emociones que nos consumen, siento que el cuerpo le falla al alma en eso, rebasaron mi interior sin siquiera notarlo. Desde niña pensaba en morir, pero nunca antes con la intensidad y saña con la que la idea me arropó ahora. ¿Cómo fue que permití que llegara tan lejos? ¿Qué se pudo o corrompió en mi alma? —Cerró los ojos, succionó el aire de su último aliento y se dejó caer al río.

Atónita, no podía creer lo que estaba escuchando.

—¡Eso es una completa calumnia, ella nunca haría algo así! —grité atormentada alejándome de la lápida. La señora me tomó de la mano con una carta que estaba dirigida a mí y me dijo:

—Toma, esta es la evidencia de ello. Léela cuando estés más tranquila. Te preguntarás cómo sé todo esto. La respuesta es sencilla, yo encontré su libreta, la carta y desafortunadamente también su cadáver. Aquel cuadernillo que sostiene entre sus brazos es el fiel testigo de ello. Fue escrita a su puño y letra, supongo tú que la conocías tan bien debes de ser capaz de reconocerla. Ya no tengo nada más que hacer aquí. Espero y pronto encuentren resignación ante tan irremediable pérdida. —La señora terminó al mismo tiempo en que me daba la carta y se levantó para marcharse.

Todos se habían ido, pero María y yo nos quedamos sentadas arriba de la reciente tierra removida. No sabía si leer la carta en ese momento, tenía miedo de salir nuevamente lastimada, hasta que María me persuadió para que lo hiciera antes de que oscureciera.

Capítulo XXIII

AZUL CELESTE Y LA CARTA

Querida Mariana:

No sé cómo decirte esto, ni siquiera sé cómo vayas a reaccionar ante semejante noticia. Ya tienes una idea sembrada sobre mí en tus recuerdos, no quiero manchar esas imágenes bellas que algún día creamos juntas, pero tienes que saber que esa niña, esa adolescente madura, resplandeciente, alegre y tenaz que conocías, y que creías era el ser más fuerte del mundo en realidad no lo era. Durante años luché desesperadamente contra una enfermedad silenciosa que me consumía, al igual que destruye a miles de personas en el mundo.

Nunca creí que lo que me pasaba tenía nombre, no era una tristeza pasajera, era algo más fuerte que eso, fue tan potente que tuvo el poder de trastornar lo más maravilloso que puede llegar a tener un ser humano: la vida, la cual me era a veces fácil de sobrellevar. Por ejemplo: cuando llegaste al orfanato estaba tan feliz de poder ayudarte, de poder ser tu amiga, que quería disfrutarlo más. Era feliz sabiendo que los demás eran felices, creo siempre fui egoísta en ese sentido, porque me gustaba verte feliz para poder avanzar, sin embargo, al último, ni siquiera esa felicidad fue suficiente para sostenerme.

Perdóname por esta terrible decisión, no quiero que se culpe a nadie por ello, fue solo mi elección. Esto comenzó cuando era pequeña,

siempre tuve la imperante necesidad de llevar una vida normal, de sentirme amada, aunque fuera un poco por día, pero para toda la vida. No sé qué me pasó, pero me llegué a sentir incluso como un monstruo. ¿Cuándo comenzó? Desde mucho antes de que tú llegaras. ¿Recuerdas cuando me preguntabas intrigada sobre el contenido de mi libreta? No podía dejar que lo vieras, me habrías armado un escándalo, así que decidí ocultarlo tanto como si fuera un tesoro; no era que lo fuera en realidad, el contenido era irrelevante, pero ahí tenía cosas demasiado personales, si lo hubieras visto te habrías alejado. Y eso era lo que menos quería, perderte.

¿Sabes qué contenía? Sé que te estás preguntando impaciente. La verdad es que ahí plasmaba mis sentimientos cuando estaba a punto de hacerme daño, cuando el dolor y la frustración me cegaban. Escribir, escribir y volver a escribir me liberaba de aquello que me acorralaba. Lo malo era que no podía gastar dinero que no tenía para comprar tantas libretas, o, ¿crees que pude haberlo logrado de esa manera? Esa es una pregunta que jamás podré contestar, pero tú estás a tiempo de salir de esa depresión que tienes.

Debes prometerme que buscarás ayuda. Mi alma jamás podrá descansar sabiendo que estás mal. Igual, te pido me llores todo lo que quieras hasta que sientas que el dolor salió. Si hubiera hecho eso en el pasado, con cada cosa que me molestaba y me reprimía supongo que me hubiera ayudado, sin embargo, era tanto lo que se me juntaba que la mayoría de las veces no supe cómo sacarlo. Tarde aprendí que era un gravísimo error porque se juntan tantas cosas en tu corazón que cuando intentas quitarlas te das cuenta de que ya no pueden salir. Lo malo es que se van juntando en una cajita, hasta que se llena y ya no hay espacio para más. Es ahí que entiendes que esa caja era tu corazón. ¿Quién puede vivir cuando le explota el corazón? Nadie, Mariana. Cuando mi corazón no tuvo espacio para más dolor, fue

entonces que se rompió. Tú estás a tiempo de pedir ayuda.

Sé que a veces las malas circunstancias en las que se vive truncan sin remordimientos ni reparos la existencia, hemos padecido al igual que miles de personas en el mundo la pobreza, la miseria, el abandono. Convirtiéndonos en seres grises que luchan persiguiendo con amor y angustia los bellos colores del arcoíris. Muchas veces los vi, pero no fueron las suficientes para que me vieran, solo chispas fugaces que dejaban mi alma con sed. Me dejaron una sed tan terrible que secaron mis entrañas. Fue algo progresivo, ya no era una cuestión sobre alcanzar los colores, ahora era una lucha constante contra la sequedad que me dejaron, tantos años persiguiéndolos sin frutos hicieron que perdiera la confianza, la esperanza en este mundo tan maravilloso para muchos y tan cruel para tantos más. Mi cuerpo no fue suficientemente fuerte para sostenerme y mantenerme en este mundo desigual. Mis carencias se convirtieron en una larga cadena sin final. Y no tanto por las carencias materiales, Mariana, sino más bien las carencias del alma, porque esas sí pueden matarte, aunque tengas dinero.

No solo eso tenía en mi cuaderno, Mariana, también había fechas rayadas; anotaba una fecha en particular, era el día en que tenía planeado matarme, pero luego me pasaba algo tan bello que quería seguir disfrutando y lo postergaba. Quizás en realidad no quería morir, pero fue así que varias fechas se amontonaron. Si te fijas, la última y la decisiva es esta. El día en que estés en mi entierro. Hubo una fuerte motivación para esperar hasta este momento. Tú me alargaste la vida, días antes de que enfermaras ya lo tenía decidido, pero luego llegó una noticia terrible: tenías leucemia. No podía irme tranquila sabiendo que te dejaba sola, haciendo que tu partida fuera poco después de la mía.

Así que por eso te pido perdón, por haberte abandonado aquel

melancólico día de junio, cuando llovía a cántaros. Quería despedirme de ti, pero después me di cuenta de que no sabía ocultarte las mentiras. Te darías cuenta. Entonces decidí evitarte a toda costa, no por el miedo a que te enteraras de tu terrible enfermedad, era tu derecho saberlo. El miedo surgía precisamente de que me detuvieras y me pidieras que no solventara tus gastos, que te dejara marchar, sabía que también estabas mal, entonces seríamos dos en la tumba, pero yo no quería eso. Quería que vivieras, que fueras feliz por todas aquellas veces en las que no pudimos. Aguanté todo un tormento por no estar a tu lado, apoyándote en tu enfermedad, pero debía salvarte. Bueno, en realidad nos salvamos nosotros mismos cuando tomamos buenas decisiones, pero a veces la vida te hace malas jugadas en las que no se puede salir sin ayuda. Y yo no la pedí a tiempo, tú sí debes.

También quiero decirte que te dejo una pequeña tienda que me compró una buena y noble anciana. Es de ropa. Te verás tan linda con todas aquellas preciosas prendas de vestir. ¿Te acuerdas cuando soñábamos que éramos ricas y nos poníamos por lo menos uno de esos vestidos que tanto nos gustaban del aparador que veíamos cada vez que salíamos a vender empanadas? Es el negocio que compró doña Amelia para ti, para que salgas adelante. No tengo duda de que ayudarás a las demás niñas del orfanato.

¿Sabes?, en mis malos momentos me reprochaba el estar aquí, pero tarde entendí que tenía una misión. No irme hasta dejar algo bonito a alguien, que mi vida no hubiera sido en vano, darle un soplo de aliento a un ser que lo anhela desesperadamente. A mí me lo diste tú, las niñas de orfanato, doña Amelia, Rigoberto y Samuel. No siempre estuve triste, fui feliz en muchísimos momentos, pero la depresión es una enfermedad psicológica que puede acabar contigo. A veces tan silenciosa que suele pasar desapercibida, pero se puede salir de ella. ¿Cuántas personas no lo han superado? ¿Cuántas veces no nos hemos

caído creyendo que esta vez sí sería el final? Pero nos hemos vuelto a levantar. Así como tú y yo, que durante años soportamos y superamos incontables «raspadas de rodillas». Así es como quiero verte, no solo recuperándote, sino alcanzando los bellos colores del arcoíris y que sacies esa sed tremenda que empieza a brotarte. No quiero que te seques por completo, debes sobreponer tu vida, tu valor como ser humano.

Por último, no me digas cobarde por este horrible acto, si supieras cuántas veces lo pensé... No es una cuestión de cobardía, al menos yo no lo veo de ese modo. ¿Sabes por qué? Porque se debe ser sumamente valiente para perder en un instante todo lo que eras, lo que tenías, por lo que trabajaste tanto. Porque eso implica la muerte: renunciar a todos y a todo, es como una masacre masiva en donde dejas de existir y con ello dejas atrás a todos los que alguna vez añoraste con locura. Destrozas la vida de los que aún siguen viviendo, aquellos que te amaron. Yo no tengo a nadie que me llore, excepto a ti, Mariana, pero tú tienes a las niñas del orfanato que te adoran, ellas te harán fuerte, no estarás sola.

Prométeme que saldrás de esta, que ayudarás a las personas que veas mal y que tu esencia le brindará un aliento de vida a los que lo desean desesperadamente. ¿Cuántas personas mueren debido a la depresión? ¿Qué nos está pasando? ¿Qué es lo que nos está pegando tan duro para estar tomando esa falsa salida?

Te ama: tu inmenso cielo Azul.

Azul Celeste.

Al terminar de leer la carta me sentí más miserable que nunca, por haberla culpado tanto de todos mis problemas desde que me dejó, creyendo que no le importaba mi estado de salud. La maldije un par

de ocasiones por no haberse despedido como se debía, en persona. Se fue de esta vida dejándome un remordimiento terrible, puesto que éramos como hermanas y a pesar de ello nunca me di cuenta de lo que pasaba con ella.

—¿Así pretende que viva bien? ¡Soportando su absurda decisión! —pronuncié con mis palabras ahogadas en un llanto amargo, acostada en la tierra y arrugando con brutalidad la carta.

—Hay que salir adelante, niña, tienes que pedir ayuda para que no te pase lo mismo que a ella, o lo que me pasó a mí —dijo María tratando de consolarme, abrazada a mí.

En ese momento me di cuenta de que se me había olvidado preguntarle a la señora si en la libreta de Celeste decía por qué tomaba tanto café, a lo que María respondió:

—No te preocupes, Mariana, yo sé la respuesta. Lo hacía porque quería acelerar su corazón, que latiera tan fuerte que fuera capaz de huir del dolor, que reventara de una vez por todas —respondió demasiado confiada.

—Y ¿usted cómo sabe eso? —le pregunté confundida y desdoblando la carta arrugada. A lo que ella con un suspiro y mirando el anochecer, me dijo:

—Porque todos necesitamos tranquilizar el alma con algo. Cuando estamos frustrados, enojados, ansiosos, tristes e inconformes solemos llorar, gritar, romper, destruir. No es algo malo, siempre y cuando no se afecte a los demás, ni siquiera a nosotros mismos. Las emociones son parte de nuestra naturaleza, nos guste o no estamos condenados a lidiar con ellas, por eso debemos aceptarlas, conocerlas para convivir con ellas de la mejor manera posible. Celeste amortiguaba su pesar tomando café. Hay personas que tranquilizan alguna emoción fumándose un cigarrillo, bebiendo alcohol, platicando, haciendo ejercicio. Hay tantas maneras en las que nos podemos liberar de las

malas emociones a través de nuestros actos, aquí lo importante es que seamos fuertes e inteligentes para elegir siempre las que no dañen nuestro organismo. Además, torpemente, en mi caso también era tomando café, y no es que el café sea malo, sino que las cosas deben de ser con medida y nada con exceso.

Hubo un extraño silencio hasta que María me preguntó:

—Y ¿en el tuyo, Mariana? ¿Cómo frenas el dolor, el estrés o la ansiedad? —La miré un momento, luego miré la tierra y le dije:

—Ella me hacía fuerte. La vida tiene un potente sentido cuando tienes el apoyo y el amor de alguien. —Tomé el brazo de María y mientras salíamos del lugar le pregunté:

—Podemos vivir y salir adelante juntas, ¿le gustaría? —Agarró con fuerza mi brazo, se detuvo un momento, me miró y me dijo que sí.

AZUL CELESTE EN LOS RECUERDOS DE MARIANA

La partida de Celeste me enseñó que cada uno de nosotros somos importantes, tenemos un objetivo en esta vida: encontrar nuestro propósito o proyecto de vida para darle un potente sentido, ya que a veces el no conocerlo da cabida a situaciones como estas. También se debe enfatizar en lo que es la depresión, ya que existen personas que aparentemente tienen una vida estable, sin embargo, sufren en silencio.

Ya habían pasado varios años desde que aquella chica resplandeciente de ojos azules me dejó con el corazón roto, pero logrando sobreponerme de esa dolorosa pérdida hice más fuerte mi alma. Tomé terapia para sanar, o, mejor dicho, para difuminar a tiempo el dolor que empezaba a quebrarme. Ahora, cada vez que miro el cielo azul la recuerdo, no solo por el nombre que ella misma se puso, sino porque le hacía honor al mismo.

Ahí estaba ella, con esa divina sonrisa encrespada bajo esos delirantes ojos azules, sonriéndole a la vida.

Ahí estaba ella, reflexionando en la ventana, tratando de descifrar las incongruencias de la vida.

Ahí estaba ella, trabajando arduamente para que no nos faltara que comer, para salvarme la vida, porque sin su amor, su motivación y ayuda me hubiera ido antes que ella. Por último, ahí estaba enseñándome que, para haberla descifrado a tiempo, no necesitaba un arte de ella, sino haber estado más al pendiente de su sentir.



2020

Este libro se publicó en formato digital en las plataformas web del programa editorial municipal.

www.pech.icm.gob.mx



PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2020-2021

Azul Celeste

ZULEMA HOLGUÍN
SÁNCHEZ

La joven escritora Zulema Holguín, en esta maravillosa novela *Azul Celeste*, hace gala de una sorprendente prosa poética, reflexiva y filosófica, que nos llevará a un inesperado viaje a través de las emociones, los sentimientos, el amor no correspondido, el machismo, la diferencia entre clases sociales y los valores; a la vez nos deleitará con los paisajes de la naturaleza y la vida del campo.

Una de las maravillas de la escritura de Zulema Holguín es su prosa poética que provee al lector de distintos oasis luminosos en los que destellan diversos pensamientos filosóficos. El tema de la orfandad es tratado de una manera tan sensible que pone al lector a pensar y a reflexionar en este asunto tan delicado: «Ha naufragado sola a lo largo de su corta existencia, buscando la rectitud sin una guía exacta, perdida en el mapa de la realidad exterior, y aún más difícil, consumida en su propia realidad subjetiva».

A lo largo de la historia de *Azul Celeste* el lector experimentará diversas emociones, estará de frente a la leucemia, la depresión, el feminicidio, así como los diversos motivos que puede tener la orfandad, lo que sin duda lo llevará a reflexionar sobre la existencia, el amor y el trabajo; a cuestionarse sobre los diversos momentos de felicidad que pueblan esta efímera vida, y los motivos para vivirla.

Victoria Montemayor Galicia
Junio 2021